

# Nosotros, los adolescentes y las drogas.

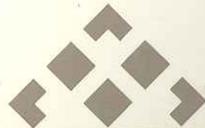
Jaime Funes Artiaga

NOSOTROS, LOS ADOLESCENTES Y LAS DROGAS



Jaime Funes Artiaga

16/11



MINISTERIO DE SANIDAD Y CONSUMO  
Delegación del Gobierno para el  
Plan Nacional sobre Drogas



MINISTERIO DE SANIDAD Y CONSUMO  
Delegación del Gobierno para el  
Plan Nacional sobre Drogas

Este libro ha sido escrito "persiguiendo tozudamente un solo objetivo: convencer siquiera un poco a los profesionales y a los diversos grupos de ciudadanos para que, antes de obsesionarse hipócritamente por sus consumos de drogas, comiencen por ocuparse algo de sus adolescentes".

Aquellos que se dedican a la atención de las drogodependencias pueden pensar que los adolescentes no existen: casi nunca llegan a ser sus pacientes. Este libro se encarga de hacer patente ese complejo camino de transición hacia la vida adulta en la "grata" compañía de las drogas.

Los adultos (padres, educadores, trabajadores de lo social) en general basculan entre la angustia y el rechazo cuando contemplan el riesgo de simbiosis entre los conflictos adolescentes y el consumo de sustancias generadoras de mayor dificultad. Este libro plantea cómo acercarse a los ciudadanos adolescentes sin crear más problemas de los que se pretende prevenir.

Escuchar la calle, estar donde ellos están, ser adultos abiertos y positivos, educar sin renunciar a cambiar un poco la sociedad... Estas y algunas otras líneas sirven para incorporar las propuestas concretas de actuación con las que acaban las páginas de NOSOTROS, LOS ADOLESCENTES Y LAS DROGAS.



*Nosotros,  
los adolescentes  
y las drogas*

Jaime Funes Artiaga

Este trabajo se ha realizado en colaboración con:  
Juan Antonio Abeijón  
Gabriel Hualde

Además participaron en la discusión:  
Jordi Vila-Abadal  
Frederic Boix  
Laura Fernández  
Rafael Mendía  
José Manuel López  
Gonzalo Centeno

*A Arnau,  
que comenzó su adolescencia al  
mismo tiempo que se iban  
escribiendo estas páginas*

© Ministerio de Sanidad y Consumo  
© Jaime Funes Artiaga



Edita:  
MINISTERIO DE SANIDAD Y CONSUMO  
Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas  
Secretaría General Técnica  
Publicaciones, Documentación y Biblioteca  
Paseo del Prado, 18-20. 28014 MADRID

Diseño gráfico:  
Marta Pertejo

Imprime:  
MARIN ALVAREZ HNOS.

I. S. B. N.: 84-7670-240-X  
N. I. P. O.: 351-90-053-X  
Depósito legal: M - 37918 - 1990

*Yo fumo, tú bebes, nosotros tomamos  
medicamentos, ellos... ellos se drogan.*

*Nosotros somos normales; ellos, anormales,  
asociales, delincuentes.*

## Indice

Páginas

<i>Presentación</i> .....	11
AVISOS INEVITABLES .....	15
1. CÓMO Y POR QUÉ ACERCARSE A LOS ADOLESCENTES .....	21
1.1. Para no esperar con los brazos caídos .....	23
1.2. La adolescencia como emergente de otros sistemas .....	24
1.3. Socialmente evolutivos .....	26
1.4. Empezar pronto a drogarse .....	28
1.5. Intervención posible y... positiva .....	30
2. LA VISIÓN ADULTA DE LA ADOLESCENCIA .....	35
2.1. ¿Dónde ponerlos? ¿Qué hacer con ellos? .....	37
2.2. De lo social a lo psicológico y viceversa .....	39
2.3. Componentes de una posible definición .....	40
2.4. Itinerario y angustia. A propósito de la identificación .....	47
2.5. La versión adulta de la adolescencia .....	48
2.6. ¿Ser o parecer? La dificultad de determinar la entidad de sus problemas .....	49
2.7. No todos los caminos llevan a la vida adulta .....	52
2.8. Los nuevos escenarios de la socialización .....	53
2.9. Territorios adolescentes y consumos culturales .....	55
3. DROGAS, ADOLESCENCIA Y SOCIEDAD .....	59
3.1. Cuando en la mirada ya está el problema .....	61
3.2. Sustancias y dependencias .....	62
3.3. Lecturas patológicas .....	64
3.4. El atractivo de los riesgos .....	66

	<i>Páginas</i>
3.5. Vivir para colocarse, vivir colocado .....	68
3.6. Consumos realmente problemáticos .....	70
4. CLAVES PARA UN ESTILO DE INTERVENCIÓN .....	75
4.1. De nuevo a vueltas con la inadecuación de los recursos .....	77
4.2. El problema no es nuestro ni suyo: ha nacido de los dos .....	79
4.3. Todo comienza escuchando la calle .....	82
4.4. Claves para un estilo de intervención .....	84
4.5. ¿Colega, tutor o padrino? .....	86
4.6. Sin renunciar a educarlos .....	88
4.7. La versión adolescente del proceso de recuperación .....	89
5. ALGUNAS RECOMENDACIONES, ADEMÁS DE CAMBIAR LA SOCIEDAD .....	93
5.1. Introducción: Algunas dosis de ideología "inútil" .....	95
5.2. Sugerencias de política juvenil .....	96
5.3. Sugerencias pensando en la escuela .....	99
5.4. Sugerencias para la calle y los "bares" de la Administración .....	102
5.5. Sugerencias para los mentores de los adolescentes .....	105
5.6. Sugerencias para mejorar los recursos de atención .....	106
5.7. Sistematizar la observación .....	108
DOCUMENTOS DE REFERENCIA .....	111

## Presentación

*La adolescencia es comúnmente entendida como el período de tránsito entre la niñez y la edad adulta. Lo específico de la definición es, pues, la calidad de situación o de acontecimiento pasajero. Y esa temporalidad contribuye posiblemente a que no prestemos la atención que precisa ese tránsito necesario e inevitable. En ese sentido funciona un mecanismo parecido a cuando le salen a uno los primeros dientes: es algo por lo que hay que pasar aunque duela, aunque moleste.*

*Y, sin embargo, esa actitud de desatender, de desentenderse de los adolescentes por mor de la inevitabilidad del tránsito esconde probablemente otras razones que a la hora de verbalizarlas o de escribirlas resultan más vergonzosas, más culpabilizadoras. Tal vez nos pongamos de espaldas porque cualquier reflexión que iniciemos sobre el asunto terminará enfrentándonos de una u otra forma con el adolescente que llevamos dentro. La realidad es que no sabemos muy bien cómo actuar con él. Probablemente tampoco ante él. Ante la ignorancia nos abstenemos.*

*Este libro, que nace para alumbrar oscuridades institucionales y personales, apunta por ello, ya desde el principio, la necesidad de que antes de pensar en programas y fórmulas de actuación haya que reconocer explícitamente lo que quiere decir ser adolescente hoy. Y también que haya que aceptar que el tránsito que supone la adolescencia está instalado en un conflicto que a la hora de actuar nos sitúa en una dialéctica incómoda: entre la presión inevitable y el respeto al otro.*

*Ese es el punto de partida imprescindible para comprender lo que en las páginas siguientes se sugiere. Porque no podemos seguir viviendo de espaldas a la realidad y al conflicto adolescente. Porque el desconocimiento resultante de esa distancia del mundo adolescente puede conducirnos a negar situaciones problemáticas. Como muestra baste un botón: las instituciones que trabajamos en estos ámbitos hemos venido constatando que las personas que llegan a los servicios de atención no suelen ser adolescentes. Consecuentemente los estudios de evolución y evaluación*

del consumo de drogas que se elaboran, a partir de la información suministrada por tales servicios, concluyen que los drogadictos tienen una edad media de veinticuatro-veinticinco años. Por tanto, ni por debajo ni por encima de esa edad la droga representa un problema atosigante al que haya que prestar atención prioritaria. Y las estrategias y las actuaciones se terminan, así, perfilando en función de tales destinatarios; es allí donde hay que concentrar los mayores esfuerzos. Y, sin embargo, somos conscientes, sabemos, que hay otra realidad: la de una parte importante de "la calle", la de los grupos que sobreviven en ella con dificultades, la de aquellos adolescentes que no tienen a veces otro lugar de encuentro que las drogas legales e ilegales.

Entonces, ¿qué hacer? Pero, sobre todo, ¿cómo hacer? ¿Cómo lograr que los adolescentes que tienen problemas con las drogas se acerquen o, mejor dicho, entren en contacto con los núcleos, con las personas que pueden ayudarles?

A través de los adultos, contesta el autor: "La clave en cualquier manera de intervenir pasa por la presencia de adultos entre los adolescentes..."

Hace poco más o menos un año la Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas y la Dirección General de Protección Jurídica del Menor se adentraron en esas aguas y decidieron profundizar en la dirección señalada: cómo deben ser, cómo deben comportarse y actuar los adultos que intervienen con los adolescentes. A tal propósito encomendaron a un grupo de expertos que estableciese los criterios y orientaciones de una política eficaz en la materia. El primer resultado fue un informe debatido ampliamente en un foro de especialistas procedentes de distintos ámbitos profesionales y de todo el territorio del Estado. Cribar y pulir los frutos de ese intercambio amplio fue ya responsabilidad de una sola persona. Jaime Funes nos acerca con este libro a reflexiones que incidirán en próximas directrices, planes y programas.

Por cierto que de las propuestas que se apuntan más adelante no se infiere que el mayor esfuerzo en la nueva política, la renovada y renovadora, haya de ponerse en la dotación de nuevos recursos institucionales, materiales, personales... En gran medida la reorientación exige continuidad de actores, pero con actitudes distintas. Con disponibilidad. En tal sentido se advierte: "... No son necesariamente otros adultos que los ya existentes. Son profesores que asumen ser educadores, tutores de la evolución de sus alumnos; son trabajadores sociales que dejan de refugiarse en la mesa del despacho y comparten la calle; son animadores, educadores de calle que "pierden" el tiempo entre grupos de jóvenes; son psicólogos, médicos, terapeutas, que aceptan un diálogo abierto sobre la globalidad de la persona que tienen delante, que no interpretan —ni su papel, ni los síntomas—, que se empeñan en la seducción y aceptan el rechazo adolescente, que no se esclerotizan bajo el subterfugio de una función estrictamente definida."

Y ese criterio, lejos de tranquilizarnos, nos preocupa. Nos sitúa ante el más difícil y complicado de los retos. Nos coloca ante la tarea de sensibilizar, de educar. De salvar los escollos múltiples de la comodidad y de la inercia personal e institucional. ¡Cuánto más fácil consignar créditos en programas presupuestarios "ad hoc", y diseñar actuaciones consecuentes que, por ya sabidas —y también porque nos proporcionan respuestas estadísticas, tan socorridas cuando se trata de contestar preguntas difíciles—, nos rodean de seguridad! No es así en este caso. Se trata de cambiar. Se trata de que nos cambiemos. Se trata de que modifiquemos nuestra manera de contemplar, o de mirar de reojo, una realidad que nos inquieta. Y de que nos acerquemos. Y de que esperemos. Y de que atendamos cuando así se nos pida, sabiendo sintonizar con la demanda. Sabiendo detectarla. ¡Todo un desafío! Y en el tirón estamos comprometidos unos y otros: padres, maestros, amigos, profesionales e instituciones. Porque echando, otra vez, mano de las palabras del autor: "Actuar en la adolescencia, también en lo relativo a los consumos de drogas, supone colocar personajes de referencia que balicen ese recorrido. Superados ya por la historia los padres espirituales, los ángeles de la guarda o los jefes de centuria, estamos abocados a la consideración de los adultos disponibles para esa adolescencia que tenemos: forzosa, de larga duración, plural y diversa, inmersa en el riesgo."

**Miguel Solans Soteras**  
Delegado del Gobierno para  
el Plan Nacional sobre Drogas

**Juan C. Mato Gómez**  
Director General de  
Protección Jurídica del Menor

## Avisos inevitables

### ¿Decretos, recetas, consejos o literatura?

Estas páginas tienen su origen en un encargo de la Administración. Mejor dicho: nacen de la voluntad expresa de la Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas y de la Dirección General de Protección Jurídica del Menor. Se originan en el interés —serio y convencido— de sus responsables por conocer las razones por las que el mundo de los adolescentes y las drogas constituía un vacío, parcial pero importante, en sus programas y sus intervenciones. Un interés acompañado, cómo no, por el deseo de poder empezar a cubrirlo.

Estas páginas nacen, por lo tanto, en la Administración y a ella vuelven, intentando sugerir, proponer, estimular preocupaciones, cambiar actitudes, posibilitar proyectos. Aunque deba reconocerse sin paliativos que la Administración y los adolescentes o los jóvenes suelen ser incompatibles (al menos en los términos actuales) y que para cambiar esa realidad hace falta algo más que simple voluntad de acercamiento.

Pero sería falso interpretar, de entrada, que el texto ha sido escrito pensando sólo en la Administración, que ha sido redactado pensando simplemente en sus responsables. Línea a línea, entre borradores y páginas inutilizadas, he escrito persiguiendo tozudamente un solo objetivo: *convencer siquiera un poco a los profesionales y a los diversos grupos de ciudadanos para que antes de obsesionarse hipócritamente por sus consumos de drogas, comiencen por ocuparse algo de sus adolescentes.*

No se trata de un texto lleno de recetas técnicas ni de propuestas para redactar órdenes o decretos. He pretendido, tan sólo, situarme en el terreno de la provocación y el acicate tanto para los políticos como para los funcionarios, los que se atrincheran tras la profesionalización y los que descubren cada día la necesidad de cambiar, de abrirse, de flexibilizar criterios y adquirir capacidades como para llegar a prestar atención a aquellos ciudadanos que —necesitándolo— nunca llegan hasta nuestros tinglados terapéuticos.

Probablemente hay más ideas implícitas que explícitas; más estimulación a pensar que pensamientos concretos. Quizás, como casi todo en la adolescencia, este trabajo sea transitorio y efímero. En cualquier caso creo que se habría cumplido el propósito de las personas que encargaron su realización si, *en el futuro cercano, la cuestión adolescente pasa a ser preocupación social habiendo dejado de ser problema social.*

## Capítulo a capítulo

Este libro tiene, quizás, una estructura atípica. El lector no se va a encontrar con una especie de secuencia *in crescendo* que le coloque progresivamente en un panorama final de amplias conclusiones. De alguna manera todo el texto está resumido en el capítulo primero: una especie de guía breve del porqué y el cómo de nuestro interés por los adolescentes y sus consumos de drogas. En él están resumidos los términos de la cuestión, las contradicciones y las líneas lógicas que deberían enmarcar cualquier voluntad de estar atentos a los adolescentes. De una manera u otra, todo el resto de los capítulos son ampliaciones, insistencias, matices del primero.

Así, aunque más de un lector ya se habrá hecho su composición de lugar sobre la adolescencia al llegar al capítulo segundo, las páginas que siguen le forzarán, sin embargo, a ahondar sobre la condición adolescente en nuestra sociedad. Se trata de un capítulo pensado para consensuar aportaciones de la sociología, de la psicología evolutiva o de la antropología con vistas a hacer posible una cierta coherencia, una cierta lógica, en las respuestas que desde los diversos sistemas damos al adolescente.

El capítulo tercero retoma específicamente la cuestión de los consumos. Está voluntariamente abierto, ya que sólo pretende inducir a conocer las variopintas maneras con las que los diversos adolescentes pueden consumir drogas y, sobre todo, volver a advertir del riesgo de interpretar problemáticamente las sustancias, los consumos y las circunstancias que no son vividas como tales. Son páginas transidas de una cierta búsqueda crítica de la esencia de la "problematicidad" de las drogas entre los adolescentes.

Quien se mueve, profesional o vitalmente, entre esos adolescentes encontrará, en el capítulo siguiente, una cierta semblanza ilusionada del adulto cercano y accesible. Tras la reiteración de los elementos estructurales que inhabilitan a los recursos para prestar la atención necesaria, la reflexión se enzarza machaconamente en llenar de contenido las ideas de intervención posible y positiva; sin pretender que se haga lo que no está claro que pueda hacerse, ni de que cualquier actuación acabe siendo útil y estimuladora.

Toda la reflexión podría parecer, a algunos, que no lleva a nada. Para evitar que los pragmatistas, o los que han de actuar con diligencia, lleguen a la conclusión de que pensar no es práctico se ha escrito el último capítulo. No es más que una guía de sugerencias. Algo que pretende impedir que el lector se quede instalado en la duda inactiva.

Concretar algo más las propuestas era difícil para el autor sin fijar previamente el nivel administrativo o territorial de las intervenciones. No obstante, espero que habiendo conseguido la preocupación positiva del lector hacia la "causa" de los adolescentes, comience después una fase creativa y concreta en cada medio, en cada "territorio".

## Acercarse requiere una mirada positiva

En todos los campos de la ciencia, de la educación, de la salud o de la intervención social conviene acercarse a la persona desprovistos de prejuicios, de prevenciones, de estereotipos excluyentes y etiquetadores. Acercarse a los adolescentes —aunque sólo fuera como objeto de estudio— requiere una gran reflexión en ese sentido. Todos los adultos —unos más que otros— estamos plagados de estereotipos y contradicciones al estudiar a los grupos y a las personas, al abordar lo que consideramos problema. Estereotipos y contradicciones que se reproducen con respecto a los adolescentes. Unos personajes que, como más adelante señalamos, son socialmente problemáticos.

Los vacíos, teóricos y prácticos, en torno a la adolescencia y las drogas son probablemente el mejor ejemplo de esas contradicciones y prejuicios con las que nos solemos acercar a la adolescencia. Apenas podemos dejar de mirarlos como si estuvieran fichados. Despedimos miradas inquisitorias. Somos incapaces de mirar sin juzgar, cuando ellos suelen emitir primero mensajes y peticiones de comprensión.

La ausencia de adolescentes en los dispositivos, en los servicios montados para atenderlos, es probablemente la mejor demostración de esta especie de antipatía previa. Probablemente muchos profesionales del campo de las drogodependencias se refugian en sus saberes toxicómanos como manera de no superar sus dificultades de acercamiento positivo a los adolescentes.

Es fácil acercarse a alguien definido como toxicómano adolescente. Por el contrario, se requiere una apertura previa para prestar la atención cercana que necesita un adolescente, sin empezar señalándole lo que hace mal o las patologías de las que es portador. Podemos reaccionar ante un consumo problemático de drogas, pero habremos de reconocer que el adolescente lanzó antes decenas de mensajes que no recibieron respuesta.

Concebir la cuestión adolescente en términos de tratamiento parece algo abordable. Recordar que el adolescente puede exigirnos ayuda para encontrar algún sentido positivo a su vida y a su historia genera angustia e inseguridad profesional. Ahondar en la adolescencia y en sus situaciones problemáticas conduce, a la postre, a descubrir que estamos en el mismo barco y que como adultos estamos obligados a definir qué futuro planteamos y cuál es el horizonte hacia el que nos dirigimos.

### Ideas prestadas

Como otros textos que he escrito, éste es la suma de muchas ideas prestadas, de conceptos, apreciaciones e intuiciones nacidos en el calor de discusiones estimulantes con otras personas. Como puede apreciarse por los créditos de la primera página, además, ha tenido una génesis algo diferente. Proyecto y contenido son fruto de un grupo de trabajo del que formaron parte Juan Antonio Abeijón y Gabriel Hualde. Pero, a su vez, los tres tuvimos nuestras reuniones de trabajo con otras personas, entre las que debo destacar a Jordi Vila-Abadal, Frederic Boix, Laura Fernández, Rafael Mendía, José Manuel López y Gonzalo Centeno.

Todos ellos fueron al menos provocadores de las ideas que aquí se exponen y autores ocultos de estos materiales. Además, el primer borrador de trabajo fue objeto de discusión y comentario en las Jornadas sobre "Las ofertas de servicios y las demandas de atención en los adolescentes consumidores de drogas", celebradas en Madrid en octubre de 1989. También allí hubo ocasión y circunstancia para el debate y el enriquecimiento de las ideas iniciales.

Apoyo crítico y estimulador también recibí de diferentes personas del Plan Nacional sobre Drogas y de la Dirección General de Protección Jurídica del Menor.

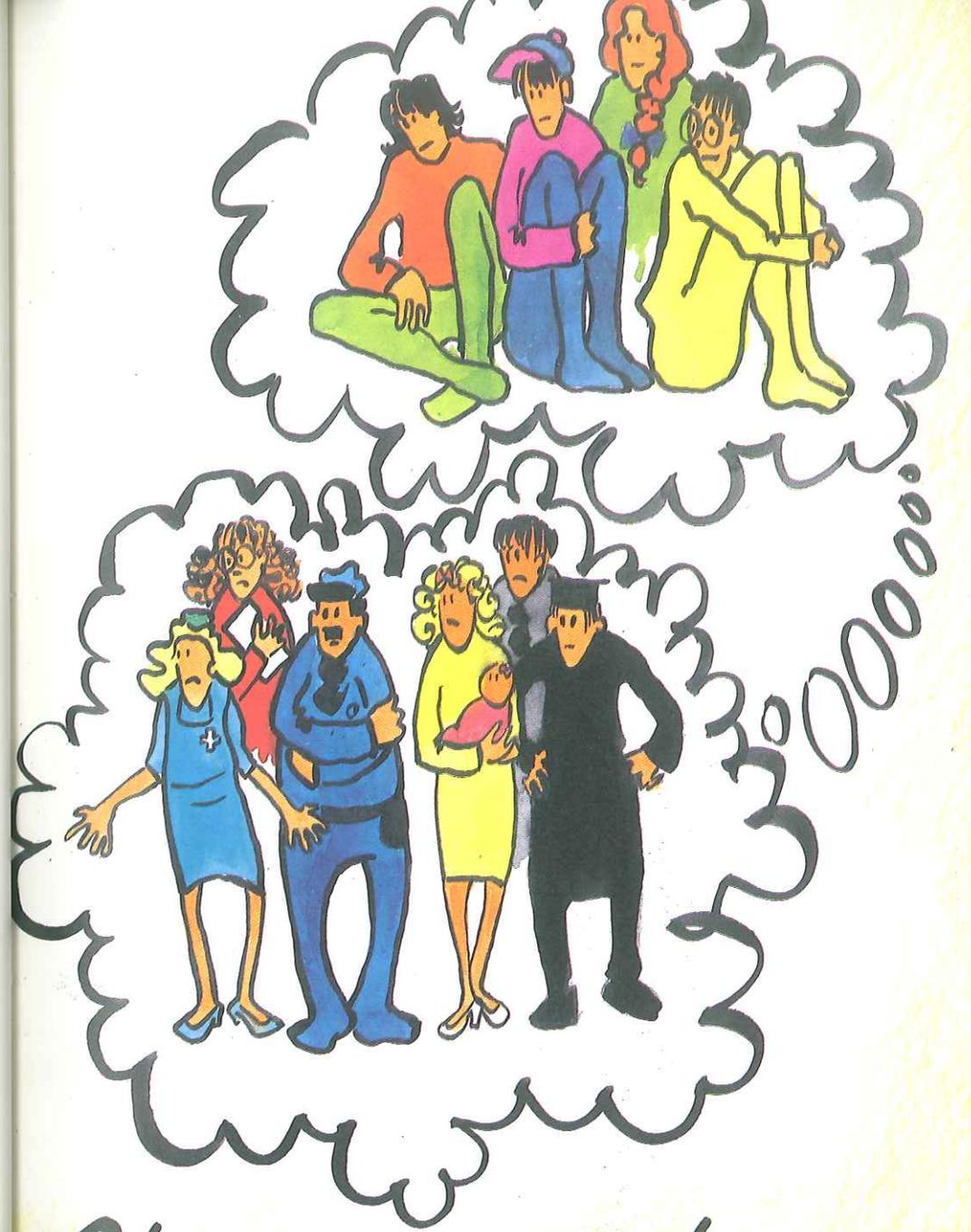
Ahora el texto puede considerarse como algo semidefinitivo, ya que el proceso de discusión sigue. El objetivo primigenio y primordial se mantiene: servir para que las ideas de otros muchos puedan incorporarse al diseño de actuaciones y preocupaciones más adecuadas en el espacio de los adolescentes y los consumos de drogas.

### Buenos y malos

Un texto reelaborado con el calor de los debates tiene, al menos, la ventaja de ser visto con enfoques diversos antes de que sea impreso. En ese ir un poco de mano en mano alguien sugirió que dividía maniqueamente el mundo adolescente entre "buenos" (ellos) y "malos" (los adultos). También se apuntó, en otro sentido, que la mayoría de los adolescentes —aquellos de los que, al parecer, no hablo en el libro— eran "buenos" y sólo una minoría tenían problemas con las drogas.

Aunque se han limado finalmente algunas expresiones, sería preocupante que esas vivencias acompañaran al libro. En primer lugar quisiera dejar sentado que no se trata de escindir la sociedad entre unos adultos negativos, causantes de los malos adolescentes, y unos ciudadanos jóvenes angélicos, víctimas de la sociedad adulta. Unos y otros *son parte* de la sociedad, de una sociedad que se reproduce —caricaturescamente si se quiere— en los de menor edad. No obstante, la dinámica de la diferenciación en la que vive el adolescente comporta que identifique en los adultos todo aquello que rechaza porque quiere ser diferente; a la vez que silenciosamente descubre —en aquellos que tienen cerca y de una manera positiva— todo aquello que podría llegar a ser.

En cuanto a la segunda preocupación, he pretendido que no fuera cierta, aunque el lector juzgará si lo he conseguido. Sería un reduccionismo —con el que evidentemente no estaría de acuerdo— pensar que el patrón de la atención a la adolescencia debe deducirse de las características y conflictos de los que consumen de manera destructora y, además, están en el circuito de la justicia penal. Sólo de una visión coherente acerca de cómo prestar atención a los adolescentes puede inducirse cómo atender sus dificultades sociales o sus conflictos con las drogas.



Cómo y por qué  
acercarse a los  
adolescentes.

### 1.1. Para no esperar con los brazos caídos

“En discusiones diferentes, con diversos profesionales y en relación comparativa con diversos países europeos, se pone en duda que realmente exista un problema serio de drogadicción entre preadolescentes y adolescentes. Para muchos el problema de los drogodependientes es un problema de jóvenes, fundamentalmente de jóvenes adultos, de jóvenes de más de veinte años. (...)”

“¿Por qué según quien opina no existe problema grave de drogodependencia en edades más tempranas? Al margen de las diferencias entre países y entre comunidades de nuestro país, ocurre que la realidad de las drogas suele definirse a partir de los datos obtenidos en la atención a la persona con problemas de drogodependencias (...) y la media de edad de las personas atendidas por demandas en relación con la heroína, en los servicios de atención a las drogodependencias, era (en 1987) superior a los veintitres años..., rondaba, por lo general, los veinticinco...”

“Por el contrario, los estudios sociológicos, tanto de tipo cualitativo como cuantitativo, sí que parecen indicar la existencia de problemática de drogadicción entre los preadolescentes y adolescentes... Se puede observar cómo aparecen en esas edades consumos importantes de drogas, que casi nunca conducen a la consulta... En drogas como la heroína se alcanzan ya las cotas de consumo general antes de los dieciocho años. Según estos estudios sí que existe un grupo importante de drogodependientes adolescentes, usuarios de drogas de diferente problemática y legalidad. (...)”

“Pero también podemos decir —con honrosas salvedades— que las redes de atención a las drogodependencias son redes adultas, que se rigen por criterios adultos explícitos u ocultos. Si se revisa, por ejemplo, la edad necesaria para acceder a una Comunidad Terapéutica, se observará cómo, en la mayoría, no es posible incorporarse antes de los dieciocho años. En los otros servicios de drogodependencias no hay, quizás, límite de edad, pero encontraremos cómo las reglas, los procedimientos de atención, la dinámica relacional, etc., forman un contexto adulto. Subyace en todos ellos una dinámica inconsciente que hace fracasar la mayoría de los acercamientos de los adolescentes a los servicios de atención a las drogodependencias. Es como si su mensaje oculto fuera: “adolescente, no eres nuestro cliente”, “no formas parte de nuestra población asistible. (...)”

“Al margen de las cifras, de las experiencias puntuales, la realidad es que nuestro marco de atención a las drogodependencias es adulto, y en la medida que el marco es adulto difícilmente se puede adaptar a los adolescentes, aunque sus profesionales lo pretendan. (...)”

“De todas las maneras, en el fondo... la cuestión básica a debatir es otra: ¿Acaso — desde lo que conocemos del proceso de recuperación del toxicómano— sabemos cómo se recupera un adolescente? ¿No estaremos delante de una contradicción no sólo del marco, sino también de la técnica terapéutica? ¿No estaremos delante de un dilema terapéutico plagado de interrogantes?”

Hemos querido resumir al inicio algunas reflexiones del documento<sup>1</sup> que provocó el encargo de este informe. Un encargo que se asocia a nuestro convencimiento de que ante los adolescentes que consumen drogas, de una manera que hemos dado en llamar problemática, la única actitud que no es válida es la de esperar con los brazos cruzados a que crezcan y se destruyan más, de manera que encajen en nuestros sistemas adultos de atención y podamos curarlos. Aunque, a veces, no se trate de hacer nada especial o, mejor dicho, debamos estar en una actitud de comprensión y de espera positiva.

Un convencimiento que, de todas las maneras, no suprime las incertidumbres, no evita la complejidad, ni nos aleja de sugerencias y propuestas que probablemente choquen con más de una ortodoxia profesional.

El presente informe se asienta en la voluntad de analizar las tres cuestiones que el propio título plantea y la realidad creada por su interrelación: la adolescencia actual, sus consumos de drogas, las intervenciones posibles y necesarias (suponiendo que los consumos nos sugieren inequívocamente la necesidad de la intervención y que, además, esa intervención es posible y positiva).

Así, la reflexión que hemos plasmado en las páginas siguientes trata de responder a algunos de estos interrogantes:

- a) ¿Existen unos consumos más problemáticos que otros?
- b) Si esos consumos se dan en adolescentes, ¿dónde está la esencia de la problemática: en la sustancia, en el propio adolescente, en los adultos que le rodean, en la sociedad adulta?
- c) Dado que aceptamos —con los matices que veremos— la necesidad de intervenir, ¿cuál es el sentido de la intervención, cuáles son los objetivos?
- d) En cualquier caso, ¿cuáles son las reglas, los criterios básicos mínimos que harían posible y positiva la intervención?

## 1.2. La adolescencia como emergente de otros sistemas

### Estar en transición. Ser en función de los adultos

La complejidad de la respuesta a éstos y otros interrogantes que irán saliendo se ubica, en primer lugar, en la propia conceptualización de la adolescencia, en la urdimbre entrelazada de esta etapa socialmente evolutiva. Estamos planteándonos

<sup>1</sup> J. FUNES (1989): *Minoría de edad penal, drogodependencia y delincuencia: cuando además de ser adolescente e ir a parar al Tribunal Tutelar, se usan drogas*. Comunidad y Drogas. Monografía número 6, Madrid, Ministerio de Sanidad y Consumo.

actuaciones posibles en un colectivo complejo, cuya esencia, cuya idiosincrasia está definida por dos grandes variables: la ubicación social y el carácter evolutivo<sup>2</sup>. Variables definitorias tanto de los problemas como de las realidades positivas.

Es imposible plantearse el análisis de dificultades o conflictos concretos del adolescente, al igual que los remedios a sus males, sin considerar que el eje definidor está en el entramado social que genera la propia adolescencia; que, como más adelante diremos, la adolescencia no es algo autónomo, sino una realidad emergente de los sistemas sociales.

Intentamos hablar de unas problemáticas, de unos abordajes que afectan a unas personas que, en primer lugar, hemos de definir como sujetos en proceso de transición de la infancia a la juventud y la vida adulta. Su "ser" podríamos decir que es "devenir", abrir un recorrido no trazado hacia una meta difusa o inexistente. No podemos hablar de sujetos estáticos, definibles por lo que son, sino que su transición, en función de los escenarios por los que transcurre, los va estructurando. A su vez, los recorridos de transición adolescentes están plagados de sucesos, de acontecimientos —a menudo novedosos e impactadores en sus vidas noveles— que alteran y llenan de satisfacción o de zozobra su avance. No se es de igual manera adolescente expulsado del sistema escolar que dentro de él, con experiencias paralarales que sin ellas, empapado en consumos de sustancias que sin ellas, teniendo capacidad de consumo que buscándose la vida.

Otro dato del entramado definidor generado por la ubicación social de la adolescencia es el que afecta a la conflictividad. A fuer de sinceros deberíamos aceptar que la conflictividad adolescente no tiene carta de existencia sin los adultos, que la propia ubicación social de la adolescencia es conflictiva. El análisis de cualquier problema adolescente (no sólo los problemas sociales) nos lleva siempre al estudio de en relación con qué adultos se genera. Las conductas, el comportamiento del adolescente son los de la persona que tantea definirse, ser algo, en relación con los otros —los adultos— y su mundo. Ni su ser, ni su actuar, ni su conflictividad tienen explicación —son abordables— sin conocer el posicionamiento, la actitud, las acciones de los adultos.

### Diversidad histórica

Por si las variables definidoras a estudiar fueran pocas, la adolescencia sólo puede ser considerada en términos de diversidad. Con una expresión habitualmente repetida hemos de decir que "no existe la adolescencia, sino los adolescentes".

<sup>2</sup> Aunque, como podrá verse en el texto, usamos a menudo el término adolescencia de una manera muy genérica, el conjunto de apreciaciones y sugerencias se refieren fundamentalmente a la franja de edades entre los doce/trece años y los diecisiete/dieciocho años: los períodos de edad que van desde las primeras transformaciones preadolescentes hasta la consecución de un cierto *status* social de "joven".

Diversos medios sociales crean adolescencias diversas y su diversidad no es algo variopinto o decorativo, sino que es posible encontrar adolescencias esencialmente diferentes. Esto es así, no sólo porque cada contexto social tiene expectativas y demandas cambiantes respecto a sus adolescentes, sino también porque los "estilos de vida"<sup>3</sup>, los "estilos vivenciales", la estructura de los grupos de iguales, la diversidad de recorridos que hemos indicado, etc., crean adolescentes diametralmente diferentes.

A partir de esta consideración, el tema que nos ocupa pasa de ser la definición de una problemática y su abordaje a ser la variada implicación de sujetos y grupos diferentes en esa problemática, para los que probablemente habrá que encontrar formas o modelos de intervención diversa.

Por si esta diversidad —que va más allá de la que siempre hemos predicado<sup>4</sup> para las drogodependencias— fuera poca, a nadie se le oculta que la adolescencia y la juventud son etapas profundamente históricas. Sus sujetos son ampliamente influenciados por los medios de comunicación, las variaciones en el mercado de trabajo condicionan experiencias de inserción básicas para ellos, los cambios en la percepción adulta de su realidad alteran su propia identidad, las diversas crisis sociales encuentran en ellos el espacio predilecto para impactar. Aunque las líneas sustanciales para el análisis permanezcan, el estudio de las problemáticas que les afectan no puede dejar de lado los elementos puntuales, concretos, que en cada momento les rodean. Sólo una parte pequeña es estable en la ciencia de la adolescencia.

Estos y otros son los ejes con los que más adelante intentaremos acercarnos a una definición de la adolescencia útil para la intervención. Pero nadie puede caer en el engaño de una definición fácil; la complejidad está en la base de esta nueva "clase de edad"<sup>5</sup> llamada adolescencia.

### 1.3. Socialmente evolutivos

#### La condición adolescente

Además de la ubicación social, decíamos que para analizar y actuar en este colectivo convenía tener en cuenta que son sujetos en evolución, personas en proce-

<sup>3</sup> Tanto si se emplea el término "estilo de vida" como el de "estilo vivencial", hay que considerar que nos referimos a la manera de ser, de estar en la vida, de vivir cada día, compuesta por elementos muy diversos. Brevemente, algunos de ellos pueden ser: actividades dominantes durante el día, instituciones o ámbitos que le acogen, relaciones de conformidad o de contraposición, consumos —de todo tipo— a los que tiene acceso, sensaciones, vivencias, afectos, significados culturales en los que se siente partícipe, relaciones con la familia y con los adultos en general, etc. Usar la palabra "vivencial" supone simplemente recalcar la resonancia interna que suele acompañar a todo lo que sucede en la vida del adolescente.

<sup>4</sup> Véase, por ejemplo, J. FUNES y O. ROMANÍ (1985): *Dejar la heroína*. Madrid. Cruz Roja Española.

<sup>5</sup> G. LUTTE (1984): *Sopprimere l'adolescenza?* Torino, Ed. Gruppo Abele.

so de transformación. El acercamiento a la persona adolescente —sin que defendamos ningún psicologismo analítico— con ánimo de prestarle atención, supone entender una manera de ser cambiante, dinámica, en la que los propios cambios son motivo de desequilibrio y conflictividad.

Entre esos doce-dieciocho años en los que vamos a centrar nuestro trabajo hay momentos muy diversos, subetapas especialmente críticas —como, por ejemplo, los momentos de primera preadolescencia— y épocas de templanza casi infantil. Los que han de diseñar programas de intervención educativa saben que sus personajes son sobre todo evolutivos, que pasan por una larga secuencia de cambios —dentro y fuera de su "piel"— que condicionan la manifestación de sus problemas y la aplicación de las soluciones.

Ser "evolutivo", por la dinámica interna y por la estimulación externa, comporta una cierta instalación en la crisis y una aparición crítica de las dificultades, junto a una cierta aparatosidad permanente en su expresión. Las claves de actuación en esa dinámica cambiante probablemente nada tienen que ver con las que se siguen en función de problemas definidos estáticamente, de personas ya constituidas como tales en relación a semejantes problemas.

En la adolescencia, casi siempre hemos de hablar de dificultades de "condición": dificultades que cambiarán radicalmente, o desaparecerán, por el solo hecho de salir, de terminar con la condición evolutiva en la que se vive. Habrá quién restará importancia a este hecho, pero en las páginas siguientes habremos de intentar contestar a preguntas como éstas: *¿Intervenir porque este adolescente presenta ahora tal o cual problema no será peor que esperar a que cambie, a que se sitúe en otras coordenadas vitales? ¿No será la espera una actitud positiva para no empeorar o fijar indefinidamente su "condición" problemática?*

#### Construirse paso a paso

Las cuestiones adolescentes, de todas las maneras, las vamos a tener que medir en términos de maduración. Es decir, que el sujeto sobre el que pensamos actuar se está construyendo, está desarrollando sus potencialidades, madura en función de los recursos y estímulos que tiene a su alcance.

Construir, en este caso, supone poner pisos, ladrillos, peldaños de la propia personalidad, de la propia vida y realidad personal, uno encima de otro, uno detrás de otro; sabiendo que lo posterior no es posible sin lo anterior, que éste condiciona a aquél. Nuestro problema principal se sitúa en la imposibilidad de conocer a priori el diseño general del edificio, el resultado último al que se pretende llegar.

Actuar entre adolescentes será siempre tantear, presumir que determinado elemento distorsionado alterará gravemente la estructura, impedirá que el edificio tenga la altura y las características idóneas. Pero los análisis de los problemas, el estudio de la conveniencia o no de la intervención se basarán siempre *en evaluar en*

qué medida se bloquea realmente su maduración, de qué manera se le está privando de elementos, de experiencias, de "ladrillos", necesarios para su construcción futura como ciudadano adulto.

## 1.4. Empezar pronto a drogarse

### Ser, estar, consumir

Una vez que hayamos prestado atención a cómo son las diversas adolescencias, habremos de encarar el análisis, el estudio de la realidad de los consumos de drogas; pero no de cualquier tipo de consumos, sino de aquellos que parecen darse entre los adolescentes.

Este trabajo no pretende ser ningún manual que se refiera al conjunto del fenómeno de las drogodependencias, ni aquí vamos a hacer un resumen extenso de las variables que lo envuelven y definen. Pero, para nosotros, es obvio que, desde la perspectiva adolescente, el análisis que nos ocupa es algo más que el estudio de las sustancias que consumen, o de las dosis farmacológicamente peligrosas.

En diferentes momentos recordaremos que no sólo la aparente simplicidad de un análisis centrado en la relación sujeto-sustancia está alterada por la complejidad del sujeto adolescente, sino que la preocupación por el consumo de drogas en estas edades ha de inscribirse en un marco explicativo mucho más amplio. Habrá que aproximarse al mundo de las expectativas que tienen cuando se acercan a él; tendrá que considerarse si los consumos son elementos de identificación, de transgresión, de una manera de ser y estar. No podremos pasar por alto que casi todo lo adolescente se define en función de los otros, de los iguales, que todo consumo puede ser un elemento de ubicación respecto al grupo de próximos, a los grupos de coetáneos y de ellos respecto a los jóvenes mayores y a los adultos. Más complejo será, además, considerar la parte de los consumos asociada a cada uno de sus contextos vitales, a cada una de sus situaciones adolescentes: drogas y ocio, drogas y diversión, drogas y complejos culturales (cultura del "coloque"), drogas y vivencias adolescentes internas, etc.

### Del riesgo a la profecía autocumplidora

A menudo, decidiremos la intervención en el mundo adolescente no por lo que realmente toman, sino por lo que parece "significar" su toma, lo que envuelve sus consumos y el marco funcional en el que se inscriben. El punto de partida suele ser conceptos como "peligro", "riesgo", "futuro", que son conceptos adultos.

La aproximación a la idea de "consumo problemático" se inscribe, una vez más, en una percepción adulta de la posible situación de destrucción a la que el adoles-

cente puede llegar si su actual realidad de abuso permanece. El adulto sabe, percibe, supone, de la destrucción final, pero el adolescente —la mayoría de las veces—, no. Nos movemos casi siempre en función de lo que "podría llegar a suceder", de lo que "podría llegar a ser" y no de lo que en ese momento es. (Intervenimos porque si no "será" un delincuente, un drogadicto, un...).

Los niveles de percepción y significación del problema son diferentes para uno y otro. Pero además, casi siempre, para el adolescente inmerso en una situación problemática, ésta es difusa, compleja; sus padecimientos no están asignados a una causa específica, ni se siente portador de una patología. El análisis y la intervención del adulto tendrán como primer efecto la asignación de entidad al problema... Uno y otro pueden acabar resumiendo y enmarcando todo en "el" problema, en este caso en el consumo de alguna sustancia.

Probablemente mucho más que en otros terrenos, la intervención en el consumo de drogas en adolescentes —que es una actuación en sujetos a medio camino y en consumos a los que quizás faltan muchas etapas— corre el riesgo de acabar como las profecías autocumplidoras<sup>6</sup>. Corremos el riesgo de que aquello por cuya amenaza, por cuya probabilidad fundada de que ocurra intervenimos, acabe siendo el objeto identificativo del adolescente. Intervenimos sobre sus consumos argumentándole que le llevarán a otros más problemáticos y, con nuestra carga problematizadora, creamos las condiciones para que realmente el adolescente acabe aspirando a conseguir la meta del abuso. *Probablemente este riesgo de la intervención está en relación directa con el grado de problematización con el que le planteemos la intervención, así como con nuestro grado de focalización obsesiva en las drogas.*

### Las drogas como sucesos

Recordando, una vez más, el concepto de adolescencia como recorrido de transición, tendremos que aproximarnos a las drogas y su mundo como sucesos, como acontecimientos con capacidad de alterar, de modificar el itinerario. Nos tocará intuir, o constatar, el impacto de las experiencias vitales obtenidas en asociación con los consumos de drogas, para evaluar realmente su problematización, para aprovechar los elementos positivos, o los elementos que conduzcan a un programa de recuperación cuando éste se plantee.

A diferencia de cuando se produce en el joven adulto, o en el adulto, para el adolescente el impacto de los consumos de drogas siempre tendrá que ser medido por su condición de modificador, alterador —alguna vez facilitador— del proceso de crecimiento, personal y social, de la secuencia de inserción, de las etapas de maduración.

<sup>6</sup> H. BECKER (1971): *Los extraños. Sociología de la desviación*. Buenos Aires, Ed. Tiempo Contemporáneo.

Por último, si se pretende reflexionar sobre la relación adolescencia-drogas conviene no olvidar qué parte del frente de conflictos abierto por la sociedad adulta con sus jóvenes corresponde a las drogodependencias. Los adjetivos delincuente y drogadicto suelen ser añadidos con mayor facilidad a los nombres de los ciudadanos jóvenes; así, una parte de la esencia de la toxicomanía conseguimos que el adolescente la defina como generada por la relación que imponen los adultos. Además, adolescencia y socialización son inseparables; socialización y marginalidad son dependientes de los procesos de reacción social, de las normas penales, de la criminalización. Los consumos de drogas se sitúan a menudo en el ojo del huracán creado por esas tensiones.

## 1.5. Intervención posible y... positiva

### Los adolescentes no vienen: falta sintonía

Estudiada la adolescencia, considerada su relación con las drogas, la contestación a los interrogantes que planteábamos al inicio nos llevará a debatir la intervención: el qué y el cómo de la atención a los adolescentes motivada por sus consumos de drogas. Pero si intrincados eran los apartados anteriores, éste no les queda a la zaga. Los términos básicos de la cuestión serán los siguientes:

- a) La posibilidad o imposibilidad de que el adolescente sea "paciente" de algún sistema de atención.
- b) El estilo y las claves de la intervención.
- c) Las maneras de adaptar para los adolescentes las respuestas que hasta ahora aplicábamos a jóvenes adultos.

La mayoría de los recursos de atención a la salud, desde su vertiente más fisiológica hasta la del simple consejo, reconocen —si son sensibles a ello— que los adolescentes no están entre sus pacientes. Los dispositivos actuales de atención primaria, los de salud mental, los de orientación sexual y planificación familiar, etc., reconocen la dificultad de conseguir que los adolescentes acudan. Por motivos y circunstancias que tendremos que considerar no acuden a los servicios de drogodependencias, pero es que tampoco acuden a los otros dispositivos asistenciales. Adolescentes y dispositivos parecen incompatibles, se rechazan o se ignoran.

*Hablar de adolescentes es hablar de una población que no pedirá atención por sí misma. Su condición, su relación con el problema, o con la enfermedad, parece que no pueda ser de otra manera. Quizás estemos instalados en un gran error cada vez que creamos servicios "para que vengan".*

La mayoría de los dispositivos asistenciales se basan sobre el presupuesto, propio del adulto, de que la persona pedirá ayuda para su problema y la pedirá

acudiendo allí donde atienden ese problema. Pero, como hemos señalado, la relación que el adolescente establece con sus dificultades casi nunca da lugar a que se cumplan esos supuestos.

Ahora bien, ¿ha de continuar siendo forzosamente así? ¿Acaso los dispositivos pueden "pasar" de los adolescentes, sin revisarse, sin adaptarse, sin pensar en desaparecer o en generar otros diferentes? Convendrá no quedarse anclados en la tranquila constatación de que no atendemos adolescentes porque éstos no piden ser atendidos.

Si analizáramos en términos radiofónicos esta especie de problema comunicativo, podríamos hacernos algunas de las siguientes preguntas, de las cuales quizás obtendríamos algunas respuestas operativas:

- ¿Están diseñados —tienen capacidad y voluntad— los dispositivos para "sintonizar" con las "ondas" adolescentes?
- ¿Las "bandas sonoras" (los problemas, las necesidades) que unos y otros "captan" son los mismos? (Mientras los adultos de los servicios están en la onda pesquera, ellos se colocan con la frecuencia modulada.)
- ¿No debe pasar con frecuencia que emitimos a la vez, de formas que mutuamente "interferimos" la "escucha"? (Los mensajes de los servicios de atención, con su voluntad de captar sujetos asistibles, crean un ruido de fondo que probablemente no deja escuchar las demandas reales de los adolescentes.)
- ¿Acaso no tendremos una excesiva tendencia a "descodificar" en términos de "síntoma", de "patología" muchas de las señales que los adolescentes emiten? (Atendemos quizás demasiado a la "música", a los problemas, y a lo mejor deberíamos estar atentos al "gesto", al conjunto de su realidad vital).

### Saber estar donde están ellos

En diferentes momentos hablaremos de algunos de los diversos recursos que pueden y deben existir para prestar atención a los adolescentes. No los revisaremos ahora, pero debemos señalar que, sea cual sea el dispositivo de atención que se plantee para atenderlos, la cuestión es de "estilo", de manera de intervenir, de saber estar allí donde están ellos. Se trata, en definitiva, de plantearse de qué manera los recursos existentes o los inexistentes pueden llegar a actuar en clave adolescente, de manera que sean realmente receptivos hacia ese grupo de edad.

Pedir, ofrecer, sugerir, poner a disposición de, obligar, provocar, seducir, inducir... ¿Cuál es la palabra idónea para definir la intervención con los adolescentes? Profundizando en el "estilo" apropiado —algo, al parecer, no siempre fácil de conseguir— deberíamos encontrar las respuestas.

Los condicionantes de la intervención posible y positiva, determinados por la realidad adolescente y su ubicación respecto a los problemas, producen unas reglas

mínimas, unas coordenadas imprescindibles, fuera de las cuales se hará imposible o generará más dificultades que las que pretende solucionar. Además de tener presente que pretendemos atender a adolescentes y de valorar adecuadamente sus problemas con las drogas, se debe tener presente que la intervención posible y positiva ha de cumplir estas cuatro reglas:

- a) Producirse en sus "territorios".
- b) Basarse en la "presencia" adulta.
- c) Ser fundamentalmente educativa.
- d) Estructurarse como "oferta".

En el capítulo destinado a la intervención profundizaremos en cada una de estas reglas. Ahora tan sólo queremos avisar que el trabajo con los adolescentes sólo puede producirse allí donde están, en los espacios y las instituciones que frecuentan, en los lugares vitales normalizados; "acudir a..." (la consulta, por ejemplo) no es un verbo que conjuguen con facilidad. Están en la escuela, en la calle, en los lugares de encuentro..., allí tendrá que estar al menos el enganche que permita sugerir, proponer, prestar la atención.

De la misma manera, el fracaso de algunos de los servicios de atención quizás se deba a carecer de presencia entre los adolescentes. No funciona un diseño de recursos que sitúa al adolescente en su mundo, sus territorios, sus problemas y al adulto en los servicios, en los recursos, a la espera de que el otro venga. *El primer paso de cualquier posibilidad de atención se basa en la presencia de adultos positivos entre los adolescentes, reconocidos por ellos como dispuestos a aceptar el planteamiento de "sus" problemas, con ascendencia suficiente como para aportar sin ser rechazada su visión adulta.*

En cuanto a la regla educativa, no queremos referirnos aquí tanto a la evitación de la práctica represiva —en la línea de la reducción del frente de conflictos—, sino a la superación del enfoque clínico y patologizante. Los recursos y servicios para adolescentes deben asentarse sobre el objetivo de facilitar y posibilitar la maduración, la evolución, la manera no conflictiva de inserción, etc. La actitud de fondo no puede ser la de diagnosticar y evaluar la patología. Todas las "locuras" que manifiesten pueden ser perfectamente provisionales, asintomáticas o sintomáticas de conflictos muy diferentes de los que los adultos interpretamos y, como mínimo, no vividas por el adolescente en los términos de la etiqueta clínica que le adjudicamos. Aunque sean posibles y necesarias otras aportaciones terapéuticas, la orientación básica, el criterio primero y fundamental, ha de ser el educativo; el de aceptar qué apoyos, ayudas, estímulos aprendizajes... puestos a su alcance pueden hacer que cambie una situación evolutiva, en la que sólo está instalado provisionalmente.

En esa misma línea, ofrecer, generar un entorno de "ofertas", significa posibilitar —mediante la existencia de personas y recursos disponibles y atrayentes— el que el adolescente conecte, se enganche a ellos cuando los necesite. Y esto lo haga porque percibe posibilidades de ser atendido, no porque —habiéndose reconocido a sí mismo como toxicómano— puede pasar ya por la correspondiente consulta. Sería

algo así como los artículos de un *self-service* o las "ofertas" de un supermercado. En la medida que están ahí, en abundancia, en el entorno de nuestro almuerzo o del ir de compras, construimos un menú diverso, o nos sentimos tentados por productos desconocidos cuya utilidad acabamos probando. Los adolescentes no acuden a los servicios asistenciales, he dicho, porque no están en su entorno vital normalizado, pero, además, porque, lejos o cerca, no perciben que tengan algo que ver con ellos, que les ofrezcan nada, que puedan servirles en cualquier momento de sus crisis.

Oferta, en este caso, quiere decir disponibilidad y atractivo. No supone repartir terapias ni obligar a tratamientos. Comporta emitir destellos, enviar mensajes de utilidad. El adolescente debe detectar que el tutor de la escuela puede aportar algún día significado a una crisis, que la casa de juventud es un espacio disponible, que en el recurso sanitario de atención primaria están dispuestos a acoger esa sensación difusa de enfermedad que a veces tiene y ahora se le hace insufrible, etc.

Los centros especializados de atención a las drogodependencias, portadores de las mismas inadecuaciones que los otros servicios, poseen además una mayor distancia respecto a los adolescentes. El hecho de que éstos prácticamente no se hayan encontrado nunca entre sus clientes ha agudizado la separación e incluso ha provocado la rigidez adulta de sus procedimientos y sistemas terapéuticos. Si, en una primera fase de trabajo, el objetivo a proponerse fuera la modificación de estos recursos, probablemente la secuencia a seguir sería ésta:

- 1.º Que los centros especializados en la atención a las drogodependencias **descubran que existen los adolescentes.**
- 2.º Que planifiquen un proceso para estar progresivamente **disponibles** para atenderlos.
- 3.º Que, como última fase, pasen a formar parte, a diluir sus actuaciones en el seno de los otros recursos para los adolescentes.

Pero no avancemos acontecimientos, nos quedan por discutir, entre otros, muchos de los elementos del proceso de recuperación, de los programas de atención a las drogodependencias, en su relación con los adolescentes.

### **El espacio para la decisión del otro y los objetivos terapéuticos**

Quisiera terminar este primer capítulo-resumen, destinado a plantear los términos de la cuestión, recalando ya algunos principios claves cuando se pretende llevar a cabo esa acción que hemos definido como intervención en los adolescentes con consumos problemáticos de drogas.

El primero de ellos tiene que ver con los efectos múltiples que siempre tiene una intervención en la adolescencia. Nuestra acción, al producirse sobre un sujeto que madura y evoluciona, nunca es neutra, modifica el recorrido hacia la vida adulta. Al actuar en función de una degradación a la que prevemos que podría

llegar y casi nunca de una situación humanamente insostenible, debemos calibrar los diversos efectos que produciremos, aproximarnos a un cierto criterio de "intervención mínima", a la vez que generamos en su entorno un máximo de "ofertas" y de estímulos.

Habrá que asumir también que un adolescente es una persona, no un objeto por el que podemos decidir. Podrán presentarse situaciones de coacción —las mínimas— pero, aun así, trabajando con adolescentes, aunque consuman drogas de manera problemática, *siempre debe existir un espacio para la decisión del otro, del adolescente persona y ciudadano al que atendemos.*

Por último, debemos reflejar ya una cierta reflexión sobre el objetivo final de esta intervención que pretendemos. No se trata de conseguir militantes de una cruzada para un mundo sin drogas; de manera más realista y humana quizás debamos pretender que *el adolescente, conforme se vaya haciendo mayor, aprenda progresivamente a vivir y convivir con usos de drogas que le reporten la menor cantidad posible de problemas a sí mismo, tanto en lo que afecta a su integridad —al desarrollo de su persona— como a la relación con los otros.*



*La visión adulta  
de la adolescencia.*

## 2.1. ¿Dónde ponerlos? ¿Qué hacer con ellos?

Una vez hecho el planteamiento general, después de haber sintetizado las cuestiones y las principales líneas, procede dedicarse algo más extensamente a cada uno de los tres términos que he puesto en relación, comenzando por la adolescencia. Una condición que ya he definido como social e históricamente evolutiva, como de contornos en apariencia problemáticos, describible sólo en términos de transición.

Al volver ahora sobre ella dedicaré las próximas páginas a profundizar en el espacio social de la adolescencia de los 90, a completar de una manera integrada el retrato útil que necesitaremos para pensar después —de nuevo— en la atención.

Si tuviéramos que señalar un punto de partida, una hipótesis central, diría que la sociedad actual vive de manera problemática a sus adolescentes, no sabe dónde colocarlos; el solo hecho de ser adolescente supone un *status* de incertidumbre, es una situación problemática. Hasta tal punto es problemática la adolescencia para la sociedad, que niega su existencia si no es como problema; ni siquiera suele existir para nosotros los que nos consideramos profesionales. (Obsérvese, como simple ejemplo, la dificultad que existe para encontrar el maestro que quiera ocuparse del curso 8.º, o la cantidad de psicólogos que se ocupan de la infancia mientras que casi ninguno quiere aproximarse a la adolescencia, o los escasos médicos que saben cómo relacionarse con un adolescente.) La práctica demuestra que nos resultan un problema porque no sabemos qué hacer con ellos, no sabemos dónde ubicarlos socialmente.

No se trata de discutir sobre una categoría de pacientes o una tipología patológica a la que adecuar una metodología terapéutica. Se trata de aproximarse a una realidad clave, a un fenómeno colectivo nacido en gran parte del posicionamiento que los adultos —profesionales o no— adoptan delante de esa realidad.

Podría simplificarse el análisis recordando algunos de los estereotipos dominantes. Así, nuestra sociedad —incluidos los profesionales y los responsables de las políticas de intervención social— suele concentrar su problemática con los adolescentes generando una especie de opinión por extensión, o reducción: todos son más o menos delincuentes, todos se drogan, todos son sospechosos de problemas. Pero también predomina el fenómeno de la ocultación. Hay muchos responsables de instituciones que niegan cualquier viso de problemática a los adolescentes como tales; tan sólo algunos, desviados o patológicos, crean dificultades, sin que nada tenga que ver su situación adolescente con los problemas. (Véase, por ejemplo, cómo se delega a los Servicios Sociales el ocuparse de los adolescentes “con problemas”, mientras los departamentos de juventud se dedican a la “cultura” y el “tiempo libre”, sin que la inserción laboral, la salud, la vivienda, etc., de los adolescentes sea tema de nadie.) A veces, simplemente, resultan problemáticos porque molestan; porque gritan en el metro, porque van en grupo y se meten con la gente, porque pisan los jardines, porque se rebelan contra los adultos que les llaman la atención... Son un conjunto de personas que parecen sobrar a la comunidad en la que están.

Me he referido ya a la adolescencia como una condición social e históricamente evolutiva, como algo que afecta en circunstancias que difieren ampliamente o, utilizando terminología semiepidemiológica, como una fase de la vida humana que cursa como formación histórica, como producto social en estado de constante cambio.

Pueden adoptarse los enfoques que se deseen, pero es inevitable acercarse a la adolescencia como algo nacido de la supresión, de manera generalizada, del paso inmediato de la infancia al sistema productivo y del *status* que la sociedad otorga a esa nueva "segunda década de la vida humana"<sup>7</sup>.

La mayoría de los niños ya no acaban su escolarización "primaria" pasando a convertirse en esos pequeños hombres que eran los aprendices. Ya no se va de la escuela elemental al trabajo. La reducción del mercado laboral ha generado la conquista de un nuevo grupo de años (una segunda década de la propia vida) destinados a crecer, a desarrollar más adecuadamente aptitudes y capacidades, personales y sociales.

Repetidamente tendremos que señalar que las dificultades, los problemas, están situados no en el adolescente, sino en la falta de voluntad de la sociedad que le rodea para ofrecer maneras de encarar, de manejar esas adolescencias creadas y alargadas artificialmente.

A menudo es en esa especie de estigma que supone el no ser nada, el no ser adultos, donde se encuentra una gran parte de la conflictividad y la dificultad en la que acaban inmersos. Junto a una desmesurada atención por sus "problemas", por las "tentaciones" y los "riesgos", la sociedad no los considera miembros serios, no les concede derechos, ni autonomía, ni privacidad. El adolescente es "menor", es "irresponsable", no ejerce como ciudadano.

En esta relación entre adolescencia y drogas de la que nos estamos ocupando sería aparentemente más fácil intentar acercarnos directamente a los numerosos problemas que la maduración y la evolución plantean, y dejar en segundo término el "problema" que para la sociedad actual suponen sus adolescentes. De esa manera sería más fácil comenzar por las categorías problemáticas en las que solemos encajarlos para explicar su manera de ser, sus comportamientos. "Resulta más fácil adaptar a los adolescentes a la sociedad industrial moderna si se les atribuye una identidad pasiva, maleable: como individuos "descarriados" o desviados que requieren un enfoque de fuerte dirección, o como "víctimas" inmaduras que requieren un enfoque blando de atención/protección. Ambas categorías despojan a los adolescentes de su cuota plena de derechos humanos y responsabilidades"<sup>8</sup>.

Pero atribuirles esa identidad pasiva sería ceder a la dificultad de leer globalmente la adolescencia, no reconocer que como cuestión holística que es, pone en

<sup>7</sup> Expresión utilizada, como subtítulo, en la revista *Adolescence*.

<sup>8</sup> P. MEREDITH: "Cultura y sub-cultura de edad". En *La sexualidad y la anticoncepción en la adolescencia*.

duda especializaciones, profesiones y profesionales de la atención y la asistencia. La única manera de comenzar la aproximación es manifestando que no existe "sanción" social, reconocimiento público explícito, del *status*, de la realidad existencial adolescente, y que eso supone perennizar la ambigüedad, la imposibilidad de definir su vida en términos de futuro, el encajamiento y la superación de los problemas y las dificultades personales, el bloqueo de una definición sobre el conjunto de sus necesidades.

## 2.2. De lo social a lo psicológico y viceversa

"La adolescencia no es natural ni necesaria, sino una condición de marginación y de opresión impuesta a una clase de edad en una sociedad como la nuestra, fundada sobre el provecho y el poder y no sobre el valor y la dignidad de la persona"<sup>9</sup>. Este texto podía servir como referencia extrema de las ideas que sintetizaba en el apartado anterior. Aun a riesgo de ser repetitivo, debo insistir en que difícilmente podremos abordar algunas de las dificultades del adolescente mientras no modifiquemos la realidad de la adolescencia en nuestra sociedad.

Sin embargo..., ¿es la adolescencia un mito psicológico o un mito social? Con frecuencia los educadores, los trabajadores sociales, los profesores de la enseñanza secundaria, suelen expresar su desazón al descubrir que los adolescentes descritos en los manuales de psicología evolutiva poco o nada tienen que ver con los personajes que tienen delante cada día. De similar manera las descripciones de los estudios sociológicos son tildadas de inoperantes desde el punto de vista de la intervención educativa.

¿Acaso la adolescencia es simplemente un período de duelos, de complejos y traumas, con la pubertad y el sexo como dinamizadores de los conflictos? ¿Cómo resolvemos problemas, de los que ya se ha hablado, como el de la diversidad, la diferencia? ¿Cómo encajamos la realidad de que no existe la adolescencia, sino adolescentes diferentes? ¿Qué es lo que dinamiza la adolescencia: los problemas psicológicos o las realidades sociales? ¿Qué pesa más: el medio social o las características evolutivas?

Sabemos perfectamente, y lo repito, que sólo podemos definir la adolescencia como un proceso de transición entre la vida infantil y la vida adulta; añadiendo además que no sabemos muy bien qué es eso de ser adulto en una sociedad como la que estamos. Lo sustancial de la adolescencia es, por lo tanto, ser **un proceso de transición**.

Pero, a partir de aquí, igualmente nos hemos de acercar, además, a la realidad personal y grupal de los adolescentes, a esa especie de condición vivencial en la que sucesivamente se van encontrando. La crisis y la "liberación" que ha supuesto el

<sup>9</sup> G. LUTTE: *Sopprimere l'adolescenza?* Ed. Gruppo Abele. Torino, 1984.

que ya no se conviertan en "productores" ha provocado también que tengan la oportunidad de autoexplorarse, de sentirse, de buscarse sentido. Algo que estaba reservado para los grupos sociales privilegiados. Estar condenados socialmente a ser adolescentes ha supuesto tener tiempo para vivirse como tales. Junto a la exasperación social creada por la inutilidad y la artificialidad de su estado, aparece la exasperación evolutiva, la crispación de sentirse cambiado, de ir avanzando y transformándose.

Por un lado, lo sustantivo parece nacer en su condición social, mientras, por otro, lo adjetivo determinativo, aquello que tiene que ver con sus actitudes, con sus estilos de vida, con sus vivencias y sus crisis, parece referirse profundamente al estado adolescente, a la situación evolutiva. Desde una perspectiva psicológica todo parece referirse a su "locura temporal", pero esa locura no sería problema si no se estancara artificialmente, si no durara tantos años. El análisis evolutivo comporta tomarse en serio los aspectos de crisis, de provisionalidad. El análisis social supone tener en cuenta que la provisionalidad se instala como condición a lo largo de años de recorrido.

La adolescencia como proceso de transición hacia la vida adulta se ha de entender, además, "en el sentido de pasaje asociado a la provisionalidad, a la precariedad de una edad que tarde o temprano desaparece"<sup>10</sup>.

### 2.3. Componentes de una posible definición

En un afán sintético que no descuide ni lo social ni lo personal, que tenga en cuenta las cuestiones objetivas y la música de fondo, que no olvide la sociedad en la que estamos y que, a la vez, tenga en cuenta cómo lo social se convierte en conducta y en comportamiento, sugiero resumir en algunos rasgos lo más fundamental del fenómeno adolescente.

#### 1. La adolescencia es un conjunto variable de años

Al definirla como recorrido de transición ya he señalado que en cada medio y en cada momento histórico su duración es profundamente variable. No se trata, de ninguna manera, de una etapa de maduración fisiológica acotada y delimitada. Se trata de un conjunto de años vitales sin límite preciso y con el encargo social oculto de dedicarse a ser adolescente.

Superada la idea de la adolescencia como algo equivalente a pubertad —cuyos efectos y duración son acotables—, hemos de limitarnos a su consideración como un

<sup>10</sup> P. MACARIO: "L'adolescente a scuola: dai riti di passaggio al percorso di guerra". *La Rivista di Servizio Sociale*, n.º 2, 1988.

conjunto de años desde una etapa previa de madurez infantil hasta un futuro no limitado en el tiempo (no está determinado de manera uniforme cuándo acaba) que llamamos juventud, juventud adulta, madurez adulta o, si se prefiere, juventud jubilada, en función de cómo queramos dividir las etapas vitales posteriores.

Expectativas, experiencias, presiones sociales, riqueza social y cultural, etc., condicionan la duración y el ritmo de este largo período de cambios y transformaciones. Madurar puede ser una palabra que no tenga otro sentido que el de avanzar gracias a un contexto estimulador y a una serie palpable de propuestas de futuro.

Tan importante como la maduración emocional o la evolución intelectual será la inserción social, la posibilidad de ir accediendo poco a poco a una sociedad, a una comunidad adulta. Es decir, tan importante es que establezca su vida afectiva, o razone abstractamente, como que tenga experiencias de ocupación, asuma compromisos sociales o se sienta útil en las diferentes actividades provisionales que realiza.

#### 2. Algo que se da en marcos, en medios sociales concretos

No se puede abordar la adolescencia, sino que se ha de abordar la adolescencia de determinado barrio, de determinada realidad urbanística, de determinada comunidad, de determinado grupo social. El medio social universal no existe; ni siquiera tiene entidad utilizable la simple división en clases sociales y sus diversas adolescencias. Lo agrícola<sup>11</sup>, lo rural, lo urbano, la periferia o el centro, los barrios con historia o los nacidos del simple aluvión y hacinamiento migratorios, etc., conforman realidades adolescentes diferentes.

La ciudad es un aglomerado —en orden o en caos— de territorios, de barrios, de conjuntos urbanísticos en los que se inscriben los procesos de inserción y las maneras de contrarrestarlos. No hay dificultad o conflicto social sin territorio. Sin concreción y distribución urbana de los problemas no es posible ningún diseño de intervención. La pobreza, el paro, la inestabilidad económica, la degradación, los fracasos de la escuela... pueden pintarse con colores diversos en el mapa de cualquier ciudad.

Los itinerarios vitales del adolescente, sobre todo los del que poco a poco se margina, transcurren por calles, por rincones, por locales y lugares concretos. La incorporación social no se produce en una comunidad universal, sino en una ciudad dormitorio, un barrio acogedor o un conjunto degradado de viviendas.

<sup>11</sup> Las expresiones agrícola o rural tienen cada vez más un sentido complejo y no deben interpretarse en su totalidad. Así, por ejemplo, un adolescente de una comunidad rural es producto de ella, pero muchos de sus comportamientos dominantes en el consumo de drogas tendrán que ver con sus sábados en la discoteca de la comarca, o con la reinterpretación que haga de determinados mensajes televisivos predominantemente urbanos.

Como en otros trabajos<sup>12</sup> he señalado, muchos fenómenos adolescentes están estrechamente ligados a la historia de los barrios y los territorios. La ciudad —sus territorios— nace, envejece, se asienta, se degrada, se problematiza y las dificultades sociales, las marginaciones de sus niños y jóvenes van cambiando, van manifestándose con rostros y problemas nuevos.

A veces, muchas de las maneras adolescentes de ser y de estar no son otra cosa que mecanismos defensivos ante la incoherencia y la falta de entramado social de la propia parcela de ciudad en la que han de vivir (las clásicas bandas juveniles de los años 70 y principios de los 80 fueron en algunos barrios de las grandes ciudades, o en poblaciones del área metropolitana, mecanismos de cohesión entre iguales desamparados, habitantes forzados de zonas urbanas que nacían sin la más mínima integración y en medio de conflictos).

Los barrios y sus adolescentes no son los mismos con heroína que sin ella, con empleo estable que con paro, jubilaciones anticipadas y pluriformidad de maneras de buscarse la vida en la economía sumergida. Lo mismo pasa con las variaciones en la pirámide de edad y el envejecimiento de la población, o con el deterioro del hábitat cotidiano.

Los adolescentes, los grupos de adolescentes, que viven en ellos también cambian. Expresan diferentes conflictos y lo hacen, con el paso del tiempo, con nuevas maneras, con expresiones y contenidos diferentes.

### 3. *Estamos ante una etapa evolutiva*

Aunque éste no es el lugar para resumir la psicología evolutiva de la adolescencia, sí que conviene retomar el concepto de etapa evolutiva, de etapa que posibilita el cambio y que a su vez es una realidad en mutación.

En contra de una visión lineal, simplemente acumulativa de la evolución humana, la idea de etapa, de ciclo, sugiere maneras diversas de ser persona (niño, adolescente, joven, adulto...), estructuraciones y organizaciones de la manera de ser y de construirse.

La transición adolescente no es un simple proceso acumulativo previo a la vida adulta. Cuando estamos analizándola en su relación con el consumo de drogas y con la posibilidad de prestarle atención, hay que considerarla como un período vital, en relación con la edad, determinado —como todo ciclo evolutivo— por: *a*) un tipo de organización intelectual, es decir, una manera específica de abordar, comprender, elaborar la realidad que le envuelve; *b*) un conjunto de vivencias y de

<sup>12</sup> "Yo tenía una banda. La dificultad social veinte años después". Capítulo 3.2 de "Les conductes socialment problemàtiques en els joves de Barcelona". J. FUNES *et al.*: "Projecte Jove". Ajuntament de Barcelona, 1985.

emociones dominantes, una manera de organizar las emociones y los sentimientos; *c*) una estructuración de las relaciones con los otros, con los adultos, con los grupos de iguales, con las personas de otro sexo, etc.

Desde la diversidad de adolescencias y de consumos de drogas habremos de atender al estilo de pensamiento abstracto al que deberían llegar y su incidencia sobre temas tan claves como la posibilidad de vivenciar o no los efectos de las sustancias, o el sentido de la sanción o la regulación social de sus usos. Lo mismo puede pasar con la emotividad a flor de piel, la vivencia de la incompreensión, la soledad, el clima de angustia, etc. y su relación con los estados anómalos de conciencia conseguidos mediante sustancias. Lo mismo repetiremos de su relación conformadora con el grupo de iguales, pero también con el enfrentamiento o la imitación de los adultos, la ruptura de los límites o la superación de las prohibiciones.

En ese ir dejando de ser niños se producen transformaciones y, por lo tanto, organizaciones y desorganizaciones. Se deja de ser y se intenta ser; se avanza y se retrocede; se busca la seguridad para paliar la más perenne de las inseguridades; se tiene la sensación de que algo de uno mismo se va con cada una de las crisis cotidianas.

La idea de etapa aplicada a la adolescencia conduce, como resumía en el primer capítulo, a su consideración de período transitorio a la vez que de tiempo inevitable e imprescindible para su futuro como ciudadano adulto. Todo —problemas y situaciones positivas— tendrá la etiqueta de lo condicional. De aquello que "puede condicionar" el futuro, el resultado posterior; pero, a la vez, de aquello que "está condicionado" por la realidad en la que está inmerso. El uso de drogas y la intervención provocada por ellas deben considerarse en esa doble óptica: algo que deberá evaluarse en lo que tienen de distorsionadores del futuro, de la construcción personal, de la misma manera que son situaciones condicionadas por la etapa en la que vive y que con ella pueden desaparecer si otras intervenciones o reacciones no lo fijan en ellas.

### 4. *Hay momentos y etapas más complejos*

Retomando la idea de que no todos los momentos de esta transición son iguales, debe señalarse que hay momentos o etapas (subetapas si se quiere ser más preciso) que presentan una mayor complejidad, una mayor dificultad. Aun estando en estrecha relación con el medio concreto en el que se produce la evolución, los adolescentes pasan, de una manera relativamente generalizada, por pequeñas etapas más críticas. Los sucesivos cambios llevan casi a tener que inventar un nombre para cada período de avance adolescente. Es como si se fuera adolescente por períodos cortos y sucesivos, de año en año, de mes en mes.

La necesidad de poner énfasis en esta diversidad de momentos no nace de un afán de purismo descriptivo, sino de la necesidad de precisar maneras de interven-

ción más adecuadas. Así, en la preadolescencia (en torno a los trece-catorce años), el inicio de las transformaciones, la primera transición hacia la adolescencia, suponen conflictos y dificultades específicos: mayor conflictividad en la relación con los adultos, inseguridad al "sentirse funcionando por dentro", vivencia primigenia de las primeras experiencias adolescentes, etc. De hecho, tanto educativa como socialmente, ese período suele requerir estilos y contextualizaciones diversos para prestarles atención. En los casos de consumos de drogas, la coincidencia de la novedad de unas y otras experiencias, así como la aparatosidad de los comportamientos, pueden inducir a errores de interpretación y, sobre todo, exigen modos y sistemas de intervención adecuadamente calibrados, afines con los momentos y circunstancias por los que está pasando. Reaccionar emotivamente cuando nos dejan caer que han probado un porro puede ser tan negativo como no atender a su melancolía por el chico o la chica queridos que ni tan siquiera los mira. En uno u otro caso tan sólo provocan, esperan, buscan la escucha ecuaníme.

Pero también se suceden otros momentos, por ejemplo, en torno a los quince-dieciséis años, asociados a la dificultad de ubicación en el sistema escolar o en el sistema familiar, o con mayor o menor carga de los enamoramientos y de las primeras experiencias sexuales.

Con uno u otro ejemplo tan sólo quiero señalar que la transición adolescente, aun interpretándola como una etapa global, no es uniforme. Hay momentos en los que se presentan conflictos específicos, en los que se da una especial sensibilidad hacia determinadas influencias. Los propios problemas tendrán una cierta estructuración evolutiva, de la misma manera que la utilización de los recursos y las ofertas de atención.

##### 5. *Casi todo en la adolescencia tiene que ver con conductas de grupo*

Aunque sea un tópico, no por eso debo dejar de referirme a la importancia del grupo en la vida adolescente. Como sujeto en parte a la deriva, en medio de los cambios subjetivos y las demandas sociales contradictorias a las que se ve sometido, necesita encontrarse entre iguales que pasan por la misma situación, que le sirven de referencia sobre su normalidad y de mecanismo de defensa ante los que no son como él.

El grupo viene a ser como la piel que lo contiene, que le sirve de "envase" y de tapia defensiva. Supone el contrabalance de las otras socializaciones impuestas en ámbitos como la escuela. *Habrán momentos en los que la única manera de ser él mismo será ser como los otros. El principio educativo según el cual no debemos proponer al adolescente algo que le oponga frontalmente al grupo también sirve para las drogas.* Esta condición "inevitable" conduce, como es sabido, a estrategias educativas diversas: inducirle a ser él mismo sin dejar de ser miembro de su grupo de iguales ("pasar" de beber siempre cerveza aunque el grupo lo tenga casi como norma); o evitar que las señas

básicas de identidad del grupo sean conductas problemáticas o conflictivas (evitar que se constituyan en grupo, por ejemplo, en torno a sus conflictos comunes con la escuela, o alrededor de una prohibición) dinamizando el grupo en torno a elementos positivos de cohesión; o, finalmente, potenciando su pertenencia a otros grupos como sustitución del que es generador de sus dificultades, para no dejarlo sin identidad grupal.

Casi todos los fenómenos adolescentes se producen en relación con los grupos de la misma edad, o con los que viven una situación similar. A la vez, esos grupos se conforman también en relación con los adolescentes de más edad y con los adultos cercanos. Entre unos y otros se producen presiones de conformidad, necesidades de estilos de vida diferenciados, modas, imitaciones, identificaciones, difusión de vivencias y de climas emocionales, antagonismos, etc.

Lógicamente, el grupo también sufre las variaciones a las que de manera general nos referíamos antes. Para el tema que nos ocupa será de especial importancia tener en cuenta el influjo de los grupos adolescentes y jóvenes más mayores sobre los de menor edad. La extensa prolongación de la adolescencia crea una jerarquía de influencias entre unos y otros. Así, para un preadolescente, consumir una determinada droga (la heroína por ejemplo) puede ser un acto demostrativo de que ya es como los mayores, o, a la inversa, algo rechazable vistas las complicaciones que le reporta su uso a los más mayores.

##### 6. *Probablemente más que en otras edades están profundamente afectados por algunos medios de comunicación, por algunos "mass-media"*

Esta influencia, que no analizaremos en profundidad, pero que debe ser tenida en cuenta, no es un mero impacto propagandístico sobre modas, gustos o estilos juveniles. Mientras por un lado estabiliza al adolescente como sujeto consumidor (sujeto que difícilmente será algo si no consume), por otro añade componentes básicos a determinados comportamientos, ya sea vestir de una determinada manera para ser algo, beber para sentir la música o actuar con cierto rito para ligar<sup>13</sup>.

Una influencia que uniformiza estilos y comportamientos, pero que igualmente agudiza las diferencias, genera más contradicciones y conflictos entre los grupos adolescentes diferentes. Que difunde modos "pijos" de ser adolescente e imágenes estereotipadas de delincuentes y marginales, produciendo tensiones entre modos diversos de ser, así como entre modos tolerables o intolerables de comportarse según el patrón de la sociedad adulta.

<sup>13</sup> Mientras escribo estas líneas, un sábado por la mañana, en la radio suenan "Los cuarenta principales". Machaconamente, entre música y música, con el mismo tono y estilo se difunde la manera de tomar una conocida ginebra. ¿Qué parte del conjunto de vivencias adolescentes matinales, del encontrarse bien de los adolescentes que la escuchan, estará asociada a la música preferida y qué parte a la ginebra "on the rock"?

Se viven a sí mismos también en función de los medios de comunicación. Son vividos más por como son presentados en sociedad que por lo que realmente son y hacen.

#### 7. *El proceso de transición adolescente es determinado, alterado por un conjunto de "sucesos"*

El recorrido de transición, el recorrido adolescente hacia la vida adulta, está condicionado por "sucesos", por acontecimientos, por aquello que va sucediendo, pasando, en su vida. La transición no es una especie de evolución ontogénica, algo que se producirá pase lo que pase. Por el contrario, actos, circunstancias, experiencias, sucesos en un sentido genérico, determinan recorridos distintos, adolescencias y vidas adultas diferentes.

El adolescente será distinto en la medida que esté o no esté en una escuela, tenga o no independencia familiar, su familia se vea sometida a migraciones o esté arraigada en un determinado medio, la unidad familiar se vea sometida al desempleo, él mismo consiga tener pronto alguna experiencia laboral o se ancle en la exclusión del sistema educativo y del productivo, etc. El recorrido de transición estará condicionado por estos y otros muchos sucesos.

De manera sintética podría decirse que *el proceso de integración social queda condicionado por aquello que va sucediendo en el ámbito escolar y por las primeras experiencias en el mundo laboral; se produce como resultado de los logros educativos y de las oportunidades ocupacionales.*

Igualmente la adolescencia puede estar condicionada, alterada por una serie de sucesos "negativos". Especialmente "negativos" serán los de dos tipos: a) aquellos que sean la respuesta de la sociedad a sus conflictos (desde la pura reacción de la comunidad contra su aspecto, hasta la persecución penal de sus conductas); b) los sucesos que afectan a la alteración de su estado de conciencia, a la búsqueda de estados anómalos de conciencia (con el evidente riesgo de que se conviertan en estados de conciencia "normales" cuando todavía por razones de edad otras muchas vivencias y estados no se han asentado).

*En síntesis, podemos hablar de la adolescencia como un proceso —en el que, por lo tanto, hay una dinámica evolutiva— que se da en un marco social e histórico concreto; en el que se suceden etapas y acontecimientos, hechos y circunstancias, algunos de los cuales serán estabilizadores y otros problematizadores, pero con capacidad de generar recorridos diferentes. No siempre este avanzar, este evolucionar, este transitar es hacia adelante, hacia el futuro, sino que a menudo se producen desviaciones, situaciones de conflicto salida o entrada en una situación social menos aceptada, con más conflictos dentro de la sociedad.*

#### 2.4. *Itinerario y angustia. A propósito de la identificación*

Al igual que he pretendido evitar cualquier psicologismo como criterio dominante en el análisis de la cuestión adolescente, tampoco desearía que el lector de este informe terminara sus páginas con la sensación de que, entre tanto análisis global, se ha perdido la vida real de la persona adolescente. Esa persona que se construye y se transforma a lo largo de los recorridos de transición, sin que en ningún caso se trate de una suerte de entes estables circulando por un tramo vital fijo y obligado.

Los adolescentes hacen sus recorridos, se construyen y se destruyen, padecen y se problematizan, sufren y gozan de un cúmulo de acontecimientos, ninguno de los cuales está exento de resonancia psíquica. Sus itinerarios están llenos de vivencias, de las que a veces adquieren conciencia o que, simplemente, crean una especie de clima psíquico difuso; un clima compuesto de sentimientos, sensaciones, intimismo o crispación, pero que tiñe numerosos momentos del itinerario.

Ya he señalado como dominante en toda transición adolescente el agrupamiento entre iguales; algo capaz de tranquilizar la angustia de los cambios mediante la percepción de que el otro sufre las mismas transformaciones que uno mismo. De un largo itinerario de transición puede decirse que la preocupación, la angustia (en sentido laxo) se alargan y perduran, acaban sirviendo de cemento aglutinador entre los que, en determinado momento, viven trayectorias similares.

La actual realidad de la transición entre la infancia y la vida adulta ha descolocado las teorías sobre las identificaciones adolescentes o las de la socialización rápida mediante la asunción de roles en la sociedad adulta. Aparecen identidades intermedias, superpuestas y provisionales, lejanas todavía de la definitivamente adulta. Quedan socializados poco a poco, más como miembros de un colectivo de "colegas" que como ciudadanos respetables. Son y se sienten, cada uno en su contexto, como reiteradamente provisionales.

No es que ahora pretenda defender que los adolescentes se vuelven existencialistas. No. El adolescente, el joven, de manera consciente o inconsciente, con intimismo o sin él, percibe la larga distancia que le queda hasta llegar a ser algo, hasta llegar a subsistir como diferente, hasta ser considerado como él mismo. Como réplica a esta situación surge el estancamiento en algún tramo del trayecto, el apego a un estilo de personalidad compartida con los iguales, el padecimiento o la complejidad psíquica, la tendencia a asumir estilos de vida comunes.

La problematicidad de los consumos de drogas encontrará puntos de anclaje —además de en las disfunciones y contradicciones sociales a las que está sometido— en esa especie de turbulencia psíquica que le acompaña. *La razón de nuestra posible intervención, de nuestra voluntad de estar dispuestos a atenderle, tan sólo debe basarse en la necesidad de ofrecerle la posibilidad progresiva de que construya su propia*

identidad. Colaborando en la reducción de la problematización que lo envuelve debemos facilitar ese proceso de identificaciones y de renunciaciones progresivas; todo lo cual supondrá, como señalaré en el capítulo cuarto, personas, actitudes y valores en su entorno que lo hagan posible.

Por si todo esto fuera poco complicado, el adolescente —que ha de situarse respecto a sí mismo, a los otros, a la familia, a la sociedad...— ha de soportar las contradicciones del mundo adulto, ha de socializarse entre códigos morales inconsistentes, contradictorios y, con frecuencia, falsos.

Al hablar de adolescentes no hablamos, por lo tanto, de recorridos tranquilos por el paraíso de la transición, sino de largos trayectos en los que se acumula una importante complejidad psicológica y social. Una complejidad que, en determinados grupos, podrá servir de banderín de enganche con situaciones problemáticas, con algunos aspectos de determinados tipos de consumo de drogas.

Si hacemos comparaciones, vemos cómo el adulto calma o sustituye sus "angustias vitales" por una acomodación práctica y eliminadora de lo negativo, conseguida por la estabilidad neutra de su vida cotidiana. Las "crisis" del adulto se generarán por agotamiento ante un exceso de vivencias negativas, o por el tambaleamiento del andamio existencial que ha construido y en el que acomodaticamente se apoya.

En el adolescente las crisis son reapariciones de una inseguridad que todavía no puede eliminar ante la inexistencia o la lejanía de un diseño vital. El trayecto se ve marcado así por ciclos sucesivos de crisis y estabilidad. La incógnita es saber cuántos ciclos, cuántas situaciones críticas, son viables sin destruir definitivamente la posibilidad de llegar a ser un ciudadano adulto.

Durante años, el adolescente vive bajo el sino impactante de buscar significado a sus experiencias, de darles sentido, de estructurar el mosaico de sentimientos, ideas, reacciones y respuestas sociales que le envuelve. La mayor parte de los fracasos surgirán ante la repetida imposibilidad de dar sentido a lo que le rodea.

## 2.5. La versión adulta de la adolescencia

Retomando la idea central de que la adolescencia en sí misma es una cuestión incómoda para la propia sociedad que la crea y fomenta, debe recordarse que no es algo que pueda ser definido sólo por los sujetos que pasan por ella. Cuando trabajamos con el maestro, en el ámbito escolar, pretendemos evitar que vea en el chaval que le hace gamberradas, o que le contesta "tío, ¿de qué vas?", un insumiso contra toda norma o autoridad, o un sujeto que la ha tomado con él como persona; intentamos hacerle notar que el alumno adolescente se enfrenta con el educador porque lo ve como adulto, como representante de la norma y la autoridad adultas de la sociedad; le recordamos que se está identificando, se está construyendo sobre la base de oponerse.

Lo mismo hemos de decir en el contexto general de la sociedad: la realidad adolescente es fundamentalmente una realidad definida por los adultos que la envuelven. Nunca el adulto que interviene en el mundo adolescente es un sujeto

que pueda quedarse fuera de la propia definición del problema o de la realidad. Nunca, absolutamente, porque en nuestra sociedad los adolescentes "son" sobre la base de negar, o de utilizar como referencia, a las personas adultas que estamos a su alrededor. Para bien y para mal, la madre, el padre, el educador, el simple profesor, etc., son los referentes adultos del mundo adolescente. Desgraciadamente los adultos, como ya he señalado, suelen pensar al adolescente, de entrada, como problema, sin darse cuenta que ésa es la mejor manera de que se identifiquen y se constituyan como problemáticos.

Conviene resaltar esta idea porque, una vez más, lo mismo el análisis de los consumos problemáticos que el de las posibilidades de intervención, tendrán que hacerse sobre la base del reconocimiento del adolescente como diferente, no como "menor", o como problemático. El prisma, la perspectiva con la que se sienta observado y considerado, determinan una parte de lo que en aquel momento es y de la entidad de los problemas que padece.

Podríamos añadir, además, otros matices, otras apreciaciones de ese mundo dualmente definido. Convendría recordar la "envidia" con la que los adultos solemos vivir su mundo; no resulta neutra la dificultad de acercarnos a ellos sin que se rememore, sin que aflore una parte de nuestra propia adolescencia. No es porque sí que los profesionales rechacen a los adolescentes, les resulten molestos; podríamos encontrar explicaciones importantes sobre la adolescencia y nosotros (adolescentes que supuestamente hemos dejado de serlo). Es más, la propia sociedad adulta es ambivalente con lo adolescente, con lo joven. Por un lado, lo adolescente, lo joven, se proponen como estilo social para los adultos, como modelo deseable; por otro, exigimos al adolescente renunciar a la identidad que como adultos admiramos y deseamos.

"El adolescente se ha ido convirtiendo cada vez más en el modelo social; de tal manera que podríamos decir que toda la sociedad se ha adolescentizado y procura tener aspecto y comportamiento de joven o adolescente. (...) Pero esta especie de divinización social del modelo adolescente es tan sólo de apariencia y en las cosas superficiales. (...) Finalmente, el adolescente topa con la contradicción constante de una sociedad que aparentemente le halaga, poniéndolo como modelo ideal, pero que al mismo tiempo lo condena a la marginación..."<sup>14</sup>. No es fácil salir así de la adolescencia para entrar en el mundo adulto. Dos mundos cuyos confines están confusos y contaminados. No podemos hablar de los adolescentes sin considerar nuestra realidad adulta, nuestra implicación como adultos respecto a ellos.

## 2.6. ¿Ser o parecer? La dificultad de determinar la entidad de sus problemas

Dado que todo este planteamiento en torno a la adolescencia hemos de ponerlo después en relación con la problemática —real o aparente— de los consumos de

<sup>14</sup> J. VILA-ABADAL: *Per què es droguen els joves?*

drogas, puede ser útil destinar algunas líneas a reconsiderar, a profundizar lo que podríamos llamar el grado real de problema que se contiene en los comportamientos adolescentes, en general. ¿La aparatosidad con la que, en determinadas situaciones, se expresan refleja un cierto grado de "locura", de conflicto mental? ¿Están tan "locos de atar" como a menudo representan? ¿Están tan realmente llenos de turbulencias y conflictos que como tales deben ser abordados porque, de lo contrario, el día de mañana no serán resolubles? ¿No estarán reflejando una situación transitoria? ¿No estarán incluso reflejando mayor cordura que los propios adultos a la hora de analizar y vivir la sociedad en la que estamos?

¿Cuál es la realidad objetiva de los problemas y dificultades que expresan los adolescentes? Ya he señalado que un adolescente es una persona en busca de una cierta identidad, de una cierta mismidad, intentando saber qué es él. O, dicho de una manera más prosaica, quiere saber qué demonios pinta en la sociedad, cómo ha de comportarse, cómo ha de actuar, cómo identificarse con alguna manera de actuar y de ser.

Ese evolucionar en crisis en que está inmerso le conduce a una dinámica de no saber bien qué hacer, a expresar un determinado problema, una determinada dificultad sin que quiera decir con ello que se ha convertido en un problema, que sea realmente un sujeto problema.

Desde el punto de vista profesional, *una de las grandes incógnitas del trabajo entre adolescentes es saber si cuando expresan una determinada dificultad hay que intervenir o no; saber si realmente aquello es síntoma, signo, expresión de un conflicto más profundo, o no lo es; saber si hay que esperar a que pase el tiempo, esperar a que el adolescente cambie, evolucione. La duda siempre es saber si aquello expresa una realidad problemática o es sólo una realidad problemática transitoria, lo que se suele conocer como una "condición" adolescente o juvenil. En el terreno de las drogas nos encontraremos a menudo con lo mismo: un adolescente que se adentra en los consumos problemáticos, ¿está expresando síntomas de una realidad patológica como a veces nos atrevemos a decir?, ¿o tan sólo se trata de una aproximación, en función de su edad y de su realidad, a los consumos?, ¿un aproximarse en el que la mejor intervención quizás sea la no intervención?*

En esa ambivalencia nos moveremos continuamente. Estaremos obligados a valorar siempre previamente cuándo es coherente intervenir, cuándo la intervención será más positiva que la no intervención, cuál será la intervención mínima posible y positiva.

En una investigación reciente de la institución en la que trabajo<sup>15</sup> se estudió cómo expresaban y valoraban un grupo de adolescentes su paso por centros de reforma de menores, bajo medidas de los Tribunales Tutelares. Los investigadores partían

<sup>15</sup> D. DEL RINCÓN y F. SANTOLARIA: *Análisis de la vivencia y evolución de un grupo de menores que han sido objeto de medidas de internamiento*. Centre d'Estudis i Formació, Departament de Justícia, Generalitat de Catalunya. Barcelona, 1989.

de la hipótesis de que el centro había influido para que cambiaran y fueran mejores, se encontraran más adaptados, se encontraran mejor en la sociedad. Es cierto que el paso por las instituciones produce un impacto, modifica al individuo, pero no recurro a esta investigación ahora para señalarlo. Tan sólo pretendo reflejar alguna contestación paradigmática de la ambivalencia a la que me he referido. Así, cuando el entrevistador inquiere a un adolescente diciéndole: "¿Tú estás mejor porque pasaste por el centro?", recibe la siguiente contestación: "Hombre, por estar allí sólo no, ¿no? También es por la edad; soy de otra manera. No soy como cuando tenía catorce años, que hacía las cosas sin pensarlas." El propio adolescente sabe que una parte de lo que hace depende de la edad y la condición en la que está inmerso, que sólo con salir de esa condición las cosas pueden cambiar.

Aunque después podamos reconsiderarlos a la hora de intentar ubicar la problemática diversa de los consumos de drogas, apuntaré ya aquí algunos criterios posibles para intentar acotar cuándo una expresión grave se puede corresponder realmente con una realidad grave, o cuándo es la expresión de algo que cambiará. Recordando un criterio clásico de la psicología según el cual en todo período de transformación —como es la adolescencia— siempre se da un afloramiento de expresividad conflictiva, de desgobierno de situaciones aparentemente controladas y estabilizadas, sugiero profundizar en el estudio de los siguientes aspectos:

1. El tipo de percepción que el adolescente tenga del mundo adulto. El tipo de adultos que le rodea —o que están ausentes— y su manera de vivirlos, que, como he señalado, conformará una buena parte de su ser y actuar. Un problema de pequeña entidad, vivido por los adultos como grave, pasa a serlo también para él. Cualquier dificultad, debidamente asumida por adultos acogedores y positivos para el adolescente, puede ser algo transitorio.
2. El tipo de percepción del futuro, de su futuro. Cómo puede percibir, imaginar, soñar, planear su futuro; las posibilidades o imposibilidades de diseñarlo y planificarlo. Cualquier situación presente, por problemática que aparezca ante los ojos del adulto, puede tener salida si el adolescente puede pensar, puede considerar algo más que su más inmediato entorno.
3. El estilo y la capacidad de manejo intelectual de su realidad. La presencia y el dominio de estilos de pensamiento que le permitan adquirir y conseguir maneras de estar en la sociedad, comprender su funcionamiento y sus normas, sentirse como posible parte de ella.
4. Las vías de expresión de las tensiones y los conflictos, los canales de comunicación de su padecimiento psíquico, de su incomodidad existencial. La posibilidad de ser atendido sin expresarse como fracaso o como problema.
5. El influjo del grupo juvenil precedente cercano a él, con sus factores de estimulación, emulación o rivalidad hacia unos comportamientos u otros, unos estilos de vida u otros.
6. El momento concreto que cada adolescente vive dentro de su transición. No es lo mismo, como ya he señalado, una "crisis", una expresión de conflicto, a los trece años que a los quince.

El análisis de estos y otros elementos podría aportar luz para resolver los interrogantes sobre la oportunidad o no de la intervención, sobre la conveniencia de un estilo u otro de atender a un adolescente. *Debe mantenerse, sin embargo, la sana actitud de la espera, de la esperanza de cambio, de evitar intervenciones que contribuyan a fijar al adolescente en su condición problemática.*

## 2.7. No todos los caminos llevan a la vida adulta

La cuestión adolescente debe plantearse, finalmente, en el marco de un mundo adulto cuyas vías de exclusión de los no privilegiados cada vez son más intensas. Mirado desde el punto de vista laboral, o mejor ocupacional, el problema base no es, a mi juicio, que un adolescente de diecisiete años esté parado; la cuestión central es que las maneras que él utiliza para buscarse la vida no son reconocidas por el mundo adulto. Con frecuencia decimos que "no hacen nada". Pero deberíamos invertir los términos y preguntarnos: ¿acaso nosotros reconocemos como normal, aceptamos como no problemático, por ejemplo, que un adolescente llame a nuestra puerta para vendernos bolsas de basura? No aceptamos como normal que ellos intenten conseguir dinero, se busquen la vida, sin meterse con nadie, pero con formas que no son las habituales.

La mayoría de los adultos estamos considerando y analizando su incorporación a nuestro mundo de acuerdo con criterios absolutamente trasnochados. En el fondo pensamos que el único sujeto normal de nuestra sociedad es aquel que tiene una ocupación estable, de acuerdo con unas reglas y unos horarios, por el que obtiene un sueldo y con el que se ocupa de una familia. ¿Aceptamos que los adolescentes puedan incorporarse a nuestro mundo por vías diversas, de acuerdo con otras maneras de ser y de estar en la sociedad? Si en nuestras sociedades tan sólo aceptamos como ciudadanos a los "adultos formales", automáticamente numerosos adolescentes están haciendo un recorrido que difícilmente tendrá buen puerto; difícilmente podrán sentir que están incorporándose a algo en esta sociedad que no acepta sus pasos hacia la inserción, su manera de avanzar hacia el mundo adulto.

Junto a la reflexión sobre los caminos que ellos ensayan para llegar a serlo no estaría de más que dedicáramos un pequeño espacio a comentar qué puede entenderse por adulto, por ese estado nebuloso de madurez adulta hacia el que el adolescente avanza y cuyos caminos de acceso parecen vallados. Desde hace tiempo, y con el ánimo de provocar la discusión, suelo decir que ser adulto en la sociedad actual es un estado compuesto al menos por los siguientes elementos:

1. Una cierta INDEPENDENCIA, o al menos una mínima dominancia de la independencia sobre la dependencia. Poder ser más o menos independiente supone ser más o menos adulto. Pero esa dosis mínima de autonomía debe producirse tanto en el mundo de las propias ideas como en lo más cotidiano.
2. Una cierta CAPACIDAD DE CONSUMO. En nuestra sociedad no se puede ser adulto sin poder comprar, sin poder consumir. Si vivimos en una socie-

dad que estimula a sus ciudadanos a realizarse comprando, consumiendo, sólo se puede ser adulto si se tiene esa capacidad de consumo.

3. Un nivel mínimo de AUTOSATISFACCIÓN. Ser adulto supone obtener un balance mínimamente positivo de las experiencias que uno tiene, del contexto en el que uno vive, de lo que hace cada día, de las relaciones que tiene.
4. Tener la posibilidad de ESTAR DENTRO —O FUERA— DE LA SOCIEDAD. Comprender mínimamente el funcionamiento de la sociedad y cuáles son sus reglas de juego y, además, sentirse mínimamente aceptado por algún grupo social, por alguna comunidad.

Hablar de adolescentes y de su proceso de incorporación a la sociedad nos llevará a considerar no sólo las maneras de llegar, sino los tipos de adulto que acepta este mundo al que pretendemos que se incorporen. Pero en esta definición, en ese hacer e imponer modelos y proyectos de ciudadanos, la iniciativa, el núcleo central está entre nosotros, en el mundo adulto.

## 2.8. Los nuevos escenarios de la socialización

Además de los canales, de los caminos de la socialización, debíamos comentar los espacios donde se está produciendo, los lugares donde se están convirtiendo en ciudadanos. Un escenario múltiple de socialización dominado con frecuencia por los ámbitos problemáticos.

En la actualidad, tanto la nueva sociología como la nueva psicología de la adolescencia plantean como método de estudio para la intervención el análisis de los diversos recorridos, de los vericuetos por los que transcurre el proceso de transición hacia la vida adulta. Al plantearnos la intervención en la adolescencia debemos analizar cómo son socializados, por dónde pasa su proceso de adquisición de los padrones culturales y sociales, en qué puntos de los diversos recorridos podemos influir, actuar.

De acuerdo con el principio de que cada medio social y cada época tienen su adolescencia, los escenarios de los diversos recorridos van cambiando, la socialización está sometida a un gran devenir no exento de dificultades. Como una especie de vacuna para evitar teorizaciones anquilosadas, señalaré esos cambios de escenario, de ámbitos, citando tres trabajos que en los últimos veinte años tomaron como parte de su análisis a la población adolescente y joven de una población del cinturón industrial de Barcelona<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> C. COMIN y J. GARCÍA-NIETO: *Juventud obrera y conciencia de clase*. Ed. Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1974.  
J. FUNES y N. LORITE: *Adolescencia y juventud en Cornellà 1980-81*. Fundació Jaume Bofil. Barcelona, 1981.  
J. CASAL, J. M. MASJUÁN y J. PLANAS: *La inserción profesional y social de los jóvenes. Los itinerarios de transición entre los 14 y los 25 años*. I. C. E. de la Universidad Autónoma. Barcelona, 1989.

En 1970, los estudios de juventud de esa ciudad industrial periférica, como los de la mayoría de "ciudades dormitorio" de las grandes urbes, señalaban que sólo un escaso 15 por 100 de los hijos de los obreros podían acceder al estudio; el resto estaban condenados a trabajar o a simultanear estudio y trabajo. Esta realidad se consideraba —en pleno franquismo— tan segregante, que en los manifiestos de la juventud reivindicativa de entonces se invitaba a la lucha "para conseguir que los hijos de los obreros tengan acceso al estudio, dejen de ser explotados por el sistema productivo y puedan acceder a la educación".

Tan sólo diez años después —con una adolescencia masiva y forzosa en plena expansión— las investigaciones reflejaban que la mayoría de los adolescentes y jóvenes estaban estudiando, sólo unos pocos trabajaban. Aparecía la nueva categoría dominante del "paro". Las reivindicaciones, las posibles actuaciones, se concentraban en torno a la ocupación, bajo la constatación de que "uno de cada dos parados es joven, uno de cada dos jóvenes está en paro". El nuevo contexto de la socialización se focalizaba en cómo conseguir que los adolescentes accedieran a alguna experiencia productiva, ya que las escolares estaban irremediamente obligados a tenerlas.

Aún no han pasado diez años más y el panorama se ha complicado. La instauración definitiva de la adolescencia como etapa obligatoria para todos tiene ya una mínima "antigüedad"; se ha producido una cierta decantación y pueden ser objetivados los recorridos que han seguido los primeros grupos de los jóvenes actuales. ¿Cuáles son los datos básicos del panorama socializador que nos encontramos cuando estamos a punto de comenzar la década de los 90?

En primer lugar, la adolescencia actual estaría definitivamente condicionada por una **larga permanencia en el sistema escolar**. Hoy en día ser adolescente es, aparentemente, ser estudiante. (Siempre con los correspondientes matices, ya que la distribución de la escolarización real es muy desigual entre barrios, entre zonas céntricas y periféricas, entre comunidades que poseen diversos grados de normalización en su acceso a la instrucción y a la cultura.) En cualquier caso, hay una larga permanencia en el espacio escolar, lo que nos plantea, ya que uno de los ámbitos prioritarios de intervención probablemente sea esta institución, una permanencia que, de todas las maneras, podríamos etiquetar como de "a pesar de...". Grupos muy numerosos de los adolescentes que están en el sistema escolar permanecen en él a su pesar; están reproduciendo y repitiendo su fracaso escolar anterior.

Pero, además, la escuela ha pasado a ser la institución primera en la que el adolescente expresa su malestar, en la que se desarrollan las tensiones entre lo escolar y lo no escolar, entre los diferentes grupos con los que se relaciona, los conflictos con las normas y con los adultos que las imponen. Va a ser en esa institución donde intente en primera instancia buscar adultos que lo toleren, lo comprendan o lo contengan. La escuela será la concentración densa de sus dificultades, pero a la vez puede ser el espacio propicio para las ocasiones de apoyo y ayuda.

En segundo lugar, una parte superior al 30 por 100 (de nuevo ojo a la diversidad social) de los adolescentes tiene recorridos de transición marcados por lo que se conoce como "itinerarios escolares cortos". Salen muy pronto al sistema y se produce una desescolarización avanzada. Son grupos en los que de manera casi automática su fracaso en el ámbito escolar se convierte en fracaso en otros ámbitos sociales<sup>17</sup>.

Como tercer dato debe señalarse que, en la actualidad, categorías como "estudia", "trabaja", "en paro" han quedado radicalmente modificadas. En este momento, por ejemplo, el estudiante a tiempo pleno hasta la finalización de los estudios, que después busca su primer empleo y se convierte en joven trabajador, es una categoría sólo existente en algunos grupos sociales. El tipo dominante es el de alternancia de unas situaciones con otras, de alteración mutua de unas situaciones con otras. Se estudia y se trabaja, se intenta conseguir experiencias positivas de trabajo, experiencias al menos remuneradas; y mientras se obtienen experiencias, se va "trapicheando", se aguanta como se puede en el sistema escolar, porque es el único sistema que sigue acogiéndolos. Ya no sirven aquellas categorías de "estudiante diurno", "estudiante nocturno" en relación con el estudio y el trabajo. Hoy en día lo que domina el contexto adolescente es "buscarse la vida de manera múltiple". Los elementos dominantes del recorrido de muchos adolescentes son la precariedad en el estudio y la precariedad en el trabajo. Se está en malas condiciones en la institución escolar y se está en malas condiciones en el sistema productivo.

Como síntesis del panorama actual de la socialización podría decirse que los adolescentes permanecen durante un largo período en una continua situación de inestabilidad y una situación continua de probables, o reales, fracasos. Van a estar entre los trece y los dieciocho años en una inestabilidad perenne, alternada a menudo con situaciones de conflicto y dificultad.

## 2.9. Territorios adolescentes y consumos culturales

La permanencia en la inestabilidad y el fracaso conduce a que grandes sectores de adolescentes sean socializados por lo que llamamos las "nuevas instituciones educativas"<sup>18</sup>: la calle, los espacios vividos como tranquilos, los lugares donde tienen una cierta acogida, los lugares de diversión, los terrenos de nadie entre edificios o en los límites sin urbanizar de las manzanas urbanas. Pero también algunos bares y salas de juego, así como lugares más masivos, desde el metro hasta las discotecas o los polideportivos, convertidos por un día en espacios roqueros. Espacios en los que el adolescente no se siente fracasado y conflictivo con los sistemas dominantes, el escolar y el productivo.

<sup>17</sup> En el estudio citado de J. CASAL se comprueba, al analizar el recorrido de transición de estas personas a los diecinueve años, que el sector que entró en conflicto con la escuela ha sido el sector que menos posibilidades ha tenido de acceder a experiencias socializadoras en el ámbito laboral.

<sup>18</sup> VV. AA.: *Els nens de carrer*. ICESB. Barcelona, 1986.

Este contexto, a su vez, perfila un panorama en el que la mayor parte de esa nueva socialización se va a producir fuera de las instituciones clásicas, y será vivida por los adultos también como extraña y conflictiva. Se va a producir fuera del sistema escolar, aunque estén todo el día en la escuela, fuera de la familia a pesar de que sigan dependiendo de ella; se va a producir en un contexto de sospecha y recelo continuo por parte de los adultos que le rodean. Por eso, la voluntad de intervención, de prestar atención a los adolescentes debe ir precedida siempre de una reflexión sobre cuáles son realmente los "territorios adolescentes", a los que me refería en el primer capítulo.

No vale, sin embargo, el criterio de analizar la calle como el reino de los conflictos, como el lugar que no es "el lugar debido". Como el espacio contrario a la casa o la escuela, considerados como los únicos lugares de educación positiva. El hecho real es que están ahí y que ahí reciben multitud de estímulos e influencias. La calle es a menudo el único lugar en el que pueden estar —o al menos que pueden estar como les gusta estar— cuando abandonan, o son excluidos, de la escuela; o cuando la casa es un lugar conflictivo y en otros lugares más "normales" no son vistos con buenos ojos. La calle se convierte en el lugar donde pueden encontrarse entre iguales, donde pueden ejercer maneras de ser ellos mismos, diferentes y provocativos para los adultos.

Decía al plantear los primeros rasgos definitorios de la realidad adolescente que estaban sometidos a un profundo influjo de los medios de comunicación, en general: la radio, el cine, los discos, el vídeo... En algún texto he llegado a escribir que los adolescentes eran "hiperculturalistas"<sup>19</sup>, que estaban construyéndose sobre la base de un potente influjo de los "consumos culturales".

La socialización también pasa por las culturas juveniles urbanas. Una "cultura" entendida aquí como "la manera de asimilar, interpretar, gozar, padecer o, en definitiva, vivir la realidad cotidiana que envuelve la existencia del adolescente". En el bombardeo de consumos culturales al que están sometidos se encuentran con frecuencia muchos de los elementos significantes —capaces de dar significado— de los sucesos cotidianos de sus recorridos de transición.

Evolucionan en medio de una vida marcada por el tiempo libre. Libre no porque esté a su disposición, sino porque es un tiempo no ocupado; un tiempo disponible porque no hay un encargo, una actividad dominante, una secuencia ordenada y significativa de acontecimientos. Podríamos decir que los adolescentes, sobre todo aquellos que tienen más dificultades sociales, aquellos que se asientan progresivamente en un proceso de marginación, tienen como principal problema el no saber qué hacer con días de veinticuatro horas, sucediéndose uno detrás de otro sin que nada estimulador y positivo los organice y estructure.

<sup>19</sup> J. FUNES: "Cultura juvenil urbana", en *Proyecto Jove. Estudis*, tomo II. Ayuntamiento de Barcelona, 1985.

La gran cantidad de tiempo "disponible", así como la pérdida de significación de las instituciones más tradicionales, confieren peso y significación a las actividades en relación con el ocio, con las relaciones de grupo, con la diversión, con la información y la cultura que llega por otros canales. Es en esos espacios y contextos donde surgirán una gran parte de sus identificaciones, de sus estilos de vida. De acuerdo con el panorama escolar y laboral que indicaba antes, entremezclado con ese peso prepotente de lo que sucede en el tiempo disponible, su "cultura" es la cultura de sus actividades dominantes, es la cultura del "buscarse la vida" y no la del "prepararse para ganarse la vida".

Sólo en este marco explicativo encuentra sentido una parte de la relación entre adolescencia y uso de drogas. La "cultura del coloquio" que define una buena parte de los consumos adolescentes sólo es interpretable en referencia a las culturas vitales en las que están inmersos.



Drogas, adolescencia  
y soledad.

### 3.1. Cuando en la mirada ya está el problema

Con el acercamiento a "la condición adolescente" han quedado trazados los rasgos para una visión globalizadora de su mundo, de los espacios cambiantes de su socialización, de los enfoques inevitables cuando se pretende llegar hasta sus problemas. Vamos ahora a volver sobre la segunda parte del análisis al que están destinadas estas páginas: las drogas, los consumos de drogas, la parte de problema que puede generarse cuando están presentes entre los adolescentes que he descrito.

Como resumía en el primer capítulo, no es fácil conseguir un mínimo acuerdo sobre lo relativo, circunstancial, y lo problemático de los consumos de drogas en la adolescencia. Con visiones reduccionistas, desde la perspectiva de los actuales recursos especializados de atención a las drogodependencias, se considera que el problema sólo afecta a sujetos por encima de los veinte años. Con visiones angustiadas y problematizadoras se define como drogadicto a cualquier adolescente que comienza a usar drogas ilegales. La primera de las visiones se ve obligada, no obstante, a considerar que los consumos empezaron mucho antes de que los jóvenes fueran a ser tratados. La segunda comprueba que, aunque se los considere problema desde el principio, pasará mucho tiempo antes de que los adolescentes lo vivan así. Las dificultades o las necesidades de que se preste atención a los adolescentes exceden el simplismo de los consumos que la sociedad vive como problemáticos.

No caeré en la trampa de intentar resumir aquí cuántos adolescentes consumen y qué tipo de productos toman. Sería poner una vez más el énfasis en aquello en lo que no reside el problema: las sustancias y los que las consumen en gran cantidad. Un enfoque que nos volvería a dejar tranquilos porque así no recordáramos que a quienes hemos de prestar atención es a los adolescentes y no a los drogodependientes y que, más allá de las sustancias, la gravedad y el riesgo suelen residir en elementos que tienen que ver con sus estilos de vida y con el papel social que les hemos otorgado.

El lector interesado en la cuantificación puede encontrar fácilmente los datos en los diversos estudios sociológicos sobre juventud o sobre drogas que se han hecho en el país, o en las Memorias del Plan Nacional sobre Drogas y los informes anuales del S. E. I. T.<sup>20</sup> Si prefiere contrastar datos de otros países, puede serle útil mirar el libro de Choquet, Ledoux y Menke, así como el trabajo de Harit Swadi sobre los adolescentes de Londres.

Como el lector habrá deducido fácilmente, la peor manera de acercarse a la comprensión de la entidad de las drogodependencias en los adolescentes es la de la problematización a ultranza, reduciéndola, además, a uno de los problemas que la conforman: las drogas y sus cantidades. Una actitud que llega a casos extremos como el de considerar que los adolescentes están afectados por el mal A. D. M.

<sup>20</sup> Sistema Estatal de Información sobre Toxicomanías. Informes anuales. Plan Nacional sobre Drogas, 1988 y 1989.

(Abuse, Delinquency and Mental Disorders)<sup>21</sup> y que estos problemas deben estudiarse de acuerdo con los parámetros de la epidemiología: causas, factores de riesgo, incidencia, prevalencia, etc.

¿Acaso se puede ser delincuente, enfermo, psíquicamente perturbado, socialmente desfavorecido, mal alumno, además drogarse..., sin que uno haya sido considerado ni como adolescente ni como persona? ¿Hay alguien que se atreva a definir en términos causales el riesgo de que un adolescente llegue a convertirse en drogadicto? ¿Todos esos posibles factores causales son algo diferente de todos aquellos elementos que bloquean o conflictualizan su proceso de transición a la vida adulta? ¿El alto riesgo de instalarse en la drogodependencia no es el alto riesgo de que no consiga nunca llegar a ser un ciudadano adulto?

Considero inevitable recordar que el problema de los consumos de drogas en los adolescentes no es un ente objetivo. Inicialmente, la vivencia del problema es una cuestión nuestra, adulta, no suya. Inicialmente no es un problema, así a secas; es un problema adulto. Primero nos resulta problemático el adolescente, después lo vivimos como todavía más problemático si descubrimos que consume determinadas drogas, el "súmmum" de nuestro problema se producirá si, además, hace ostentación al consumir ("pase que sea roquero, es un problema que se pique, es intolerable que lo haga en la calle").

Si pretendemos analizar el supuesto problema —los consumos— habremos de comenzar por revisar la actitud, el prisma con el que miramos. No hay problema sin observador que lo cristalice de una u otra manera. Cuando de adolescentes y drogas se trata hay que comenzar por atenuar la hostilidad de la mirada. No son hijos de Satanás. Son el hijo o la hija adolescente de una sociedad en la que cada uno parece estar recurriendo a la droga que le conviene. En todo caso, el problema del adolescente que se droga es a la sociedad lo que el mal alumno al sistema educativo: la plasmación de su fracaso, el resultado de los efectos de su intervención.

Una mirada preocupada no es equivalente a una visión dramática. La peor manera de considerar la cuestión drogas entre los adolescentes es traspasándoles la sensación de que al consumir participan en una especie de gran problema mundial. De la misma manera, en la dinámica ya señalada de las vivencias de oposición que determinan su relación con los adultos, no parece nada positivo que nos miren como los depositarios del poder de prohibir, limitar, controlar... que sólo les prohíbe, les limita y les controla a ellos. No estará de más añadir que, cuando se trata de adolescentes, en aquellos ámbitos donde se crea el control se elabora el problema.

### 3.2. Sustancias y dependencias

Podemos comenzar la aproximación al concepto de "consumos problemáticos", que en definitiva tenemos que intentar precisar, por las sustancias. Es obvio que, en

<sup>21</sup> Véase D. HUIZINGA y S. MENARD: *Multiple Problem Youth*. Ed. Springer-Verlag. New York, 1989.

abstracto, no deberíamos reaccionar igual ante un adolescente que toma heroína que ante uno que fuma "canutos". Pero, ¿es en una supuesta jerarquía de drogas donde se sitúan los diferentes grados del problema? En un mundo de cambios continuos en las sustancias, en sus mezclas, en el tipo de consumos y de consumidores, la clasificación de las drogas no puede ser otra cosa que puntos de referencia con respecto a una realidad múltiple y dinámica.

Una escala de gravedad elaborada y difundida a partir del tipo de sustancias nos lleva a mensajes equívocos con los adolescentes. Nos hace restar implícitamente importancia a las maneras problemáticas de consumir sustancias más banalizadas —colocadas en la parte blanda de la escala—, o, a la inversa, otorga un plus de interés e importancia a productos que probablemente no formarán parte de su panorama cercano de consumos. Otorgándole valor predominante a la heroína, la podemos convertir en la "atractiva heroína", pero, además, restamos importancia a otras maneras más habituales de vivir "colocados".

Ni siquiera los niveles, las cantidades y frecuencias de consumo pueden ser la medida básica del problema. No basta con decir que aumenta la cantidad de alcohol que toman los adolescentes. Hay que analizar, mucho más que en otros grupos de edad, las maneras cómo lo toman, el sentido y las circunstancias en las que se producen los consumos. Aun bebiendo una dosis superior no es lo mismo beber diariamente una cantidad sustancial de vino en el seno de los hábitos familiares, que entromparse con cerveza cada vez que se reúnen con los amigos.

Incluso ideas básicas como la dependencia (el no poder vivir sin consumir) deben tener otra lectura en la adolescencia. Teniendo en cuenta la condición adolescente que señalaba en el capítulo anterior, así como las claves psicosociales en las que evoluciona, es su estado general el que es dependiente. La necesidad de la sustancia, o la necesidad de un determinado estilo de consumo, no son, con frecuencia, otra cosa que elementos añadidos a su vivir dependiente. Un adolescente heroinómano no es simplemente el que está enganchado al "caballo", sino aquel que tiene la sensación que si lo deja perderá lo poco que en su corta vida ha conseguido: un grupo como él que lo ampara, una manera de buscarse la vida, la comprobación de que ha dejado de ser niño, la principal manera de divertirse, etc. Probablemente tiene razón cuando nos dice que controla la sustancia; se equivoca en cambio cuando cree que no depende de nada. El *continuum* de las relaciones que establecen los adolescentes con las drogas no es parcelable simplemente en función del grado de relación que establecen con ellas.

Recordando que el objetivo de nuestra preocupación — y por lo tanto de nuestra voluntad de prestarles atención— no es otro que el de conseguir que como adolescentes y como adultos sean capaces de vivir en un mundo de drogas sin ser destruidos, habrá que trabajar para ir definiendo el nivel de convivencia, el tipo de relaciones con ellas, que es posible para cada grupo de adolescentes. Es decir, si, por ejemplo, tenemos un grupo que prácticamente acaba de poner sus pies en la adolescencia nos interesará dificultar y aplazar dentro de lo posible su contacto con la

mayoría de las drogas. Pero, probablemente, habremos de ser más positivamente beligerantes para evitar que comiencen a estabilizar la diversión como algo sólo posible con alcohol, que caer en la trampa de perseguir preferentemente el primer canuto. Desde otra perspectiva, un grupo adolescente definido en torno a la dificultad y el conflicto social, empapará su vida difícil con casi todas las drogas disponibles en su medio; mejorar en ese grupo la convivencia inevitable con las drogas probablemente pasa por enriquecer su vida cotidiana con experiencias positivas (de amistad, de escuela, de trabajo, de diversión, etc.) que, poco a poco, acoten el recurso a las sustancias, que hagan patente la posibilidad de "alucinar" de otra manera, que sustituyan la dinámica diaria del "al menos drogarse". Para un alumno de B. U. P., de un grupo adolescente estable, sin especiales conflictos, su convivencia con la diversidad de drogas —que en su gran mayoría no consumirá— no será especialmente problemática si cuando las prueba o se ve ocasionalmente desbordado por ellas (se emborracha, pilla un "colocón", queda alucinado por su impacto, etc.) tiene un interlocutor (adulto o amigo), un espacio en el que transmitir y contrastar sus experiencias.

Al igual que nuestras definiciones pueden añadir problema, nuestra experiencia como adultos no puede ser fácilmente invocada. Nos vemos así obligados a estudiar, a pensar qué elementos de su vida podemos potenciar como capaces de generar elecciones de conducta, decisiones que suplan las vivencias problemáticas que todavía no tienen, que más tarde, en peores condiciones, podrían experimentar.

### 3.3. Lecturas patológicas

Como supuesta alternativa a la problematización reduccionista algunos profesionales tienden a la problemática interpretativa: el adolescente que consume drogas está expresando otros problemas, su drogodependencia es síntoma de otros conflictos psíquicos. Para estos profesionales, el adolescente, al igual que con otros comportamientos como las actividades delictivas, estaría siempre expresando problemáticas ocultas. Para ellos el adolescente sería un paciente "florido", cargado de comportamientos sintomáticos; dada la riqueza de sus dificultades y la intensidad de sus vivencias, pocas cosas de las que hace escaparían a su diván de psicopatólogos.

Pocas veces, sin embargo, sirve la explicación oculta y difícil de su comportamiento. La mayoría de las veces sus consumos sólo dicen que consume, que en su medio habitual hay drogas, que se ha encontrado con ellas y que probablemente están comenzando a formar parte de su estilo de vida o, simplemente, de su cotidianeidad. El padecimiento psíquico, la angustia, la inestabilidad de sus crisis también tiñen, adornan, acompañan y sustentan sus consumos. Pero de ahí no se puede deducir, en general, que, cuando se drogan, no se drogan, sino que expresan todos esos problemas.

Una cosa es que cuando nos preocupemos por él, cuando le prestemos atención, lo hagamos de manera global, y otra muy distinta es que tengamos una lectura psicopatológica de cada una de las cosas que hace. Al igual que a nadie se le ocurre interpretar en claves de oralidad la conducta del adulto que toma su aperitivo en la barra del bar, no hay por qué leer en términos de dificultad en la identificación sexual las caladas que el adolescente da a un porro en un concierto.

Es difícil que nada de lo que pasa en el mundo adolescente esté desprovisto del conjunto de connotaciones y circunstancias que, como ya he descrito, constituyen su mundo; pero es un abuso interpretativo escucharlo siempre en clave de síntoma o, peor aún, de síntoma patológico (sin negar por eso, como después señalaré, que el uso de drogas y sobre todo su pervivencia puede ser, puede llegar a ser, patógeno, generador de dificultades o incluso sustentador y amplificador de sus problemas).

La gravedad, por lo tanto, no debe medirse en términos interpretativos, en función de una especie de mundo no consciente. Sí que, en cambio, convendrá tener presente que la cuestión drogas puede ser una de las áreas que el adolescente utilice para provocar al adulto, para llamar su atención, para ser escuchado al menos a partir de ese tema que los que le rodean parecen considerar como algo importante. No debe hacerse reduccionismo interpretativo, pero tampoco creer que cuando "habla" de drogas quiere referirse sólo a ellas. Igualmente, esta actitud receptiva, global y tranquila debe existir para otros muchos "mensajes" del adolescente; llamadas de atención que se producen por docenas en otros ámbitos de su vida y no sólo en relación con las drogas.

Tan error es considerar que el adolescente que inhala colas o toma pastillas es fundamentalmente drogadicto necesitado de tratamiento en su condición de drogodependiente, como considerar que todo es problema de sus traumas psíquicos y que, por lo tanto, necesitará psicoterapia. Tan sólo está claro que debemos prestarle atención (la posible y positiva) y que lo más dramático será que sólo se la prestemos porque toma cola o pastillas. Desde esta perspectiva, la definición de consumo problemático tendría que ver con el grado de necesidad de atención detectable.

En la línea de seguir intentando una lectura normalizadora de las relaciones de los adolescentes con las drogas convendría, quizás, acercarse a enfoques menos clínicos. Valdría la pena, por ejemplo, analizar cómo construyen los adolescentes sus aficiones, cómo pasan del simple atractivo, de las primeras motivaciones, al arraigo de una afición, de un hábito dominante. Aficiones que llegan a ser intensas, que consiguen monopolizar su atención, gastar sus principales energías y la mayor parte de su tiempo, llegando incluso a constituir un elemento peculiar de su personalidad. Alguna de esas realidades dominantes son socialmente aceptadas (aunque estén bloqueando igualmente otros aspectos de su desarrollo) y otras no. Nada justifica la lectura clínica de los hábitos dominantes relacionados con el consumo de las drogas y que no se haga lo mismo con el deporte. Lo mismo habría de decirse de los videojuegos, las máquinas tragaperras, el coleccionismo o la militancia, por poner algunos ejemplos cuando monopolizan y bloquean el desarrollo de la personalidad.

### 3.4. El atractivo de los riesgos

Otra perspectiva posible para la búsqueda de lo problemático en los consumos adolescentes podemos encontrarla en la revisión del tema del riesgo. Una cuestión que, como he señalado, tiene dos visiones: la del adulto que, por efecto de su experiencia vital o su preocupación desenfocada, palpa la probabilidad de un posible mal final para determinados actos; la del adolescente que no percibe tal gravedad, no la vive necesariamente como problema o, justamente al contrario, se siente atraído por el riesgo difuso que la concepción adulta, o la cohesión juvenil, le transmiten de una determinada actividad.

Quizás sea positivo el análisis de la relación entre los adolescentes y las drogas en términos de maneras de exponerse a los riesgos y maneras de gestionarlos. Todo ello con una visión tranquila y general, reconociendo que nuestros adolescentes viven en una sociedad que padece cada día más riesgos y que probablemente tiene cada día más baja conciencia de ellos<sup>22</sup>.

Sin magnificar esta cuestión, pero teniendo en cuenta que viven y van a vivir entre sustancias, y por lo tanto entre probabilidades diversas de que les causen graves problemas, conviene matizar las relaciones entre riesgo y adolescencia. Dos conceptos con una cierta proximidad a lo largo de la Historia, pero también sometidos hoy a cambios.

Desde mi punto de vista, los diversos grupos adolescentes tienen hoy una vida bastante empapada de conductas de riesgo, de conductas que les proporcionan experiencias y vivencias de una cierta intensidad y que a su vez comportan peligros añadidos para su salud, su maduración o su integración social. Sin embargo, sus vidas —como globalidad, como proyecto humano— parecen tener muy poco de arriesgadas; parecen moverse, también en cuanto a los riesgos, en el inmediatismo de la experiencia puntual, limitada, asociada al presente, con escasa proyección hacia el futuro. Sólo en contados casos la ruptura cotidiana que sus actividades de riesgo suponen se engloba en un cierto proyecto vital inconformista.

¿Por qué esta diferenciación? La gravedad de los consumos de drogas en los adolescentes está determinada por la conciencia de riesgo que logren tener. Pero esa conciencia, en cuya creación los adultos mediante la educación hemos de colaborar, no puede ser una simple red de timbres de alarma, de luces rojas que advierten del peligro. Probablemente sólo con la creación del atractivo por una vida globalmente más llena de generosidad, de arriesgarse por proyectos más amplios, sean manipulables los riesgos cotidianos. Quizás sólo el riesgo como diseño vital, como elemento que le ayuda a estructurar su futuro, modifique las conductas del riesgo como atractivo de lo cotidiano.

<sup>22</sup> Como puede comprobarse en las estadísticas (véase *Els accidents de trànsit a Catalunya*. Gerència de Seguretat Vial. Departament de Governació. Generalitat de Catalunya. Barcelona, 1989), la principal causa de mortalidad entre los catorce y los veinticinco años son los accidentes relacionados con el tráfico. Resultaría, por lo tanto, falaz una preocupación monotemática por los riesgos relacionados con las drogas.

Buscando un ejemplo, con todas sus limitaciones, podría recurrirse a un símil de la construcción. En un determinado barrio, varios edificios están en obras; son visibles las estructuras tambaleantes, los materiales con peligro de precipitarse. Las personas que se introduzcan en la zona "corren el riesgo" de resultar heridas. Los adolescentes se sienten atraídos por la aventura de investigar los espacios, desafiar el vacío, circular por zonas desconocidas. La reducción de los riesgos puede diseñarse, al menos, de cuatro maneras. La primera, prohibiendo el acceso (el peligro y la atracción siguen, pero no está permitido entrar). La segunda consiste en permitir circular por la zona, pero usando casco (el peligro continúa, pero pedimos a las personas que adopten comportamientos que reduzcan los efectos de los riesgos). En tercer lugar, se pueden reforzar las protecciones, poner redes que eviten la precipitación de materiales, fijar recorridos más seguros, etc. (el peligro sigue, pero se ha reducido su probabilidad).

Puede ocurrir que algunas personas (los adolescentes en nuestro caso) vean profundos inconvenientes en las limitaciones y cambios de conducta que se establecen para que puedan gestionar de una manera más adecuada los peligros a los que se someten deambulando por la zona. Es entonces cuando aparece la necesidad de plantear, además, la cuarta manera de abordarlos: es bueno arriesgarse, con límites, en la medida que se hace por un proyecto que tiene sentido. En nuestro barrio en obras se tratará de que aceptasen el casco o la acotación de los espacios porque aquellas obras forman parte del diseño de un barrio diferente, o son la posibilidad de que ciudadanos que habitan en precarias condiciones tengan una vivienda digna. Se pone al alcance del adolescente el proyecto global, se trabaja para que lo viva como una ilusión que le afecta, como algo más amplio que su vida cotidiana, en lo que puede participar, un proyecto en el que puede comportarse con mayor riesgo y dedicación que los adultos, evitando en lo posible los accidentes. Riesgos y limitaciones se recolocan en función de proyectos vitales, personales y sociales de mayor envergadura.

Al margen de estas consideraciones, es posible añadir algunos elementos más al análisis de la problemática de los consumos en términos de riesgo como atractivo, como estímulo. Por un lado, determinados consumos, rodeados del halo del riesgo, se les aparecen a algunos adolescentes como lo único que puede alterar, hacer diferente, una vida en la que ya no parece quedar territorio virgen para explorar y experimentar, una vida saturada de estímulos, de experiencias. La gravedad del consumo se asienta en la "fama" de la que va precedido, en las expectativas de efecto que se le han atribuido. En esa perspectiva, queda claro que la mejor acción educativa no es magnificar el peligro, sino desactivar las imágenes y los simbolismos que lo rodean (¿por qué no trabajamos educativamente los dolores de cabeza de aquel adolescente que probó una droga esperando el éxtasis y sólo obtuvo una modorra?).

Con frecuencia, sin embargo, el panorama es el inverso. La vida del grupo adolescente transcurre en la ausencia total de estímulos, de propuestas, de experiencias estimuladoras. El riesgo de los consumos presentes en su medio aparece como

lo único estimulante que pueden obtener. No hay nada en sus vidas con lo que poder "alucinar". El tiempo vacío y anímico de sus días a la espera de ser algo en la sociedad ha de llenarse con algo, con alguna mínima experiencia vivida como satisfactoria o, al menos, como modificadora de la rutina cotidiana.

En uno y otro caso la problemática de los consumos no está centrada en ellos. Depende en su parte más sustancial de los estímulos y las experiencias ausentes o saturadoras de sus vidas.

Finalmente, los riesgos en la adolescencia también se han analizado en términos de la necesidad de someter a ese cuerpo, que se siente nuevo y diferente, a una especie de prueba suplementaria. Igualmente, debemos considerar que el riesgo también tiene que ver con la necesidad adolescente de forzar al máximo los límites que la sociedad le impone con sus prohibiciones. Es el atractivo por transgredir aquello que la sociedad adulta prohíbe.

### 3.5. Vivir para colocarse, vivir colocado

No hay consumo sin referentes culturales. No hay adolescencia sin impacto de los *mass-media* que crea, amplifica, modifica y difunde culturas, adolescentes o adultas, estructuradoras de los consumos. Los consumos de drogas —su gravedad, su problemática— hacen referencia a maneras de ser y de estar en la sociedad (estilos de vida), a maneras de asimilar, interpretar, gozar, padecer... (culturas).

Esta perspectiva nos lleva a buscar el espacio que ocupa en los diferentes estilos de vida el uso de drogas, ya que ni las sustancias ni los tipos de consumo parecen ser específicos de ninguno, no están asociados a las diferentes maneras de vivir y estar en la sociedad del mismo modo. Incluso, con frecuencia, consumos diferentes del mismo producto están asociados a diversos momentos del tiempo adolescente. Así, por ejemplo, comprobaba recientemente, en un seminario con educadores en Almería, cómo los alumnos de trece años se veían incorporados a las labores del campo en época de cultivo intensivo, introduciéndose en el consumo de cerveza y vino en el almuerzo diario, de la mano de los propios adultos, de acuerdo con el clásico rito de hombría. Mientras, en el seno de la pervivencia de su adolescencia durante el resto de la semana o del año, aspiraban a poder acudir a la discoteca y a tomar los combinados correspondientes, en un contexto de diversión juvenil urbana, totalmente lejano de sus experiencias alcohólicas como aprendices de hombres.

La dependencia puede acabar estando mucho más en el estilo de vida que le da sentido a los momentos o a las maneras de ser que en la propia sustancia. Ser adolescente en esta sociedad también supone determinados tipos de consumos, determinadas maneras de relacionarse con las drogas. En la medida que las drogas forman parte de esa manera de ser adolescente, necesitan más poder seguir siendo así,

mantener esa determinada manera de vivir, que disponer de las sustancias. No es una dependencia del producto, sino de una manera de ser y vivir en aquel momento la adolescencia (una manera que incluye, entre otros elementos, las drogas).

¿Acaso, por ejemplo, es posible vender hoy una manera de divertirse que no sea sobre la base de beber y consumir? ¿Cuáles son los pilares fundamentales dominantes para un buen fin de semana? ¿Es dissociable un buen concierto de rock, el ir a un bar musical o a la discoteca, de tomar algo, algo que ayude a encontrarse bien en ese contexto?

Con la diversidad intrínseca a cada adolescencia, consumir, gastar, tomar alguna sustancia parecen haber pasado a ser variables definidoras del espacio de la diversión. Con los estilos y los matices de cada grupo, las diferentes culturas del consumo adolescente parecen definitivamente asentadas en la "cultura del coloquio". Una cultura adolescente centrada en la idea de que es mejor ese estado semidistorsionado de una cierta ebriedad, de un cierto coloquio, que el de la normalidad sin los efectos de alguna sustancia. Una cultura que busca el colocarse como estado deseable, como situación más apetecible.

Divertirse pasa así por colocarse, y si uno no se coloca no se divierte. Algunos conseguirán situar ese enfoque en las actividades de diversión o de fin de semana, claramente separadas de sus otras actividades. Otros llenarán la mayoría de su tiempo con la aspiración permanente a estar colocados. Algunos incluso renunciarán voluntariamente a la sobriedad para no percibir la realidad de problemas que les envuelve.

En esa ubicación conflictiva de la adolescencia que he descrito en el capítulo anterior, las sustancias tienen la virtud de crear otro mundo —diverso del de las obligaciones cotidianas de estudio o de trabajo— en el que puede uno divertirse colocándose, desconectándose del aburrimiento y las contradictorias responsabilidades a las que está sometido. Es en esa dicotomía en la que habrá de trabajar, así como en el riesgo de que el negativismo de la vida cotidiana provoque fácilmente la extensión a toda la vida —y no sólo al fin de semana, o a los momentos de diversión— del uso de sustancias.

En relación con la cultura juvenil y las drogas se ha echado mano últimamente del tema musical. Se le ha concedido un valor paradigmático de la manera, a mi juicio, más simplista y manipuladora. Ciertamente que un planteamiento de intervención en el universo cultural de los adolescentes debe tener presente —hoy, no sé si mañana— la música, (los videoclips, la radio, la televisión, los conciertos...); pero una música considerada en su globalidad, en su contexto y con sus significados totales. Una música que es consumida formando parte de la vida y conformando una parte de la cultura, de la manera de interpretar la vida por parte de los jóvenes.

Cierto maniqueísmo manipulador puede llevarnos a hacer que canten contra las drogas conjuntos y solistas que en el mismo momento y escenario están exaltando el

“coloque” como el estado mejor, el estado más deseable<sup>23</sup>. Si decidimos entrar en el terreno de la música, hagámoslo a todas: reconociendo su marco real (cerveza, canutos, marcha, vivencia de grupo, comunicación vital con determinados mensajes, etc.), su poder de creación y de conexión con complejos culturales más amplios que la simple semántica de una letra o un pronunciamiento vacío contra las drogas<sup>24</sup>.

No deben situarse las drogas fuera del mundo en el que viven, como algo que debe ser tratado descontextualizadamente, sin tener en cuenta la propaganda, el consumismo, las lógicas semánticas y relacionales que los adolescentes crean o que los adultos imponen. La publicidad para los adolescentes de la coca-cola se basa en los mismos mecanismos que la de la cerveza. Cuando se crea la vivencia de que no hay momento feliz sin “tomar”, lo de menos es el producto: cualquier sustancia que se presente hábilmente conectará con ese mundo simbólico ya creado. Antes de considerar el mayor o menor peligro de unas u otras sustancias deberíamos pararnos a considerar los grados y tipos de necesidad de consumos que tienen los adolescentes con los que queremos trabajar. En cualquier caso, lo “sano” parece que no podrá ser lo contrario a tener marcha, pasarlo bien, tomar algo en algún lugar positivo entre amigos. No debemos venderles como sano algo que ellos llaman estar “amuermados”.

### 3.6. Consumos realmente problemáticos

A lo largo de todo el texto he ido eludiendo cualquier definición supuestamente objetiva de consumo problemático. He introducido matices y enfoques; he pretendi-

<sup>23</sup> A título de simple ejemplo, citaré a Mecano, que unos pocos días antes de que preparara este texto (octubre 89) acaba de encabezar un macroconcierto, en el Estadio de Monjuich de Barcelona, contra las drogas. Conviene no dejar de banda, anecdóticamente si se quiere, que el citado conjunto no es que esté precisamente por la abstinencia de toda droga. Para comprobarlo basta con ver alguna de sus canciones en el LP que estas semanas encabeza las listas de ventas: “Descanso dominical”. Su “No hay marcha en Nueva York / con la botella de “Fundador” / me marchó a Nueva York...” no deja de ser una exaltación de la vida “animada” y del uso de sustancias para conseguirlo. Algo no distante de alguna de sus canciones clásicas, como “Hoy no me puedo levantar”.

<sup>24</sup> Similares laureles en éxitos de ventas tiene estas mismas semanas un disco de Tracy Chapman, con canciones como “Talkin’ about a Revolution”, que constituye un simple ejemplo de cómo esa misma “cultura” musical juvenil puede utilizar y asumir valores y conceptos socializadores sin moralismos contra las drogas ni exaltaciones del coloquio. Si no se desea acudir a la discografía americana, y siguiendo con ejemplos de la actualidad musical, podemos aproximarnos a Loquillo y los Trogloditas para encontrar mezclados los amaneceres borrachos en el Cadillac, la defensa del rock como estilo de vida, o el sentimiento de reacción colectiva contra cierto mundo adulto (“¡A por ellos..., que son pocos y cobardes!”). Un ejemplo que, sin purismos, es sinónimo del complejo conjunto de elementos a considerar cuando se opta por tener en cuenta el mundo cultural adolescente asociado a la música. No obstante, más de una vez, deberíamos renunciar a encontrarle tres pies al gato. El mundo de la música y los jóvenes también puede resumirse con aquella frase de los Rollings Stones: “Es sólo rock and roll, pero me gusta.”

do conducir al lector a la búsqueda de circunstancias y espacios “causantes” de la dificultad de una manera más intensa que la propia sustancia. Pero no por eso debe dejarse de lado la situación de aquellos adolescentes cuyos consumos —teniendo en cuenta todo lo que hemos dicho— están situándolo en la degradación o parecen plantearle de manera palpable graves problemas.

¿Cuándo se da ese consumo gravemente problemático? No parece existir otra contestación que cuando detectamos que su evolución parece seriamente alterada, cuando su socialización se detiene o se conflictualiza, cuando todas sus otras dificultades comienzan a enmascararse detrás de su vida de consumos. Una descripción ésta que sigue sin eliminar los matices y los relativismos que hemos señalado, pero que puede servirnos —en algunos casos— para decidirnos a intentar un tipo u otro de intervención.

El estudio de la problemática nos conduce así, finalmente, a retomar las ideas en torno a los diferentes momentos evolutivos en la adolescencia, al clima turbulento de sus crisis, así como a los colectivos con especiales dificultades sociales.

Al revisar el proceso evolutivo he señalado que no todos los momentos son iguales, que en la adolescencia se dan momentos y situaciones más críticos y conflictivos, que no hay un simple proceso de transición lineal. Los consumos de diversas drogas, por pequeños que sean, pueden ser especialmente conflictivos en la preadolescencia. Así, los grupos más jóvenes de inhaladores de cola no son especialmente problemáticos por la adicción a las sustancias volátiles, lo son porque están asociando a la conflictividad de sus primeras transformaciones adolescentes —entre las que está brotando la oposición al adulto— la aparatosidad y el descontrol de sus borracheras de disolventes.

Emporrarse cotidianamente en medio de la melancolía, el desamor o la dificultad en las primeras experiencias sexuales, puede que no sea un problema de la sustancia consumida. La problemática se crea por la simbiosis entre esos dos estados anómalos de conciencia, no por el nacimiento de ningún estado de abulia o de dependencia. Es el cóctel de los dos el que nos plantea la necesidad de prestarle atención.

Lo problemático de muchos consumos va a ser la coincidencia de las crisis y de los coloques; de las contradicciones adolescentes y de la problemática social de algunas sustancias; de la incoherencia adulta respecto a ellos y nuestra contundencia en las prohibiciones y los límites. El problema se nos debe plantear porque observamos que se estancan, porque las dificultades se alargan, porque aumentan los impedimentos para ir diseñando su futuro, porque el círculo de amigos se empobrece y se marginaliza.

En los colectivos con especiales dificultades sociales se aborda la cuestión de las drogas y la adolescencia, en esa asociación sesgadamente problemática que he puesto de relieve, y se tiende al máximo de los reduccionismos: se trata de drogadictos y delincuentes que accidentalmente son adolescentes. Se intenta así, por un lado,

concentrar todo el problema en los adolescentes conflictivos, mientras, por otro, se convierte la dificultad social básica de muchos adolescentes en un problema creado por las drogas.

La cara más problematizada del consumo suele aparecer en aquellos adolescentes llenos de necesidades y dificultades sociales, cuyos problemas acaban subsumidos, encapsulados, en determinadas drogas y consumos destructores. Son adolescentes cuyo panorama personal y social difícilmente es mejor que aquel en el que se adentran con sus consumos. Una vez más, lo exclusivamente problemático no son las drogas, sino un panorama de necesidades y conflictos en el que, al menos, existen drogas.

No obstante, dado que no dediqué ningún capítulo especial a hablar de los adolescentes con conflictos sociales, quisiera recordar aquí cuál es la línea lógica del análisis de esos colectivos para poder colocar después adecuadamente la cuestión de sus consumos de drogas.

En primer lugar, ya he dicho que el solo hecho de ser adolescente en la actualidad comporta, para la mayoría de ellos, altas dosis de dificultad en su incorporación a la sociedad.

En segundo lugar, extensos grupos de adolescentes, sobre todo aquellos que viven en un contexto de necesidades sociales (que viven en los barrios anímicos de nuestras ciudades, que pasan por escuelas profundamente deficitarias, que tienen padres sometidos a las crisis económicas y sociales, etc.) y que padecen los efectos de la desigualdad social, suelen tener mayores dificultades en su proceso de incorporación a la sociedad.

Finalmente, algunos de ellos, en función de la respuesta que se dé a sus dificultades sociales, entrarán en conflicto con la sociedad en la que están. Será en el seno de esos conflictos donde la reacción social los transformará y etiquetará como delincuentes. El contexto, los referentes culturales de sus consumos serán así, también, las dificultades y los conflictos sociales.

Como síntesis, volveré a uno de los párrafos del trabajo que daba origen a este texto<sup>25</sup>:

"No obstante, hoy sabemos perfectamente que, desde los últimos años, el uso de drogas es una conducta siempre presente en el grupo disocial, mucho más presente en el grupo delinencial, sin que de esto pueda deducirse ninguna conclusión, sino simplemente que en su repertorio de conductas están presentes, de una forma intensa, las relaciones con el consumo de sustancias capaces de "colocar", de trasladar a un estado anormal de conciencia.

No se puede afirmar que todas las drogas marginen por definición, aunque en los barrios a los que nos referimos el consumo suele ser señal de conexión marginal

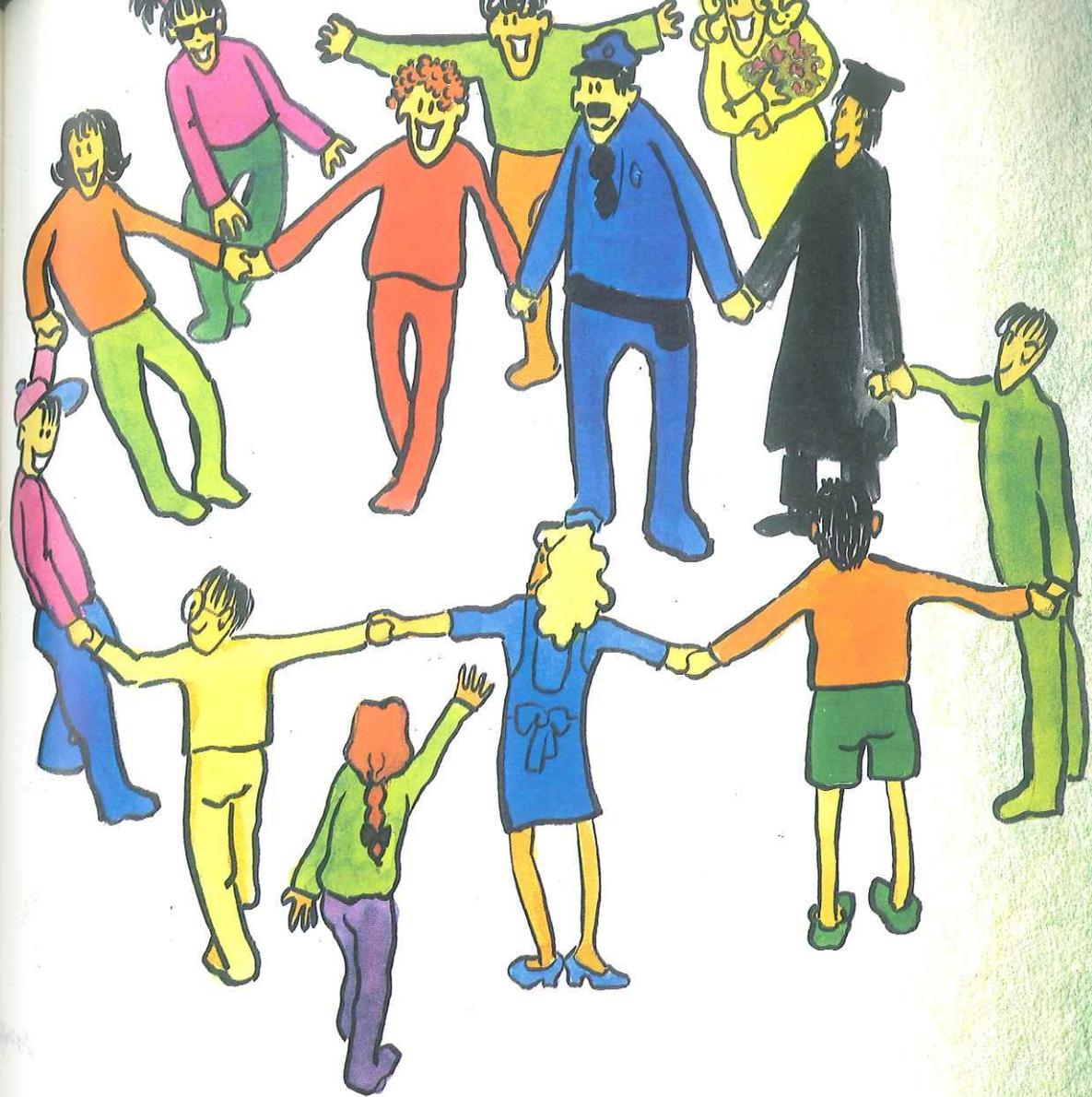
<sup>25</sup> "Minoría de edad penal, drogodependencia y delincuencia".

y factor de presión de la conformidad del grupo, elemento que posibilita ser "colega", ser como los "colegas".

La relación existente entre preadolescentes y adolescentes con dificultad social y consumo de drogas puede sintetizarse así:

1. Se ha producido en los últimos años la incorporación significativa y dominante del consumo múltiple de sustancias con capacidad de alterar el estado de conciencia, a la vez que se ha producido una compleja interacción del consumo de estas sustancias con la situación de necesidad, dificultad o conflicto social. El resultado es que la conducta disocial no es analizable ni se puede actuar sobre ella sin tener en consideración las conductas toxicómanas.
2. Al margen de mecanicismos sobre las relaciones entre conflicto social (delincuencial) y consumo de drogas —y viceversa—, la clave de la cuestión es analizar el influjo personalizador-despersonalizador que es inherente al "coloque" cotidiano en plena transformación adolescente.
3. El aumento de las cifras de consumo de algunas drogas afecta de manera especial a los sujetos jóvenes con dificultades sociales. Estas sustancias juegan un papel importante, de forma que la llegada a sustancias como la heroína reagrupa toda la patología social, la hace fuerte y la estabiliza.
4. Las complejas relaciones entre consumo y pequeño tráfico, y entre dificultad social y mundo delinencial en el cual se trafica, complican la acción educativa sobre los adolescentes afectados."

Por último, debe señalarse que, en el actual contexto de la cuestión drogas, una parte importante de sus efectos tiene que ver con sus consecuencias en el plano social, con la marginalización y los conflictos en los que están envueltas.



Claves para un  
estilo de intervención.

#### 4.1. De nuevo a vueltas con la inadecuación de los recursos

Tras el análisis de los dos términos del objeto de trabajo (adolescencia y consumo de drogas), así como del producto de su relación, debemos retomar los interrogantes sobre la intervención **posible y positiva**, recordando, una vez más, que —como el personaje del cuadro de “Las Meninas” que situándose al fondo intenta salir fuera para contemplar y definir la escena, pero acaba siendo parte del cuadro— la propia intervención acabará formando parte del problema definido.

Una parte de las medidas, de las líneas de trabajo para el futuro, que sugeriremos en el próximo capítulo, pasan por la revisión, por la reinención de modelos adecuados para intervenir en la adolescencia. Por ello volvemos a insistir, a matizar, a apostar por aspectos y elementos que —superando las dudas iniciales— podrían quedar ya definidos.

Si replanteamos el problema de la inadecuación entre servicios y adolescencia, entre la atención que hoy brindamos —o mejor no brindamos— y las disponibilidades con las que deberíamos contar, encontraremos un problema más universal que el de las toxicomanías. El “paciente inexistente” del que hemos hablado es más bien el “sujeto inexistente”. No son sólo los dispositivos asistenciales los que no encuentran entre los suyos a los adolescentes; tampoco los sistemas pretendidamente universales y normales los tienen. Ni siquiera el sistema educativo está pensado teniendo en cuenta las características de los que han de acudir a sus aulas con más de trece años.

Pero más allá de esta inadecuación objetiva, manifiesta, queremos señalar la que subyace en el fondo: aquella que parece llevarnos a la comprobación de la existencia de una incompatibilidad extrema con la realidad del adolescente. Los sistemas, los recursos, los dispositivos no están pensados para ellos; pero es que, además, hay como una voluntad implícita en que esto sea así, nacida de la dificultad de relacionarse con ellos. El adolescente —personaje socialmente problemático por definición— es un sujeto al que es mejor no tener entre la población que acude, a no ser que se someta a las reglas de juego de nuestros sistemas: ser un alumno que aprende, ser un paciente que reconoce su enfermedad, pedir atención porque asume sus necesidades.

A veces hemos llegado a aceptar la inadecuación general y se han puesto en marcha programas de cambio. Pero prácticamente siempre sin aceptar los elementos esenciales de esos adolescentes socialmente evolutivos que hemos descrito. Está en marcha, por ejemplo, la Reforma de las Enseñanzas Medias, pero el núcleo del cambio se centra en la modificación del currículum, en la adaptación de los objetivos y las secuencias del aprendizaje; no hay más adolescente que el definible como alumno, poco importa si su vida es intrínsecamente no-escolar. Alargamos la edad de los pacientes que debe atender el pediatra hasta la entrada en la adolescencia,

pero escasamente elaboramos unas líneas sobre cómo atenderlos y para qué demonios debe ir al médico una persona de esa edad<sup>26</sup>.

La mayoría de los servicios parecen dedicados a lo fácil, a lo elaborable con nuestros criterios adultos de atención; sólo en contadas ocasiones decidimos estar al servicio de los verdaderos problemas: aquellos que a veces no conseguimos atrapar entre las cuatro paredes de una "definición operativa". La mayoría de los servicios de atención —no sólo los especializados en drogas— arrastran el pecado original de una voluntaria incapacidad para tener un abordaje coherente de las personas como el adolescente. En su dinámica interna funcionan mecanismos de exclusión no previstos, pero que hacen que los posibles "pacientes" se autoexcluyan, no se planteen ir a los dispositivos asistenciales. A la vez, esos mecanismos excluyentes expulsan fácilmente de los servicios a aquellos que tienen peor pronóstico o —como es el caso de los adolescentes— a aquellos que alteran el modelo de relaciones y los protocolos de atención diseñados.

Probablemente incluso muchas de las cosas que hacemos son lo contrario de lo que el adolescente necesita. Sólo en contadas ocasiones el recurso, el dispositivo, el servicio "brilla" con suficiente atractivo como para entrar en su campo de visión.

La mayoría de las veces "conducimos", llevamos al adolescente al servicio, a la consulta y olvidamos las diferentes motivaciones que entre él y nosotros pueden existir. Una cosa son las motivaciones del maestro, de los padres, de los educadores, para que el adolescente vaya al psicólogo, al servicio de planificación familiar o a la consulta de toxicomanías y otra muy diferente los deseos y las expectativas del adolescente para acudir. Nosotros lo queremos llevar porque presenta señales de patología. El, en todo caso, aceptaría el recurso, el servicio, el apoyo, porque se siente turbado, sufre, está en medio de una cierta exasperación evolutiva, etc.

Antes de pensar en programas y fórmulas de actuación, hay que comenzar por hacer un reconocimiento explícito de la existencia de los adolescentes —de lo que quiere decir ser adolescente hoy— y de la necesidad de llegar a ser una oferta válida para algunos de ellos.

La línea de adecuación conecta forzosamente con la revisión de los modelos de intervención en las drogodependencias. Un debate que no abordaremos aquí, pero que está en la base de cualquier posibilidad de "adolescentizar" los servicios especializados<sup>27</sup>. Esta posibilidad pasa inexorablemente por el abordaje en serio de los mecanismos de relación entre los recursos especializados y los otros recursos y

<sup>26</sup> Un trabajo longitudinal francés reciente (*La santé des adolescents*) refleja, por ejemplo, que escasamente un 90 por 100 de los adolescentes consulta con el médico sobre sus dificultades con el sueño, las cefaleas, las ideas de suicidio. Por otra parte, sólo el 50 por 100 de las enfermedades y dificultades que en otros ámbitos confiesan son detectados en la consulta médica.

<sup>27</sup> Véase "¿Curar, salvar, prevenir, atender...? Notas a propósito de los modelos de intervención en drogodependencias". *Comunidad y Drogas*, núms. 13/14. Madrid, 1989.

servicios; sin olvidar que, por mucho que se adapte, prácticamente casi nunca un recurso especializado será lo más idóneo para la atención del adolescente.

Si analizáramos la accesibilidad a los recursos nos encontraríamos en la práctica con un problema doble: por un lado, acuden pocos adolescentes o los abandonan muy pronto; por otro, acuden todavía menos aquellos más "desaventajados", más cascados, aquellos que no entran en contacto con los montajes asistenciales-educativos más normalizados (salvo aquellos que se encuentran con las instancias de control), pero que en realidad lo necesitan casi todo. A todos los servicios, en general, se les escapan los adolescentes, pero se les escapan fundamentalmente aquellos a los que, probablemente, debería prestárseles más atención.

*En adolescencia no sirve el aforismo terapéutico del "yo atiendo al que hace una demanda explícita", ni tampoco la actitud del que sale a la caza de "pacientes" haciéndoles "conscientes" de sus problemas. La "disponibilidad", su percepción normalizada en el contexto cotidiano, forman parte de la esencia de cualquier recurso que aspire a estar entre los adolescentes.*

La resolución del falso dilema de la inexistencia de demanda no pasa por los adolescentes, sino por los recursos. Sólo se solicita aquello que se considera positivo obtener. Podemos llegar a decir incluso que los adolescentes con grandes dificultades no tienen capacidad de demanda porque ni siquiera imaginan otro estado diferente de aquel en el que están; pero, si llegaran a tener una conciencia diversa de sus problemas, la "ayuda" que les proporcionamos está tan "distante" que difícilmente se plantearían solicitarla.

El *leit-motiv* de cualquier pretendida adecuación de los recursos es siempre cómo organizarse, cómo actuar para ejercer "una seducción mucho más fuerte que la de las drogas"<sup>28</sup>.

## 4.2. El problema no es nuestro ni suyo: ha nacido de los dos

En el capítulo tercero hemos abordado la discusión de conceptos como consumo problemático y riesgo, así como el origen esencialmente adulto de su contenido. Abocados aquí a la búsqueda de las posibilidades de intervención en esos supuestos, no podemos dejar a un lado esa especie de entidad dependiente a dos bandas que tienen.

Cuando un adolescente es llevado a un servicio de atención, o cuando un adulto —un trabajador social, un maestro, un "especialista" de las drogas— considera que

<sup>28</sup> F. ROTELLI (1989): "Dov'è il Signore?". En *Democrazia e Diritto*, n.º 3. Torino, mayo 1989.

debe producirse una intervención, el trabajo comienza siempre por deslindar quién tiene realmente el problema, qué trozo aporta cada parte a su definición.

Repito, una vez más, que la percepción del riesgo, del futuro, del resultado que se producirá si el adolescente "sigue así", nace de la experiencia del adulto, de su comprobación vital, de su conocimiento de otras situaciones similares. Pero el adolescente, por definición, no posee la "experiencia vital", ni ésta puede ser invocada sin más por el adulto que pretende atenderlo. *La única manera de salvar las diferencias en la visión del problema, la única manera de hacerlo receptivo a la atención (que alguna vez llegue a decirse a sí mismo: "Quizás vale la pena que me lo piense"), es que la incitación al cambio surja en el contexto más espontáneo y normal para él.*

Los mensajes, adultos y sin disfraz, tienen que provenir de personas asumibles, aceptables para él y que, a su vez, le acepten a él como tal, de forma que no se instalen los dos en el conflicto. Los mensajes han de llegar como propios de un mundo que le es cercano, que acepta, a la vez que han de ser suficientemente críticos con su situación como para hacerle reaccionar, para conducirlo a pensar que puede ser y actuar de otra manera. Sin llegar a compartir en sus términos exactos la preocupación del adulto, ha de nacer una preocupación propia por su situación y por la manera como poco a poco puede degradarse.

*Si los mensajes no provienen de alguien positivo, cercano, normal para el adolescente — aunque a menudo le genere conflictos —, siempre tendrá la coartada de que el problema es un invento del adulto que pretende "comerle el coco". Son los otros, los que ni lo entienden ni lo comprenden, los que tienen el problema, él se siente él mismo y, desde su perspectiva, sus problemas son otros.*

La intervención, analizada desde la vertiente de la definición del problema en la que estamos, debe resolver tres cuestiones dinámicas, lábiles: a) la actuación "a pesar del" adolescente; b) el aprendizaje del riesgo; c) la focalización y el enmascaramiento de los problemas en las drogas.

En cierto sentido, la palabra intervención que a lo largo de todo el texto hemos utilizado tiene connotaciones quirúrgicas, cáusticas, cuasi coactivas: es un actuar porque no queda más remedio. ¿Podemos y debemos los adultos intervenir sobre una persona como el adolescente que no puede tener la "experiencia" acumulada por el cuerpo social de los mayores, ni puede poseer la conciencia "madurativa", biológica, respecto al resultado y las consecuencias de determinados comportamientos? ¿Dónde está el punto exacto de la intervención correcta entre la dialéctica de la coacción social y el respeto a la persona y su libertad, tratándose de adolescentes?

Con el adulto, aun cuando las fronteras no estén milimétricamente determinadas, sólo las dictaduras, políticas o tecnocráticas, deciden "por el otro", "por su bien". Con la infancia, la estimulación de sus capacidades, el posibilitar su humanización, la facilitación de estímulos, etc., son argumentos —o a veces coartadas— que permiten actuar en la línea de lo que los adultos responsables consideramos lo

mejor para ellos. Pero con los adolescentes volvemos al dilema de su ubicación conflictiva, de ese *status* de indefinición no ya biológica, sino social al que nos hemos referido en los capítulos anteriores.

*La intervención tendrá que aceptar esa dialéctica ambigüedad. Una dialéctica entre la presión inevitable y el respeto al otro.* Como tantas otras cosas en la adolescencia, la intervención también está instalada en el conflicto. Sabe que la coacción en exceso la hace inútil, a la vez que sólo estando disponibles para que el adolescente llegue a ser tiene sentido prestarle atención. *Una dialéctica incómoda, sólo salvable en términos educativos, en la que la presión se sitúa en los límites, en los elementos de realidad inevitable que el adolescente debe descubrir para no destruirse, pero no está instalada en el cada día, en lo fundamental de nuestra actuación con ellos.*

No es de recibo aceptar que el adolescente es un sujeto indefenso por el que un "profesional" decide, atribuyéndose la capacidad de fijar lo que es bueno para él, la capacidad de diagnosticar la "patología" de la que es portador.

Decía que la intervención también debe resolver el problema "pedagógico" del *aprendizaje del riesgo*. Si el objetivo de muchas intervenciones es conseguir que el adolescente tome conciencia de la situación en la que se encuentra, una parte de las cuestiones a resolver pasan por solucionar el interrogante del cómo ayudar a que tome conciencia de las diferentes situaciones de riesgo con las que convive y en las que se encuentra (desde la velocidad hasta la aventura más exótica).

Adquirir conciencia y dominio de los riesgos es una cuestión de aprendizaje, de actuación educativa, no de sermones adultos, como ya he indicado. Más allá de sustituir las drogas por el *puenting*, por el precipitarse al vacío con la cuerda elástica a medida, reflexionar sobre la intervención ha de conducir a acumular experiencia educativa sobre generación de hábitos y capacidades para discernir y sopesar riesgos. Desde esta perspectiva educar supone organizar sus capacidades de análisis, entrenarlos en la reflexión, estimular los hábitos intelectuales que permitan discernir y calibrar los efectos, etc. Todo ello sobre la base de sus experiencias, no de las nuestras; no sobre la base de la inducción al miedo, sino del apoyo a la toma de decisiones.

Por último, debemos volver sobre algunos de los efectos de la intervención en el caso del adolescente: *la focalización y el enmascaramiento de los problemas en los consumos de drogas*. Como es sabido, los consumos pueden ser la tapadera de otras dificultades, la intervención focalizada en las drogas refuerza el olvido de las dificultades y complica su abordaje. Como he señalado, también los consumos se instalan en la condición adolescente y en sus contradicciones sociales. Atender las drogas puede servir a la comunidad y al adolescente para evitar abordar la realidad y los problemas en los que vive. Atender a "los drogadictos" es la manera perfecta para que una comunidad se olvide de que ha de ocuparse de sus adolescentes.

Acabaremos este apartado volviendo sobre el dinamismo evolutivo y la aparatividad provisional de todo lo adolescente. En la definición mutua del problema y en la caracterización de la intervención volvemos a tener que instalarnos en la compleja

apreciación de lo que "es" grave y lo que "parece" grave; de lo que parece tener entidad permanente y lo que desaparecerá con el paso del tiempo, con el devenir evolutivo. Como criterio, habría que aceptar que la mayoría de los problemas se van resolviendo o neutralizando conforme el adolescente avanza por las sucesivas fases de su transición, a condición de que los apoyos y estímulos con los que cuente le ayuden a no instalarse en el problema, eviten la apresurada patologización, generen intervenciones focalizadoras y segregantes. *En adolescencia debe tenerse la actitud profesional de esperar que las cosas cambien, pero... estando al lado (con recursos, personas, espacios...) para que la salida correcta de los conflictos y dificultades sea lo más probable.*

Si tuviéramos que concretar todos estos criterios en un conjunto de acciones podría decirse que se trataría de estar presentes, disponibles, atentos en tres situaciones:

- Estar donde habitualmente están, "dejando caer" criterios, opiniones, estímulos... sin otra voluntad que la de ser normales y positivos para ellos.
- Intentar estar disponibles en las "crisis", en los momentos en los que, sin producirse necesariamente una demanda, siempre es bien recibida la escucha, la ayuda sin la etiqueta previa de problema.
- Tratar de intervenir cuando padecen graves problemas, cuando la situación se convierte para ellos —no sólo para nosotros— en problemática.

*Pero las tres son complementarias e insustituibles. Solo podremos intervenir en el problema agudo si tenemos resuelta la intervención en las crisis. Solo podremos hacer eso último si tenemos resuelta la presencia cotidiana.*

### 4.3. Todo comienza escuchando la calle

En el resumen inicial ya he señalado que uno de los criterios para que la intervención sea posible y positiva es que ésta ha de darse en los "territorios" adolescentes, en los espacios que ellos transitan con normalidad. No me extenderé en este texto en la utilización de los recursos en medio abierto y la atención a las personas con problemas de drogodependencia, pero sí recordaré las claves de un espacio privilegiado para el adolescente: la calle.

La calle, que en los adolescentes más jóvenes y con más dificultades sociales es una nueva "institución educativa" —expulsados como están de otras instituciones como la escuela— y que en los otros será al menos un espacio dominante, condicionador de los otros lugares y actividades.

Si su vida se desarrolla básicamente en los ámbitos del tiempo disponible, del consumo, del fuera del mundo institucional, carece de sentido que comencemos por buscarlos allí donde no están. Por mucho que corriamos el modelo de "consulta" en la que prestarles atención, habremos de seguir poniendo en marcha, previa y simul-

táneamente, los dispositivos que generen ese tipo de adulto presente que se descuelga, que se deja caer en el mundo de sus actividades, sin mayores pretensiones que la presencia tranquila y la oculta función del que opina, sugiere, aporta.

Quizás un ejemplo pueda permitir una cierta plasmación plástica de esta actitud de partida: En un determinado territorio ponemos en marcha un espacio, un local juvenil; en él procuramos que llegue a tener una cierta presencia confiada algún educador, algún monitor. De acuerdo con los patrones generales los adolescentes que conseguimos que acudan tienen sus relaciones diversas con las drogas y pensamos que ése es un lugar para intervenir. Alguien pensará que la primera tarea a hacer será que el educador esté formado sobre drogas y organice actividades que tengan que ver con ellas. Pero, según el criterio que hemos expuesto, ése sería un camino erróneo. Casi seguro que en el seno de la audición de una música, en la visión de un vídeo, en la conversación en torno a una cerveza, alguno deja caer opiniones, expresiones, tomas de postura, deseos relacionados con el uso de una u otra droga; es entonces el momento para escuchar, para dejar caer pequeñas opiniones, para patentizar posturas diversas y respetuosas... Y todo ello sin pontificar, sin concederle mayor tiempo e importancia que la que en aquel momento ellos le han concedido. La intervención sobre las drogas habrá comenzado así estando donde están, en los tiempos libres que conforman su universo cultural y partiendo de la simple sugerencia aparentemente inocua.

Partiendo de la calle iniciamos el camino de su *tempo di vitta*, de uno de los espacios básicos de su proceso de realización. Partiendo de ese mundo podemos acercarnos de manera prioritaria a los sujetos menos privilegiados, aquellos cuya vida cotidiana tiene como vertiente clave lo extraescolástico, lo no institucional, lo de fuera de la familia, ese tiempo inmensamente vacío y a la vez lleno de posibles situaciones educativas.

En el capítulo sobre los consumos ya hemos abordado el debate en torno a los diferentes grados de problematización. Tanto si intervenimos en situaciones profundamente degradadas como si nuestra acción tiene que ver con consumos esporádicos o alternativos —eso que ahora han etiquetado como "consumo *part-time*"—, el territorio privilegiado va a ser la calle, ese espacio vital en el que se mueven los adolescentes cuando se liberan de las instituciones o cuando entran en conflicto con ellas. En la calle se da el marco de las relaciones sociales, de los estilos de vida, de las secuencias de conducta en las que se inscriben los consumos de drogas.

Incluso en el ámbito de los recursos superespecializados en drogodependencias tan sólo se ha conseguido intervenir en adolescentes cuando existían, por ejemplo, educadores de calle, delegados de asistencia al menor, etc., que los conducían —con poco éxito— a los servicios de atención. Sólo en los lugares con ese tipo de recursos parecía aflorar la existencia de problemas de adolescentes y drogas.

Ya discutiremos en la última parte del informe los diversos recursos a crear o reordenar para la intervención en la calle. Ahora quisiera matizar que no se trata de poner educadores de calle para que busquen a los adolescentes que se pican y los

lleven a los servicios de atención, sino de *provocar que en ese medio existan personajes disponibles para escuchar, atender, analizar, conocer... , saber lo que está pasando; antenas capaces de detectar el malestar adolescente, sobre el que se asentarán las posibles demandas de atención.*

No replanteamos la intervención posible y positiva desde este espacio primigenio para tener agentes derivadores, correas de transmisión hacia los servicios de salud, simples bocas de conexión con otros recursos. Advertimos solamente que cuando profundicemos en el estilo, en la manera de actuar, cuando profundicemos en el papel clave del "adulto-tutor-mentor", habremos de insistir en que sólo partiendo de la calle como espacio clave podrán existir figuras cargadas de confianza para el adolescente.

#### 4.4. Claves para un estilo de intervención

Devolviendo el protagonismo de la intervención en los adolescentes a los espacios donde puede ser posible hacemos que llegue a ser positiva. Frente a una concepción del medio como la condensación de toda la patología que sufre el individuo hay que asumir que la escuela, la familia, el barrio..., los espacios e instituciones habituales pueden llegar a desarrollar capacidades para atender al adolescente. Vivir entre necesidades no significa vivir entre incapacidades. A menudo, patologizar, etiquetar, institucionalizar es desasistir, crear más problemas de los que se han de resolver.

De nada sirve una visión negativa de los jóvenes o de su coloquio. No se trata de "prevenir" para evitar que se produzcan males. Se trata simplemente de atender a los ciudadanos adolescentes en las situaciones en las que se encuentren, o, *mejor aún, no se trata tanto de atenderles, de prestarles atención como de estar atentos a su mundo y sus realidades personales y sociales.*

El término medio de los adolescentes conflictivos, problemáticos, con conductas arriesgadas y peligrosas, sólo es trabajable en su propio entorno, so pena de crear todavía más dificultades. Los "casos", los problemas extremos, generadores de la aparición de recursos especializados, no pueden ser los que determinen el modelo de intervención adolescente.

No podemos poner en marcha dispositivos, recursos, por un lado para adolescentes drogadictos, por otro para chicos delincuentes, más allá para las chicas que se fugan de casa, en otro lugar para las adolescentes que se prostituyen o quedan embarazadas, etc. Pensar en clave adolescente es —de manera mucho más imperiosa que para los adultos— diseñar dispositivos de amplia flexibilidad y disponibilidad, con capacidad de provocar o recoger demandas diversas, situaciones de crisis con complejas manifestaciones. Lo dominante no puede ser la intervención selectiva, sino la disponibilidad generalizada. Es dudoso que sea positivo para nadie crear distancias y enfrentamientos entre adolescentes de "vida sana" y adolescentes consumidores o problemáticos.

Junto a este criterio se ha de mantener la idea de que cualquier intervención progresivamente profesionalizada y especializada ha de seguir cierta *dinámica de la suplencia*; un actuar cuando el otro, el más próximo y normalizado, ya no puede. Una dinámica que debe ir acompañada de la dinámica de la devolución, de un *dedicar esfuerzos a capacitar los niveles cercanos.*

Por otra parte, el adolescente, en el caso de que pudiera ser un "paciente", no es un paciente desplazable, fácilmente derivable a un servicio o recurso: un alto porcentaje se pierden por el camino. Cuando desde la intervención más primaria y directa se piensa en la utilización de otros recursos, no basta con enviar, con traspasar el caso, ni siquiera con informarlo y discutirlo con el profesional del servicio a utilizar. *Desde el principio, cualquier adulto que se aproxima a un adolescente con problemas —o aquel adulto al que se acerca, en el que confía un adolescente— es siempre, al menos, una especie de depositario provisional del problema, de la dificultad; no es un simple informador, orientador para enviar al adolescente allí donde podrán atenderlo; se hace cargo de la persona del adolescente en su globalidad, aunque poco a poco la incidencia, la actuación dominante, pase a manos de un recurso más específico.*

En el dilema en torno a la cantidad y el estilo de la intervención, cuando repensamos el posible balance entre los efectos positivos y negativos, cuando mantenemos la duda entre el esperar a ver qué pasa o el actuar ya, se ha de reafirmar el principio de la interprofesionalidad. Una interprofesionalidad inexcusable, condicionada no tanto porque estemos delante de una realidad que tiene múltiples facetas, diversas variables y factores, cuanto porque la única intervención posible es la no parcelada. Si actuamos en función de un territorio, en el ámbito de las instituciones en las que transcurre su vida normal, no es posible la acción separada de un profesional para cada elemento del problema. El sujeto es un adolescente socialmente evolutivo, sólo definible como tal, en el que todo lo que es lo es en función de su ser adolescente, sin admitir fácilmente las parcelas, la aproximación parcializada. Como mínimo, la intervención menos perjudicial será aquella que no provoque en el adolescente la esquizofrenia de que para su "locura" es atendido por uno, otro lo quiere desintoxicar, el de más allá le dará residencia si acepta reconocer que es delincuente. Cada profesional "dice" de él algo diverso; le asignan etiquetas previas que no cuadran con su malestar/bienestar adolescente.

Volvamos, por último, sobre la intervención como *oferta*. Decía en el primer capítulo que una de las claves para que surjan demandas, necesidades expresadas, propuestas de recorrido vital diferente, es que los adolescentes estén en un medio rico en ofertas, en propuestas atractivas, seductoras, posibilitadoras (más o menos lo contrario de la mayoría de los montajes recuperadores que ahora tenemos) que hagan cercano, posible y positivo un cambio en su vida. Los recursos, las atenciones, las propuestas han de suponer una renovación del panorama en el que están inmersos.

Cuando abogábamos por la renuncia a la imposición y la búsqueda de estilos de intervención que movilizasen sus decisiones, lo hacíamos pensando que probablemente la única excepción sería la de forzarle a acercarse a las ofertas, a las posibili-

dades diferentes; la única coacción sería la de estimular su capacidad para descubrir, sobre todo en aquellos casos en los que el medio empobrecido en el que subsisten les ha privado hasta de la capacidad de imaginar otras vidas diferentes, y su recorrido de transición está casi predeterminado.

#### 4.5. ¿Colega, tutor o padrino?

— ¿Por qué no hablas con alguien?

— ¿Con quién?

Este podría ser un fragmento de conversación entre adolescentes en un momento de crisis. Muchos de ellos, cuando están en situaciones problemáticas, tan sólo necesitan a alguien con quien entablar un diálogo, una conversación que permita ordenar sus "crisis", expresar ante alguien un cierto discurso en el que recolocar sus vivencias.

En contra de la dinámica patologizadora, etiquetadora, de la obligación de identificarse con un problema que suponen la mayoría de nuestros recursos, la necesidad adolescente es difusa, provisional, plagada de manifestaciones agudas. El diseño de la intervención entre los adolescentes pasa, en primer lugar, por tener cerca a "alguien" o, si se prefiere, *porque los que tienen cerca estén dispuestos a "escucharle"*. La única manera de conseguir identidad es identificándose, encontrándose con personas que lleguen hasta ellos, que consigan "prestigio", que despierten su interés. La dualidad inevitable entre oposición e imitación que preside la vida adolescente sólo es salvable si existen adultos en su entorno que no representan exclusivamente lo negativo, el conflicto. No pueden estar sometidos sólo a las imposiciones; necesitan tiempo, espacio para ser acogidos y contenidos.

El nudo gordiano, la solución a muchos de los interrogantes que nos planteamos a lo largo de este informe, pasa por la redefinición del papel del adulto —de algunos adultos— que deberían estar en su mundo. En el recorrido por sus territorios, "¿qué pedagogos encuentra?, ¿qué maestros de vida?, ¿qué padres, qué madres, qué sentimientos, qué luces?, ¿quién le transmite su memoria y de qué?, ¿quién le seduce o quién le seducirá?..."<sup>29</sup>.

En la atención a los adolescentes la cuestión primera no es cuántos técnicos, cuántos profesionales hay a su alrededor, sino con cuántos adultos abiertos, disponibles, razonables se encuentra. La clave de cualquier manera de intervenir pasa por la presencia de adultos entre los adolescentes, que están donde están ellos, que se mueven y manejan entre ellos. No son necesariamente otros adultos que los ya existentes, *son "profesores" que asumen ser educadores, tutores de la evolución de sus alumnos; son trabajadores sociales que dejan de refugiarse en la mesa del despacho y*

<sup>29</sup> F. ROTELLI (1989).

*comparten la calle; son animadores, educadores de calle que "pierden" el tiempo entre grupos de jóvenes; son psicólogos, médicos, "terapeutas", que aceptan un diálogo abierto sobre la globalidad de la persona que tienen delante, que no interpretan —ni su papel, ni los "síntomas"—, que se empeñan en la seducción y aceptan el rechazo adolescente, que no se esclerotizan bajo el subterfugio de una función estrictamente definida. Son padres y madres que llegan a dominar la angustia por la incertidumbre del mundo en el que entran sus hijos, que entre conflicto y conflicto cotidiano hacen el esfuerzo de volver a hablar con ellos.*

Aun mirándola desde la perspectiva de las drogas, la adolescencia no deja de ser el recorrido de transición que hemos analizado; el adolescente no deja de ser otra cosa que una persona recorriendo los laberintos de la socialización, de la incorporación a la sociedad, sin plano, sin guía, sin proyecto.

Actuar en la adolescencia, también en lo relativo a los consumos de drogas, supone colocar personajes de referencia que balicen ese recorrido. Superados ya por la historia los padres espirituales, los ángeles de la guarda o los jefes de centuria, estamos abocados a la consideración de los adultos disponibles para esa adolescencia que tenemos: forzosa, de larga duración, plural y diversa, inmersa en el riesgo.

Los conceptos de recorrido, riesgo, crisis sucesivas, evolución, educación, seguimiento, etc., nos sitúan en el debate sobre el "mentor" del adolescente, sobre el consejero, el guía, el apoyo, el tutor, etc., en la adolescencia: aquel que siendo vivido como cercano y disponible actúa desde la distancia —sin intromisiones y confiando en la evolución positiva— para ordenar las crisis y las dudas del adolescente, ofreciéndole propuestas, recursos, líneas de salida; aquel que le ayuda a que incorpore en su persona las experiencias, los elementos positivos que se decantan de su paso por las instituciones, los servicios, los recursos.

No nos referimos de ninguna manera a la creación de una nueva figura profesional (el mentor, el tutor social), sino a la necesidad de conseguir que los adultos que inciden en la adolescencia ejerzan esas funciones; a la necesidad de potenciar (crear, estimular, enseñar, ...?) entre esos adultos, que están o deberían estar presentes, la parte de personaje empático, de personaje que conecta (que "se enrolla", que es "legal", como dicen algunos) con la realidad adolescente.

Es más, conviene repetir que no se trata simplemente de que los adultos estén disponibles, sean empáticos. Son los sistemas (escolar, sanitario, juvenil...) los que deben hacerse más "adolescentes", más permeables, más dispuestos a fomentar esas figuras y esos estilos de intervención.

Al poner en este apartado el énfasis en el adulto no quisiéramos, de ninguna manera, defender una especie de intervención a pecho descubierto del profesional y sus habilidades en solitario. La intervención personalizada, mediatizada por el adulto disponible, se puede llevar a cabo si éste tiene tras sus espaldas recursos básicos con los que trabajar. (¿De qué puede servir ese adulto si detrás sólo tiene un Bachillerato libresco, una Formación Profesional sin interés por los que quedan excluidos, unas casas de juventud inexistentes o pensadas como escaparates de la

cultura oficial?) El adulto abierto y cercano se esterilizará con rapidez sin una red de recursos diversos, compatible con el adolescente y en la que sea posible intervenir con la necesaria flexibilidad educativa.

Como nota final, y para no inducir a confusión, el debate sobre la relación adulto-adolescente debe sustentarse sobre aquel criterio repetidamente usado por los que ya trabajan entre ellos: se trata de ser un adulto entre los adolescentes, no un "colega" entre "colegas"; se trata de ponerse en el lugar del adolescente sin ser un adolescente.

#### 4.6. Sin renunciar a educarlos

La mayoría de los planteamientos hasta aquí expuestos nos conducen a la "educación"; llevan a pensar cómo debemos influir educativamente en el proceso de transición adolescente para que —como ya he repetido— lleguen a ser adultos que puedan convivir con las drogas, necesitando lo menos posible y sin que comiencen a bloquear tempranamente su proceso evolutivo.

Educar, sin embargo, parece una palabra fuera de moda. Se acepta en todo caso que ha de hacerse prevención, que la tarea de los que están en el mundo de los adolescentes es prevenir que consuman drogas. Sin embargo, lo queramos o no, un adulto que se aproxima a un adolescente es un educador, alguien que ejerce una influencia educativa, aunque acabe siendo negativa y a regañadientes.

Desde la perspectiva de la dificultad social y de los consumos de drogas, educar es posibilitar la evolución y el desarrollo de sus capacidades, intentar que vaya obteniendo un balance positivo de sus experiencias vitales (que se sienta bien dentro de su piel), procurar que logre un conjunto de conductas sociales que no le reporten excesivos conflictos con la sociedad en la que está y, finalmente, que se sienta miembro de un grupo social, de una comunidad, que tenga la vivencia de que "pertenece", de que es miembro de algo.

En la dialéctica entre estimular, respetar y limitar qué es la educación se sitúa también todo lo que tiene que ver con las drogas. **Sólo si se hace educación se puede hacer educación sobre drogas.** De nada sirve que intentemos basar nuestra relación con los adolescentes y sus consumos en la tramisión de una lista de peligros, la prevención de unos riesgos o la imposición de una serie de prohibiciones. Las drogas y sus mundos no pasarán de ser una parte más —con frecuencia ni siquiera importante— del conjunto de cuestiones que conforman su educación.

Sin caer en la tentación de traspasar a la escuela todo aquello que la sociedad no sabe cómo comunicar a sus adolescentes, sin magnificar ni reducir su influencia, sí que es cierto que la hemos convertido —con las condiciones que señalaba en el capítulo segundo— en una instancia privilegiada para la intervención en ese grupo de edad. Además, en este momento concreto de nuestro país, una gran parte de la

incidencia educativa de la que aquí estamos hablando se va a dilucidar en el proceso de reforma del Ciclo Superior de la E. G. B. y de la Enseñanza Secundaria. Una reforma en la que debería ser tan importante la socialización, el seguimiento educativo, la evolución de la persona como la adquisición adecuada de conocimientos.

Como señala D. Guy<sup>30</sup>, en una monografía sobre drogas para educadores de Enseñanza Secundaria, "ellos pasan por la escuela y ciertamente nosotros no somos responsables de su decadencia... Pero ¿si hubieran encontrado un poco de calor, si hubiéramos sabido transmitirles nuestros valores, hubieran tenido el mismo recorrido?"

A partir de los doce años el espacio escolar se convierte en el lugar de las encrucijadas y conflictos de la evolución adolescente. En parte, comienza a fracasar cuando la escuela deja de hacerle de "piel", de contención y de soporte en sus dificultades. Con frecuencia, la rigidez institucional de la escuela y de sus objetivos no deja de ser una máscara que sus responsables adoptan para no asumir, para no abordar al adolescente como totalidad, como persona.

La educación de los adolescentes, en el medio escolar, tiene mucho que ver con eso que se suele llamar "cuestiones afectivas". Está en relación con el papel del educador no para transmitir simplemente conocimientos, sino para "responder" a las preocupaciones adolescentes, preocupaciones e implicaciones que surgen incluso de la supuesta simple transmisión de conocimientos asépticos.

La cuestión drogas nos sitúa, una vez más, en la necesidad de sensibilizar a los profesionales que están en la escuela sobre las realidades adolescentes, para que asuman al menos su papel de mediadores, de relacionadores entre el adolescente y la sociedad adulta. Con gusto o a disgusto los adolescentes los interpelan; deberíamos ayudarlos a que sean capaces de escucharlos. Educar sobre drogas supone trabajar para que los educadores de la Secundaria (del ciclo 12-16 en el futuro) puedan escuchar a los adolescentes, conocerlos, percibir sus angustias, servir de primera referencia, de primer apoyo.

#### 4.7. La versión adolescente del proceso de recuperación

Desde esas perspectivas diversas que hemos discutido en el capítulo tercero, nos podemos encontrar, con determinada frecuencia, ante un adolescente cuyos consumos están adquiriendo formas problemáticas. Una situación en la que nos veamos impelidos a jugar a fondo la presión, la intervención focalizada en los consumos, con la pretensión de frenar el proceso de degradación en el que parece adentrarse. Aparece entonces un nuevo conjunto de interrogantes. ¿Los procesos de recuperación en las personas adultas con problemas de drogodependencias que conocemos son aplicables a los adolescentes? En gran medida parece que no.

<sup>30</sup> "Cahiers Pédagogiques", núm. 252.

De cualquier manera es difícil saberlo porque, como ya he señalado, los adolescentes no han sido hasta ahora clientes de los servicios especializados en drogodependencias. En todo caso habremos de recurrir a las experiencias de otros servicios y profesionales —sobre todo de la educación especializada— para buscar elementos definidores de la versión adolescente de los procesos de recuperación.

Haciendo comparaciones con el proceso adulto, conviene señalar, en primer lugar, la cuestión de los objetivos de la intervención. Aunque deseable y esperable, muy pocas veces el objetivo de la intervención será el abandono total y definitivo del consumo de todas las drogas. Incluso con respecto a la sustancia que le está creando más problemas, pretender que abandone definitivamente su consumo nos llevaría fácilmente a la desesperación. En relación con la droga, o las drogas problematizadoras de su vida, será mucho más importante que acumule experiencias de períodos de abstinencia que convencerlo de que debe dejarlas definitivamente. Nuestro esfuerzo debe ir encaminado a que compruebe que puede dejar de consumir; además, a que experimente que dejar de consumir no fue un drama, no le situó en un mundo de padecimientos, no dejó de ser el que era, incluso... llegó a encontrarse mejor. Estamos hablando de una persona en proceso de construcción y se trata, por lo tanto, de que las experiencias ligadas al abandono de las sustancias que están comenzando a serle problemáticas formen parte de los materiales con los que se va realizando su vida. ¡Ojalá no volviera a consumir! Pero seamos realistas y planteémonos que, más adelante, inicie un proceso de recuperación definitivo echando mano de las experiencias de recuperación que archivó como positivas.

En muy contados casos el adolescente iniciará un proceso de recuperación a partir de la vivencia de una "situación límite". A los quince o dieciséis años, por muy problemática que sea su vida, se cree dominador de las drogas y sus problemas. Como máximo considera que le han tocado a él una serie de "accidentes" inevitables, pero superables ("ya las dejaré cuando yo quiera"). La presión ejercida para que las deje e inicie la recuperación tendrá como meta inicial ayudarlo a descubrir los datos problemáticos que le envuelven. Un descubrimiento que —repite una vez más— no podrá basarse en la invocación universal de nuestra experiencia adulta. Entre otras posibles maneras de conducirlo a ese descubrimiento, deberíamos utilizar la discusión sobre los "otros" problemas generados en su mundo de drogas (conflictos penales, relaciones difíciles de grupo, dificultades con el grupo familiar, emergencias sanitarias, etc.) más que la focalización inicial sobre las sustancias como causantes de ellos.

Al no poder utilizar nuestras experiencias adultas como argumento de autoridad, otra vía de trabajo para el empuje hacia un proceso de recuperación puede ser la utilización de las vivencias y experiencias del grupo adolescente-joven de edad más cercana a él, mucho más liado ya en consumos problemáticos. Su capacidad crítica puede ser utilizada para que "vea" en esos otros que admira, que son lo que él quisiera ser, el entorno de problemas que envuelven sus consumos de drogas. De esta manera no estaremos utilizando datos de una realidad interpretada por los adultos, sino datos leídos por el adolescente en su entorno más cercano.

De todo lo expuesto hasta aquí se deduce fácilmente que la parte clave de la posibilidad de recuperación queda asociada a la acogida, a la manera como perciba el adolescente que es acogido por los adultos del servicio especializado. Si como primer objetivo ya señalaba que debemos proporcionarle las experiencias positivas y parciales de abstinencia, éste no puede ir disociado de otro: obtener, aunque no deje sus consumos problemáticos, una acogida lo suficientemente tranquila, global y seductora como para recordarla y retomarla cuando, más adelante, llegue a plantearse una recuperación definitiva. Esta acogida podría resumirse así: sin dejar de transmitirle nuestra oposición a que siga destruyéndose, no le traspasamos la vivencia de que sólo nos preocupan sus consumos; estamos dispuestos en cualquier caso a considerar y prestar atención a las otras necesidades y dificultades en las que se encuentra.

La flexibilidad y el realismo en los objetivos es aquí, si cabe, mucho mayor que en los adultos. Ha de tenerse la paciencia y la esperanza, que reiteradamente he invocado, para pretender conseguir, al menos, que no se destruyan definitivamente. A continuación hemos de ingeniárnoslas para que reduzcan los consumos, para que se pasen a drogas cuyo entorno les provoque menos dificultad, para que consuman con menos problemas, para que... poco a poco obtengan vivencias, experiencias, "alucines" presentables como sustitutorios, como algo que hace innecesario el uso abusivo de drogas.

Al menos en su versión adolescente, la salud no puede ser definida como un estado ideal al que se accederá algún día, a condición de que no se tomen sustancias dañinas. La salud en un adolescente es algo que tiene que ver mucho más con llegar a encontrarse bien consigo mismo y con los demás en ese momento, no como algo futurible que otros le sugieren. Desde esa "paz en los ruidos del cuerpo" que buscan para acomodarse a su nueva anatomía y fisiología, hasta la dosis mínima de bienestar personal, de felicidad, de aceptación en el seno de un grupo, todo son elementos clave que conformarían su posible —e inmediato— concepto de salud<sup>31</sup>.

Si en el proceso de recuperación adulto domina una cierta decisión personal de recuperarse, en el adolescente casi siempre será "conducido" a la "consulta" para que cambie. La necesidad y el conflicto habrán sido vividos por los otros y, quizás, en una pequeña proporción por él. Se impone entonces, por ejemplo, ver qué relación establecemos con los padres si hubieran sido ellos los autores de la presión, cómo evitamos que el adolescente nos considere sus aliados. Pero, sobre todo, se impone establecer canales coherentes de relación y comunicación con el educador, el trabajador social, con el adulto próximo (si existe) para construir la manera de efectuar el seguimiento, de servir de personajes de referencia en los sucesivos intentos de recuperación que esperamos se lleguen a producir.

La utilización de recursos específicos, como la unidad hospitalaria de desintoxicación o la comunidad terapéutica, tiene sus especiales dificultades. Pero son difi-

<sup>31</sup> Véanse MORELLI (1986) y CLOQUET *et al.* (1989).

cultades derivadas fundamentalmente de su diseño, de su organización, de las características de los profesionales y de la composición de los grupos que acceden, más que problemas derivados del hecho adolescente. Ha de valorarse todo lo relacionado, por ejemplo, con los efectos sobre el mundo emocional del adolescente que pueden provocarse con el uso de psicofármacos; pero de ahí no se deriva que la desintoxicación hospitalaria no sea útil con ningún adolescente. En las comunidades terapéuticas la cuestión probablemente esté ligada sobre todo a las normas de funcionamiento, a los sistemas de creación y dinámica de grupos y no a la incompatibilidad, en abstracto, de la comunidad terapéutica con la idiosincrasia adolescente. No obstante, los espacios residenciales para la creación y el mantenimiento de un proceso de recuperación —de acuerdo con los criterios expuestos— deben tener que ver mucho más con una “comunidad de vida” para diversos adolescentes y jóvenes que con una comunidad terapéutica para toxicómanos.

Finalmente, en este recorrido por el proceso de recuperación convendría comentar brevemente la cuestión de la dependencia. Más allá de la discusión sobre los diferentes momentos o etapas que se siguen en el proceso, es preferible profundizar sobre el contenido real de la renuncia que el adolescente debe hacer cuando deja esos consumos de drogas que hemos considerado problemáticos. Como ya he recordado, la dependencia respecto a los productos se inscribe en un contexto de dependencia social y personal. Personalizarlo, estimularlo a ser él, conseguirle un espacio de decisión y autonomía, supone posibilitar su independencia con respecto a los consumos. Una vez más tendríamos estrepitosos fracasos si planteáramos la cuestión en términos neurológicos y farmacocinéticos. Dejar esos consumos de drogas problemáticos supone dejar lo poco que ha conseguido ser: alguien en un grupo de iguales, alguien que se siente a sí mismo como diferente en la medida que tiene un estilo diario de vivir.

Una adolescente de quince años<sup>32</sup>, con consumos problemáticos, reflejaba así una parte de esta cuestión: “Allí como no vayas con ojo, a más que quieras... Yo bajo directa pallí (se refiere a la plazoleta del barrio er. la que se reúnen). Ya se me van los pies solos. Que es ya la costumbre; siempre lo mismo, ahí la hundes siempre. No me lo he planteado nunca hacer otra cosa. No sabría estar con otra gente diferente..., a lo mejor sí, con el tiempo, pero... Siempre es lo mismo, pero yo ahora con otra gente..., con gente así que no fuma porros, ni..., me encontraría muy rara, no sé...”

¿De qué han de dejar de depender? Sin darnos cuenta les podemos estar pidiendo que abandonen lo único que han conseguido llegar a ser y tener en su corta vida.

<sup>32</sup> BARRUTI, M., y otros: *El universo cultural del menor*. Trabajo en fase de realización sobre la construcción de su vida y su mundo que hacen los adolescentes con conflictos sociales. Centre d'Estudis i Formació. Departament de Justícia. Barcelona.



*Algunas recomendaciones,  
además de cambiar  
la sociedad.*

### 5.1. Introducción: Algunas dosis de ideología "inútil"

A estas alturas del texto más de un lector se preguntará: "¿Y ahora qué? ¿Dónde estamos y qué podemos hacer?" Hasta aquí la pretensión era cambiar nuestra manera de mirar, de acercarnos a los adolescentes. Con eso quizás ya bastaría. De esa nueva actitud, la voluntad y la creatividad pueden sacar acciones, proyectos, programas... No obstante, la última parte de este informe la constituirán una serie de sugerencias, de propuestas, destinadas a estimular esa plasmación de actuaciones destinadas a mejorar el panorama actual de las intervenciones en los adolescentes con consumos problemáticos de drogas.

#### **Sin embargo...**

Sería absurdo que el conjunto de características, de variables y de contradicciones que tejen esa interrelación entre adolescencia, consumos e intervención pudiera zanjarse, resumirse con un cuadro más o menos extenso de medidas y propuestas de actuación. No hace falta recordar la relación genérica entre drogas y sociedad; o si se nos apura mucho que "el humo del canuto tiene música; la cerveza se viste de tejanos; la pastilla tiene luz de discoteca". No hay adolescencia sin sociedad que la cree, que la defina. Como he repetido, no hay conflicto adolescente sin comunidad adulta que lo sustente.

Sería absurdo olvidar que todas las diversas adolescencias no son otra cosa que caricaturas daguerrotipadas de las sociedades a las que pertenecen. El pragmatismo no puede conducirnos al absurdo de pensar que basta con actuar sobre la vertiente individual de las dificultades. Cambiar la sociedad que las genera puede parecer una meta estéril por imposible. Entre un punto y el otro se puede trabajar sin dejar de pensar en una "sociedad en clave de utopía".

Podemos pensar qué hacer con los adolescentes que consumen drogas de manera problemática, pero no podemos dejar de interrogar a la sociedad (que somos todos) sobre qué quiere hacer con sus jóvenes. Podemos proponer mejoras en la función tutorial de los educadores de la enseñanza secundaria, pero no podemos evitar preguntarnos sobre si el sistema educativo ha de ser un simple apéndice del sistema productivo o, por el contrario, la manera de posibilitar que los adolescentes sean personas y ciudadanos. Podemos definir a los adolescentes como inmediatistas, como sujetos afanados por la satisfacción inmediata, pero si queremos cambiar su actitud habremos de transmitirles algún proyecto de futuro, algunas migajas de utopía... Al menos una parte de nuestra relación con las jóvenes generaciones pasa por la modificación cultural, por cambios en la condición juvenil.

Se deduce fácilmente que la concreción de la mayoría de los aspectos planteados en estas páginas conduce a lo que algunos podrían considerar una especie de debate sobre política general de juventud. La dificultad de plasmar criterios sobre intervención en adolescentes con consumos problemáticos de drogas radica simple-

mente en escoger ámbitos y niveles a crear o modificar en las políticas que existen o deberían existir para atender a los adolescentes. Como en canasta de cerezas difícilmente vamos a poder aislar y considerar unos u otros niveles, unos u otros ámbitos; están entrelazados, dependen unos de otros. Por lo tanto, sólo por metodología expositiva y con el ánimo de evitar que el lector acabe estas páginas con la sensación de que los criterios aquí expuestos no se traducen en nada, dedicamos las últimas páginas a sugerencias y líneas concretas de actuación.

Como música repetitiva, de fondo, debe quedar la cuestión clave a la que todas las intervenciones se van a referir: debemos **resolver** —o **eliminar**— el *status* adolescente. No se es nada cuando no se es ni una cosa ni otra. Es aceptable que psicológicamente podamos decir de un adolescente que no es ni un adulto ni un niño, pero no sirve desde el punto de vista social. No es lo mismo ser diferente que no ser nada. Hemos de respondernos a la pregunta de para qué queremos a los adolescentes en nuestra sociedad. De lo contrario, ellos podrán seguir acusándonos —algo a lo que por edad son muy proclives— de hipócritas. Ante nuestras indicaciones y sugerencias seguirán preguntándonos qué pintan en el mundo en el que están, y nuestros argumentos sobre la necesidad de “prepararse para el día de mañana” quedarán absolutamente vacíos. Se es ciudadano adolescente siendo adolescente; así que hemos de decidir qué les dejamos hacer, qué responsabilidades les otorgamos, dónde les dejamos decidir, en qué espacios pueden estar...

Para el conjunto de áreas en las que enmarcaremos las sugerencias, los objetivos principales a medio plazo podrían ser:

- Conseguir una cierta mejora en la comprensión del fenómeno: lo que supone un mínimo descubrimiento de los adolescentes y de la entidad de sus relaciones con las drogas.
- Aunque sea desde el acicate de las drogas, estimular un cierto debate sobre las políticas globales de juventud.
- Poner de manifiesto el tipo de recursos y de apoyos que son imprescindibles para que los diversos profesionales presten atención a los adolescentes.
- Sugerir ideas para que, en el seno del debate sobre los modelos de atención a las personas con problemas de drogodependencias, se tengan en cuenta las intervenciones posibles y positivas con los adolescentes.

## 5.2. Sugerencias de política juvenil

No es desde la perspectiva de las drogas desde donde debe hablarse de las políticas de juventud, pero una gran parte de cualquier aplicación de todo lo que aquí se ha expuesto pasa por su redefinición. Con este fin creo oportuno dedicarle algunas líneas.

En nuestro país, la creación durante los años ochenta de recursos y servicios en el ámbito juvenil no ha supuesto, ni mucho menos, la consolidación de políticas globales. Los rápidos cambios en el mundo adolescente y joven que he señalado han

hecho envejecer propuestas y recursos incluso antes de que llegaran a consolidarse y pudiera hacerse una mínima evaluación. Corremos incluso el riesgo de que las políticas que afectan a los adolescentes y jóvenes se conviertan en algo totalmente secundario durante la década de los noventa. Una vez desaparecida la presión demográfica de los últimos años y domesticados los elementos más llamativos de las dificultades sociales, la cuestión adolescente y joven puede acabar siendo reducida a un tema menor, “jubilado”, secundario respecto al nuevo deslumbramiento social y político por la “tercera edad”.

Con una perspectiva básicamente municipal las políticas de adolescencia dominantes en Europa en los años ochenta han tenido las siguientes ideas-fuerza, los siguientes criterios motores: a) *el universalismo* (el dirigirse a todos los adolescentes y no sólo a una clase problemática); b) *la integración globalizadora* (el intentar no parcializar los elementos o las facetas de intervención); c) *la desinstitucionalización* (el evitar recurrir a servicios y recursos que provocarán separación del medio, ruptura con el contexto habitual del adolescente); d) *la territorialización* (la adecuación de programas y recursos a barrios y comunidades concretas en función de sus adolescencias).

En el seno de esas líneas se inscribe cualquier posibilidad de acción también en lo que afecta a los consumos de drogas. Pero, debe producirse ya una mínima evaluación, una revisión de cuál ha sido realmente su implantación en nuestro país. Una sugerencia concreta sería:

- Impulsar la comparación y evaluación de los diferentes “Proyectos Jóvenes” que se han puesto en marcha en los últimos años en el país. Analizar si han resultado un instrumento útil de política global para la adolescencia. Revisar o reafirmar sus criterios en torno a los consumos de drogas.

Los Proyectos Jóvenes, o las Casas de Juventud, o los programas de animación cultural, por poner algunos ejemplos, se convirtieron en piezas clave de un tipo de intervención nacida con la democracia. No en todos los Ayuntamientos ni en todas las Comunidades Autónomas han tenido el mismo desarrollo ni la misma plasmación. Es tiempo, sin embargo, ya de **ver qué es lo que funcionó, qué es lo que superó el tiempo** y, sobre todo, desde la perspectiva que aquí nos ocupa, **cuáles son los pilares de una política adolescente y joven para los noventa**. En esta línea, una sugerencia concreta sería:

- Con el “pretexto” de las drogas, estimular desde las diversas instancias (Comisiones interautonómicas, federaciones de municipios, etc.) un debate sobre las claves de las políticas de juventud de futuro, con especial énfasis en el tramo inicial, en la adolescencia, que hasta ahora ha sido el más olvidado.

Igualmente,

- Facilitar el intercambio de experiencias y el apoyo técnico a los pequeños y medianos municipios para la elaboración de políticas integradas de juventud, para el diseño y organización de los servicios de atención primaria en relación con la adolescencia.

La revisión de las políticas locales europeas con incidencia sobre la adolescencia hace patente el énfasis puesto en las actuaciones para compensar, para reequilibrar en lo posible la diversidad de oportunidades vitales a las que se ven sometidos los adolescentes, para reducir las respuestas disociales, anímicas de los más desfavorecidos. En la medida en la que, además, en esos colectivos a menudo el consumo de drogas resume y enmascara sus necesidades y conflictos, algunas sugerencias concretas serían:

- Estimular la evaluación y la redefinición de los "recursos diurnos" (pre-talleres, centros abiertos, aulas taller, etc.) que se han ido creando en la última década. Comprobar qué problemáticas han llegado a asumir y qué colectivos quedan hoy fuera. Facilitar el debate sobre el tipo de profesionales con el que deben contar, la formación que deben tener y su entrenamiento para establecer una relación educativa adecuada con los adolescentes (incluidos los elementos que tienen que ver con los consumos).
- Abrir un debate en profundidad sobre la realidad de la adolescencia "protegida" (en términos legales "desamparada"), cuyas condiciones problemáticas han aflorado explosivamente en los últimos dos años. En concreto, deben elaborarse indicaciones sobre:
  - Los recursos de "protección" en el propio medio.
  - El uso y abuso del internamiento, los recursos institucionales que existen y las condiciones en las que están.
  - La formación y la sensibilización de los educadores y otros profesionales de los centros para asumir las dificultades adolescentes y los aspectos drogodependientes.

En una sociedad dual, en la que se ahonda cada vez más la distancia entre los que tienen la vida resuelta y aquellos a los que las diferentes crisis abocan a nuevas y profundas marginaciones, las propuestas a medio plazo deben abarcar:

- Proyectos (y por lo tanto prioridades presupuestarias) para atender los procesos de marginación en los que comenzarán a verse inmersos los "hijos de la sociedad dual": aquellos que han sido niños y comenzarán a ser adolescentes sin haber conocido otra cosa que la marginación a la que

fueron abocados sus padres por la crisis y el desempleo de larga duración en los últimos años. Proyectos para ese grupo de adolescentes fácilmente "guetizables", que han nacido y crecido en la crisis y en los que se concentrará de una manera grave toda la futura "patología social" (incluida la derivada del consumo problemático de drogas).

Genéricamente, siguen pendientes, en la línea de otorgar carta de ciudadanía a los adolescentes, numerosas medidas que tienen que ver con las conductas socialmente problemáticas, la responsabilización educativa, la justicia de menores, etc. En el seno de una política clara con respecto a la reacción y el control social al que se ven sometidos los adolescentes, algunas sugerencias concretas serían:

- Aprobación urgente de un Proyecto de Ley Penal Juvenil en el que se reflejen los criterios de la responsabilización educativa frente a la inimpugnabilidad protectora y en el que se excluya cualquier posibilidad de responsabilidad criminal.
- Discusión de criterios con los jueces de menores sobre los elementos del consumo de drogas a tener en cuenta en la aplicación de sanciones.
- Aplicación de medidas del ámbito de menores hasta los dieciocho años. Discusión con los jueces de adultos sobre los criterios a tener en cuenta con los jóvenes-adolescentes de dieciséis-diecisiete años acusados de delitos y que se adentran ya en consumos problemáticos de drogas.
- Formación y actualización del personal educativo de las instituciones de menores para el abordaje de los aspectos drogodependientes de los adolescentes a los que prestan atención.
- Mantener y fomentar un estado de opinión a favor de las medidas en medio abierto (seguimiento en libertad, trabajo en beneficio de la comunidad, mediación, etc.) como las más efectivas en la adolescencia, aunque se dé un consumo problemático de drogas.

### 5.3. Sugerencias pensando en la escuela

La lógica de las intervenciones posibles pasa por intentar intervenir, intentar prestar atención allí donde los adolescentes están. Por lo tanto, es de sentido común que si los adolescentes van a estar condenados a permanecer en la escuela, nos planteemos cómo utilizar y modificar su influencia.

Con los adolescentes de los noventa, además, comienza a no servir aquella división mecánica entre los que están en la escuela y los que la abandonan. Probablemente pronto no será cierto que la parte más importante de la dificultad, de los

consumos problemáticos de drogas, va a seguir concentrándose en los *schooleavers*, en los que dejan la escuela antes de completar su proceso formativo.

La prolongación de la enseñanza obligatoria hasta los dieciséis años —al menos, como resultado de la imposibilidad de entrar en el sistema productivo con anterioridad, ha consolidado unas nuevas maneras de ser alumno. Como bien señalan los estudios de los recorridos de transición hacia la vida adulta, la institución escolar se convierte en una especie de continente universal de los adolescentes y de los jóvenes. La mayoría estarán en ella, sin abandonarla definitivamente, incluso más allá del período obligatorio.

Pero están y estarán ya de otra manera. Sobre todo aquellos que tienen más dificultades sociales, están allí bastante a su pesar, sin que por ello la abandonen del todo. La escuela se ha convertido en la oferta y la ocupación que la sociedad adulta impone como respuesta a sus adolescentes forzosos y en ella van a estar a pesar de los conflictos. *Pero están y no están; entran y salen; van y vienen; alternan lo escolar con las ocupaciones que les surgen en su ir y venir "buscándose la vida"; recalán en la escuela entre experiencias de calle de diversa duración.* Ni están del todo para la escuela, ni la excluyen todavía de sus vidas, salvo que aparezca un conflicto definitivo con ella.

Incluso el diseño de las intervenciones desde lo no escolar va a tener que plantearse ya como una especie de recorrido concatenado con la escuela. Un recorrido en el que cada uno de los dos mundos aporta un eslabón, sin que sea posible prescindir de ninguno de ellos para seguir avanzando.

En esta línea, algunas sugerencias concretas serían:

- Priorizar en los planes de reforma del ciclo 12-16 años las orientaciones y los objetivos en relación con la tutoría. Es decir, estimular presupuestariamente y en las orientaciones para la organización del ciclo todo lo que tiene que ver con la acción tutorial.
- Estimular y priorizar la formación permanente (en los Centros de Profesores, en los Centros de Recursos Psicopedagógicos, en los Planes de Formación, en los Movimientos de Renovación Pedagógica, etc.), así como en la formación inicial de los educadores, en todo aquello que tiene que ver con el seguimiento educativo de los adolescentes.
- Conseguir que la organización del sistema escolar, en su Educación Secundaria, potencie, estimule, priorice la existencia de educadores-conductores de la evolución y maduración de los adolescentes.

Estos ejemplos de sugerencias, que tienen como objetivo hacer que la institución escolar pueda educar también sobre drogas, no ponen el énfasis en ninguna especialización en toxicomanías de los educadores de Secundaria. Tan sólo repiten el criterio de que hay que capacitarlos para que "miren" de otra manera, para que

presten atención, para que pongan algo de calor humano, para que preparen de una manera más global los objetivos diarios de esa clase llena de adolescentes a la que acuden.

Igualmente, toda esta nueva situación de los adolescentes y de la enseñanza en la que nos vamos a ir encontrando conduce, al menos desde la vertiente de los consumos de drogas, a la revisión de lo que han sido hasta ahora políticas compensatorias y al rediseño de lo que han sido recursos y programas de apoyo complementario a la escuela secundaria.

La nueva década adolescente comporta repensar las políticas que los entes locales o las entidades cívicas habían emprendido con respecto a la escuela. Alcanzado un cierto grado de escolarización incluso en la adolescencia, habrán de redimensionarse estos esfuerzos, colocándolos quizás no tanto —aunque habrá de seguir— en el retorno al circuito educativo de los preadolescentes y adolescentes abandonados o excluidos, cuanto a apoyar y posibilitar la intervención educativa, tutorial, de seguimiento, en la propia escuela secundaria. Van a estar en sus aulas; hay que posibilitar que alguien haga educación en lugar de generar nuevas vías de exclusión y de conflicto. Entre otros ejemplos, algunas sugerencias concretas serían:

- Crear dispositivos de soporte al educador de los últimos ciclos de la educación obligatoria para ayudarlo a reflexionar sobre la realidad adolescente de sus alumnos y para capacitarlo en el abordaje inicial de los consumos de drogas. Que pueda disponer de personas cercanas a la realidad escolar con las que discutir sobre los "síntomas" y los "problemas", tanto si se expresan académicamente como si se traslucen en conflictos de comportamiento, en aislamiento o en aparición de consumos complejos de drogas.
- Repensar las soluciones y recursos hoy en marcha para los preadolescentes de catorce-dieciséis años excluidos del sistema escolar. Redefinir soluciones de retorno con la intervención de otros agentes educativos.
- Consolidar recursos de apoyo al sistema escolar secundario en el ámbito cultural y del tiempo libre que potencien la entrada del mundo prioritario de los adolescentes en la escuela.
- Experimentar y difundir modelos correctos de relación entre educadores, trabajadores sociales, monitores, profesionales de lo social y de la salud, en el marco de la escuela.

En la adolescencia cualquier propuesta educativa formal, escolar, basa su desarrollo en una red de recursos, servicios, iniciativas informales, estables igualmente, pero que siendo externas a la escuela, posibilitan hacer aquello que desde el aula fácilmente tiende a ser sólo instructivo.

## 5.4. Sugerencias para la calle y los "bares" de la Administración

Siguiendo con el recorrido por los territorios adolescentes, por los lugares donde en la práctica están los adolescentes, intentaré hacer sugerencias para el tiempo libre, las instituciones informales, la calle, la diversión. Una vez más serán tan sólo algunos ejemplos, algunas sugerencias estimuladoras hacia la concreción.

En nuestro país, algunas ciudades fueron pioneras en la puesta en marcha de educadores de calle; sin embargo, esas figuras y sus funciones parecen haber entrado en crisis. Los ciudadanos y las autoridades parecen proclives sólo a la creación y mantenimiento de servicios y recursos concretos, con funciones delimitadas y con procedimientos adecuados al "mal" que deben atajar. Podríamos decir que se impone un criterio de corte medicalista también en lo social y en lo educativo (dispensarios *para* toxicómanos, residencias *para* delincuentes, centros especiales, actividades laborales *para* marginados, etc.).

He indicado cómo cambia la realidad social y los adolescentes; parece que los modos y las figuras de intervención en la calle también han de hacerlo, y pronto. Pero si queremos intervenir en los consumos problemáticos de drogas necesitamos contar con la presencia confiada y la capacidad de incidencia de educadores en los territorios de los adolescentes. De nada nos sirve tenerlos allí donde no irán nunca *motu proprio*: en las instituciones.

Esas figuras educativas presentes en su mundo tienen como primera misión conocer su realidad cambiante y pluriforme. Sólo estando con ellos es posible conocerla antes de que, convertida en problema grave, nos llegue a los recursos especializados. Sólo la presencia entre ellos de figuras cargadas de confianza hace posible que el adolescente recurra a ellas en momentos de crisis o dificultad.

Finalmente, si mantenemos la no-separación del medio, la no-segregación como criterio educativo, la pieza la constituyen los educadores que trabajan en el medio abierto, o que al menos plantean su intervención en el umbral de otros recursos (en las casas de juventud, en los talleres, en los centros abiertos, etc.). Una sugerencia concreta sería:

- Impulsar de nuevo la presencia de educadores de calle, de animadores juveniles, en la mayoría de los barrios y comunidades urbanas. Reelaborar y difundir un nuevo cuerpo teórico sobre la pedagogía de la calle y sobre su incidencia en la atención al consumo adolescente de drogas, que permita trabajar a los profesionales con coherencia y sin demandas extrañas.

Cuando se trata de paredes, de lugares atractivos y paredes acogedoras en las que puedan estar, hay mucho por hacer y por cambiar. Pero, como resumía en otro texto<sup>33</sup>,

<sup>33</sup> J. FUNES: "Ciudad y marginación", en el libro *La ciudad educadora*. Ayuntamiento de Barcelona, 1990.

a veces diseñamos y construimos casas de juventud con colores pastel y filosofía *light*; así, como era de suponer, no acuden ni los adolescentes que no tienen conflictos. Nunca vi un lugar tan poblado de adolescentes y jóvenes —muchos de ellos en crisis— como las salas de juegos recreativos que están cerca de los colegios y academias de enseñanza secundaria. Pero... la ciudad educativa, o eso que ahora llaman "educación social", está lejos de allí. No son lugares en los que los ciudadanos adultos, o la Administración, crean que han de hacer algo, como no sea anatematizar sobre sus peligros o regularlos con prohibiciones.

Quizás sea mejor así, que evitemos meter las narices en los pocos espacios que los adolescentes consideran un poco suyos. Pero invoco esa imagen como símbolo de los estilos y las maneras que deben tener los recursos y servicios que se crean para los adolescentes.

Si pretendemos prestarles atención, al menos debemos ofrecerles lugares atractivos, que ellos vivan como acogedores. Si queremos reducir sus consumos de alcohol no podemos ofrecerles un ordenado y silencioso lugar de encuentro; probablemente habremos de poner a su alcance una especie de "discoteca con baja graduación alcohólica"<sup>34</sup>. Si pensamos prestar atención a sus dificultades y padecimientos psíquicos no pongamos en marcha blancos hospitales de día, organicemos quizás "juergas terapéuticas" en lugares de encuentro acogedores. No pongamos en marcha "fondas" o residencias juveniles con más normas que la más rígida de las familias. No les ofrezcamos hacer macramé y figuritas de barro en un mundo de videoclips e informática. No ofrezcamos "terapia" en las aulas-taller, cuando una parte de lo que necesitan para ser adultos es tener capacidad de consumo, es decir: dinero para sus gastos.

Las maneras de actuar educativamente para compensar sus vacíos educativos, para reducir sus conflictos, para estimular su maduración, para dotarlos de mejores capacidades e instrumentos que les permitan acceder al empleo son múltiples. Las experiencias llevadas a cabo son bastantes, aunque insuficientes. No obstante, con anterioridad al diseño de la organización, de los objetivos y de los recursos, hay que plantearse cómo conseguiremos que los adolescentes vengan y se queden. Una ciudad habitualmente inhóspita y segregante con sus adolescentes tiende a crear recursos lejanos y opuestos a su mundo.

Algunas sugerencias concretas serían:

- Revisar el diseño y funcionamiento de los espacios juveniles (casas de juventud, lugares de encuentro, etc.) para hacer posible la aceptación de la diversidad de los adolescentes y la atención de las dificultades, incluidas las relacionadas con los consumos de drogas.
- Arriesgarse cediendo lugares de reunión y diversión, ensayando espacios más parecidos a las discotecas o los bares que frecuentan. Ponerlos en

<sup>34</sup> "Le Râteau Ivre": una discoteca a bassa gradazione alcolica". *ASPE*, núm. 20. G. Abele. Torino, 1989.

manos de entidades y grupos que no estén dominados por la rigidez de la Administración. Estimular programas que comporten la presencia de educadores conocidos en los lugares que ellos frecuentan.

Esa filosofía supone simplemente proponer lugares de encuentro y de relación grupal a disposición de los adolescentes, sobre todo los más jóvenes, que pasan sus tardes de bar en bar "a la búsqueda de un poco de calor o de cualquier otra cosa, preferiblemente alcohol o "humo", que permita no pensar en el trabajo que no encuentran, en las incomprensiones familiares, en las dificultades de relación con los otros"<sup>35</sup>. Bares adolescentes, lugares con el mismo atractivo que los otros lugares que frecuentan, pero en mejores condiciones. Lugares en los que se da la presencia atenta y no inmiscuidora de educadores (¿camareros?) y en los que se pactan unas reglas básicas a respetar, entre las que están las referentes a los consumos de drogas.

Esta tendencia al realismo y al atractivo habría de presidir algunas acciones de las que se tiende a poner en marcha, por ejemplo, en relación con la limitación del consumo de alcohol en la adolescencia o la prohibición de entrada en bares. ¿No pueden proponerse exenciones fiscales o créditos blandos para la apertura o el mantenimiento de bares musicales sin bebidas alcohólicas o limitadas a las de baja graduación? ¿Por qué en lugar de impedir que los adolescentes de dieciséis a dieciocho años acudan a los bares —que pasan a ser "para mayores"— no reducimos las tasas municipales de los que no despachen licores y combinados (para todos, incluidos los adultos)?

Lo mejor sería que se divirtieran sin beber (¿sabemos hacerlo los adultos?). Pero dado que no va a ser así, mejor que no nos empeñemos simplemente en prohibir aquello que sabemos harán en otro lugar o con otros productos. Provoquemos que realmente les resulte más atractivo, más "alucinante" estar en otros locales, beberse otras cosas.

Todo esto, además, sin renunciar a hacer algo que cada vez parece más complicado: provocar la elaboración de otras culturas adolescentes que no se basen en la filosofía del "coloque".

Sobre todo para la franja de edad más adolescente me queda por señalar la necesidad de impulsar otros recursos adecuados para la ocupación del tiempo de ocio. Es posible hacerles ofertas diferentes de diversión, ofertas para pasar a la acción.

Alguna sugerencia concreta sería:

- Incentivar presupuestariamente a las asociaciones y entidades juveniles y de educación en el tiempo libre para que no se limiten a la infancia, sino que tengan grupos y programas de actuación con los preadolescentes, incluyendo los excluidos de otros sistemas.

<sup>35</sup> "Le Râteau Ivré", *op. cit.*

## 5.5. Sugerencias para los mentores de los adolescentes

Del conjunto de este documento se desprende que, como criterio general, debe adoptarse la norma práctica de que **los recursos y servicios que atiendan a los adolescentes han de estar siempre "tutorizados"**. Es decir, han de contar con la presencia de adultos positivos dispuestos a facilitar al adolescente la integración personalizada de las experiencias que obtiene.

En la práctica, los adolescentes pueden acabar pasando por las manos del profesor de la escuela, del monitor deportivo, del maestro ocupacional, del educador especializado, etc. Una parte de todas las necesidades de orientación vital, de seguimiento educativo podría estar en sus manos si cada uno se limitara a enseñar, sin más. Para conseguir que eso pueda cambiar, una sugerencia concreta sería:

- Introducir elementos en la formación, sobre todo de los formadores ocupacionales y de los monitores deportivos, para que vean su función educativa y elaboren una relación coherente con los adolescentes.

En esta línea de acercar personas positivas a los adolescentes debemos incluir también todas las posibles medidas para hacer al menos de algunos adultos "ciudadanos educadores" entre los adolescentes.

En múltiples experiencias<sup>36</sup> se ha puesto de relieve que cuando se ponen en marcha dispositivos relacionados con las dificultades y conflictos sociales hay que comenzar por ver cómo los ciudadanos que están en el entorno del adolescente mejoran su comprensión del fenómeno y cómo algunos se convierten en ciudadanos positivos.

Si el fin de la acción socializadora es conseguir la incorporación a la sociedad y si la mayoría de los conflictos de la marginación se crean y se consolidan en relación con los adultos que rodean al adolescente, es lógico que pensemos en cómo ganar para la causa a algunos de esos adultos. Algunas sugerencias concretas serían:

- Diseñar estrategias que permitan reducir las tensiones, que faciliten la comprensión de la adolescencia y de los problemas de la marginalidad entre ellos. Diseñar actividades de formación y sensibilización en las Asociaciones de Padres, en las asociaciones culturales y deportivas, en las entidades vecinales, para una comprensión global de las características del adolescente y de la ubicación correcta de los consumos de drogas.
- Además de las acciones de sensibilización ciudadana, es útil formar y adiestrar a grupos de adultos de la propia comunidad, del propio barrio, para que hagan de mediadores entre los adolescentes con dificultades; sin

<sup>36</sup> Véanse, entre las más recientes, los Comités de Prevención en diversas ciudades francesas.

convertir todos los problemas en un tema especializado, de profesionales; haciendo, si es necesario, de canalizadores de los adolescentes hacia los servicios de atención.

- Estimular, fomentar y financiar programas, espacios y recursos de entidades y grupos de la sociedad civil comprometidos en el trabajo con los adolescentes.

Adultos voluntarios que son vividos por los más jóvenes como no conflictivos, como capaces de aproximarse a ellos sin adjudicar etiquetas y sin aplicar tratamientos o "comeduras de coco". Adultos que pueden encarnar la fachada acogedora de esa sociedad en la que cada día están sintiéndose más marginados.

Miembros de las entidades culturales, de las asociaciones vecinales, responsables de clubs o de actividades deportivas no profesionales, etc., adecuadamente sensibilizados, pueden constituir una de las partes claves de la necesaria intervención educativa. Cuando lo que se pretende es que lleguen a ser ciudadanos, cualquier otro recurso o actuación pende, con frecuencia, de que algunos de los que ya llegaron a serlo actúen educativamente.

## 5.6. Sugerencias para mejorar los recursos de atención

Ya he señalado que normalmente los centros de atención a las drogodependencias no son el mejor lugar para prestar ayuda a un adolescente, de la misma manera que no será, hoy por hoy, fácil que vayan. Sin embargo, deberían adaptar algo de sus dispositivos para que esto fuera posible, al menos en algunos casos, y para poder aportar su grano de arena en la atención de ese grupo de edad. Aunque no sean el instrumento más idóneo, no quiere decir que no puedan intentar ser un instrumento útil, que no deban ocuparse de los adolescentes, aunque sólo sea subsidiariamente.

Para posibilitar que alguna parte de los adolescentes con consumos problemáticos de drogas pueda llegar a ser atendida, así como que cuando acudan se queden, algunas sugerencias concretas serían:

- Establecer canales coherentes de relación y conocimiento mutuo entre los servicios de drogas y los recursos e instituciones a los que acuden realmente los adolescentes.
- Revisar y cambiar los elementos del dispositivo de atención que más chocan con los adolescentes (recepción, lista de espera, formalismos institucionales, etc.).
- Generar espacios de discusión en profundidad, entre los equipos de profesionales, sobre la idiosincrasia del proceso de recuperación adolescente.

Al menos, este intento de adolescentizar los servicios de drogodependencias debe pretender crear un impacto positivo en los adolescentes que acuden. Sin dejar de reconocer que probablemente ya no vuelvan, su función más importante va a consistir en transmitir una imagen positiva, "legal" que dirían algunos de ellos, entre sus compañeros adolescentes, entre los jóvenes con los que se relacionan. El objetivo básico del centro es llegar a ser codificado entre la *vox populi* de los adolescentes del territorio como algo positivo, como un lugar en el que se escucha, se está disponible. En la memoria del adolescente y en la de su grupo ha de quedar como un lugar —unas personas— aprovechables, como referencia cuando vuelva a plantearse otra situación de crisis, otro agravamiento de los problemas.

En cualquier caso, el objetivo mínimo que deberían plantearse en estos momentos los centros de drogodependencias debería ser la búsqueda de maneras para servir de apoyo a los recursos o a los profesionales que en la práctica ya se ocupan de los adolescentes. Todo ello con la actitud de acoger, de reforzar, no de enseñar a tratar las drogodependencias. Algunas sugerencias concretas serían:

- Revisar la cuestión adolescente en los equipos de los servicios de drogodependencias y comenzar a especializar a alguien en el tema.
- Formar al personal sobre las habilidades y actitudes que requiere la relación con los adolescentes.
- Intercambiar períodos de permanencia entre el personal de los servicios de atención primaria que acogen adolescentes (educadores de calle, centros abiertos, etc.) y el de los servicios especializados en drogodependencias.

Las experiencias ensayadas en la orientación sexual o la salud mental, por ejemplo, indican que sólo cuando en los servicios existe personal flexible, interesado por los adolescentes, es posible lograr esa meta que proponemos.

Adolescentizar los servicios especializados sería, por supuesto, inútil si a la vez no se hiciera el mismo esfuerzo con los servicios de atención primaria en general (tanto social como sanitaria). En muchos casos habrá que conseguir incluso que se enteren de que existen los adolescentes. Persiste, por lo tanto, como objetivo el lograr hacer sensible al conjunto de recursos sociosanitarios sobre la existencia de los adolescentes y sobre el significado y la manera posible de abordar sus consumos de drogas. Algunas sugerencias concretas serían:

- Introducir en los criterios que actualmente se utilizan para la programación y la evaluación del trabajo social la especificidad de la adolescencia, los elementos para analizarla en cada territorio, así como la manera de valorar los problemas relacionados con las drogodependencias.

- Facilitar, rediseñando alguno de los recursos de atención primaria, personas y espacios en los que los padres puedan hablar de la difícil relación que tienen con sus hijos adolescentes.
- Igualmente deben rediseñarse algunos de los servicios para prestar atención a los adolescentes en relación con sus padres, o en situaciones de crisis y turbación.

## 5.7. Sistematizar la observación

El conocimiento que tenemos sobre la pluriformidad de consumos y sobre los procesos de incorporación al consumo de drogas durante la adolescencia es todavía bastante escaso. Apenas existen estudios y trabajos basados en el seguimiento vital del proceso de transición y los mecanismos, circunstancias, vivencias, problemas, etc., que se asocian al rechazo, el abandono o la consolidación de unas determinadas maneras de consumir, de los usos o abusos de unas u otras sustancias. Entre otras, algunas sugerencias concretas serían:

- Sistematizar y difundir modelos de análisis y estudios de seguimiento adecuados a la edad y a las diferentes adolescencias para mejorar el conocimiento de la cuestión a dos-tres años vista.
- Primar los estudios sobre las maneras de consumir de los adolescentes, por encima de los estudios destinados a saber cuántos consumen.
- Diseñar un estudio global de seguimiento de un grupo amplio de adolescentes (a tres y cinco años vista) en sus procesos de inserción social, analizando específicamente el proceso de sus relaciones con los consumos de drogas.

De una manera más general, sería además útil la creación, en diferentes recursos, de unos ciertos observatorios adolescentes, de unos puntos profesionales preocupados por recoger información sobre la cambiante realidad de los adolescentes en nuestra sociedad.

La lista de sugerencias podría ser mucho más amplia, pero traicionaría el principio de las diferentes adolescencias si no insistiera en la necesidad de que todo esto debe concretarse en cada uno de los territorios diversos y concretos del país.

Más allá, sin embargo, de las concreciones, la posible real o incierta voluntad que las Administraciones, los profesionales o la sociedad tengan de ocuparse de sus ciudadanos adolescentes pasa por la actitud, por la manera de mirarlos, por el

acogimiento que estamos dispuestos a prestarles, a pesar de generarnos continuos problemas. Actuar eficazmente no quiere decir pasar a la acción. Quiere decir escuchar, estar expectantes, descubrir las necesidades ocultas.

Cornellà de Llobregat. Abril de 1990

Documentos de referencia

- ALLAN, M. B. (1988): "Delinquency and regular solvent abuse: an unfavourable combination?" *British Journal of Addiction*.
- BARILE, G., et al. (1988): *Ragazze e lavoro. Strategie e percorsi occupazionali*. Milano, Angeli.
- BECKER, H. (1971): *Los extraños. Sociología de la desviación*. Buenos Aires. Ed. Tiempo Contemporáneo.
- BOTTONE, V. (1988): "Politiche giovanili e prevenzione del disagio nell'esperienza italiana di 'Welfare Locale' un modello", en *La Rivista di Servizio Sociale*, núm. 3.
- BROWN, S. A., et al. (1988): "Coping with drinking pressures: adolescent versus parent perspectives", in *Adolescence*.
- BROWN, S. A., et al. (1989): "Characteristics of relapse following adolescent substance abuse treatment", in *Addictive Behaviors*. California.
- CÁRDENAS, C.; MORENO-JIMÉNEZ, B. (1989): "La búsqueda de sensaciones y la ingesta de alcohol en la adolescencia", en *Revista de Psicología General y Aplicaciones*, núm. 42. Universidad Autónoma de Madrid.
- CASAL, J., et al. (1989): *La inserción profesional y social de los jóvenes. Los itinerarios de transición entre los 14 y los 25 años*. I. C. E. de la Universidad Autónoma. Barcelona.
- CAVALLI, A. (1985): *Il tempo dei giovani*. Il Mulino. Bologna.
- CAVALLI, A. (1980): "La gioventú: condizione o processo?", in *Rassegna italiana di sociologia*, núm. 4.
- COBALTI, A. (1988): "Mobili e diseguali", in *Polis*, núm. 1.
- COCHRAN, J. K.; AKERS, R. L. (1989): "Beyond Hellfire: an exploration of the variable effects of religiosity on adolescent marijuana and alcohol use", in *Journal of Research in Crime and Delinquency*.
- COMIN, C.; GARCÍA-NIETO, J. (1974): *Juventud obrera y conciencia de clase*. Ed. Cuadernos para el Diálogo. Madrid.
- CONROY, R. W. (1988): "The many facets of adolescent drinking", in *Bulletin of the Menninger Clinic*.
- CORRADINI, A. (1986): "Características y valoraciones del proyecto adolescentes de la UICEMP. Los jóvenes y la salud". *Estudis i Recerques*. Serie Temes de Juventud, núm. 1.
- COX, T. C.; Falkenberg, S. D. (1987): "Adolescents' attitudes toward police: an emphasis on interactions between the delinquency measures of alcohol and marijuana, police contacts and attitudes", in *American Journal of Police*.
- CHAMBERS, I. (1986): *Ritmi urbani*. Costa & Nolan. Genova.

- CHOQUET, M., et al. (1988): *La Santé des adolescents. Analyses et Prospective*. INSERM. La documentation française. Paris.
- DEL RINCÓN, D.; SANTOLARIA, F. (1989): *Análisis de la vivencia y evolución de un grupo de menores que han sido objeto de medidas de internamiento*. Centre d'Estudis i Formació. Departament de Justícia. Generalitat de Catalunya. Barcelona.
- Diversos autores (1988): *Strategie e percorsio occupazionali*. Ragazze e Lavoro. Franco Angeli. Italia.
- Diversos autores (1988): *Essere giovani a Torino*. Rosenberg & Sellier. Torino.
- Diversos autores (1983): *Moral Stages: A current formulation and a response to critics. Contributions to human development*. Karger. Basel.
- Diversos autores (1989): "Deterrence and amplification of juvenile delinquency by police contact". *Brit. J. Criminol.*, vol. 29, núm. 4.
- Diversos autores (1988): "Adolescent drug use and intention to use drugs: concurrent and longitudinal analyses of four ethnic groups". *Addictive Behaviors*, vol. 13.
- Diversos autores (1987): *Els nens de carrer*. ICESB. Barcelona.
- Documento (1989): "I perché di un no al progetto di legge governativo. Educare, non punire". *Aspe*, núm. 10.
- Documento (1989): "I giochi infiniti dei servizi sociali. Fatti e commenti". *Aspe*, núm. 6.
- Documento (1989): "Una lobby popolare per la nuova legge sulla droga. Fatti e commenti". *Aspe*, núm. 7.
- Documento (1989): "Tra sanzione e prevenzione. Fatti e commenti". *Aspe*, núm. 6.
- Documento (1989): "Dalle macerie del leoncavallo si può costruire una nuova realtà. Fatti e commenti". *Aspe*, núm. 22.
- DORN, N.; SOUTH, N. (1986): "Developing Work-Related Education on Alcohol and Drugs", in *British Journal of Guidance and Counselling*. Volumen 14, núm. 1. Enero.
- Dossier (1987): "Drogues et toxicomanies", en *Cahiers Pédagogiques*, núm. 252.
- ENGLANDER-GOLDEN, P., et al. (1989): "Communication skills and self-esteem in prevention of destructive behaviors", in *Adolescence*.
- Esperienze (1989): "Le rateau ivre: una discoteca a bassa gradazione alcolica", en *Aspe*, núm. 20.
- FRIEDMAN, A. S., et al. (1988): "What mothers know about their adolescents' alcohol/drug use and problems, and how mothers react to finding out about it", in *Journal of Drug Education*. Philadelphia.
- FRIEDMAN, J.; FRIEDMAN, S. (1986): "Segmentation and impoverished youth". *Youth & Society*. Vol. 18, núm. 1. Sage Publication.

- FUNES, J., et al. (1985): *Les conductes socialment problemàtiques en els joves de Barcelona*. Projecte Jove. Ajuntament de Barcelona.
- FUNES, J. (1989): "Minoría de edad penal, drogodependencia y delincuencia: cuando además de ser adolescente e ir a parar al Tribunal Tutelar, se usan drogas", en *Comunidad y Drogas*. Monografía núm. 6. Madrid. Ministerio de Sanidad.
- FUNES, J. (1985): "Cultura juvenil urbana". *Projecte Jove. Estudis*, tomo II. Ayuntamiento de Barcelona.
- FUNES, J. (1989): "¿Curar, salvar, prevenir, atender...?" Notas a propósito de los modelos de intervención en drogodependencias. *Comunidad y Drogas*, treceatorce. Madrid.
- FUNES, J. (1990): "Ciudad y marginación". *La ciudad educadora*. Ayuntamiento de Barcelona.
- FUNES, J.; LORITE, N. (1981): *Adolescencia y juventud en Cornellà 1980-81*. Fundació Jaume Bofil. Barcelona.
- FUNES, J.; ROMANÍ, O. (1985): *Dejar la heroína*. Cruz Roja Española. Madrid.
- GALLAND, O. (1988): "Precarietà e modi di entrata nella vita adulta", in C. Saraceno: *Età e corso de la vita*. Il Mulino. Bologna.
- GERENCIA I SEURETAT VIAL (1989): *Els accidents de trànsit a Catalunya*. Departament de Governació. Generalitat de Catalunya. Barcelona.
- HAMILTON, S. B., et al. (1988): "Nuclear war as a source of adolescent worry: relationship with age, gender, trait emotionality, and drug use", in *Journal of Social Psychology*.
- HARITH SWADI, M. B. (1988): "Peer influence and adolescent substance abuse: a promising side?". *British Journal of Addiction*.
- HARITH SWADI, M. R. C. (1988): "Drug and substance use among 3,333 London adolescents", in *British Journal of Addiction*.
- HUBA, G. J., et al. (1986): "Adverse drug experiences and drug use behaviors: a one-year longitudinal study of adolescents", in *Journal of Pediatric Psychology*. Los Angeles.
- HUIZINGA, D.; MENARD, S. (1989): *Multiple Problem Youth. Delinquency, substance, use, and mental health problems*. Springer-Verlag. New York.
- JACOBS, A. M.; GHODSE, A. H. (1988): "Delinquency and regular solvent abuse: an unfavourable combination?", in *British Journal of Addiction*. London.
- JARVIS, G.; PARKER, H. (1989): "Young heroin users and crime. How do the New users finance their habits?", in *British Journal Criminol.*, vol. 29, núm. 2.
- Justice of the Peace (1988): "A young person's view of under-age drinking". *Justice of the Peace*.

- KERSON, T. S. (1988): "Project Rebound: long-term residential program for adolescent substance abusers", in *Health and Social Work*.
- LECRUBIER, D. (1986): "Condicionamientos que impone una sociedad tecnológicamente avanzada a los estilos de vida de los jóvenes". Los jóvenes y la salud. *Estudis i Recerques*. Serie Temas de Juventud, núm. 1.
- LUTTE, G. (1984): *Sopprimere l'adolescenza?* Torino. Ed. Gruppo Abele.
- MACARIO, P. (1988): "L'adolescente a scuola: dai riti di passaggio al percorso di guerra", en *La Rivista di Servizio Sociale*, núm. 2.
- MADDAHIAN, E., et al. (1988): "Adolescent drug use and intention to use drugs: concurrent and longitudinal analyses of four ethnic groups", in *Addictive Behaviors*.
- MARSTON, A. R., et al. (1988): "Adolescents who apparently are invulnerable to drug, alcohol, and nicotine use", in *Adolescence*, núm. 23.
- MARTINOTTI, G. (1982): *La città difficile. Equilibri e disequaglianze nel mercato urbano*. Franco Angeli Editore.
- MARTIN, E. (1989): "Accueil et traitement de jeunes toxicomanes dans un centre médico-psycho-pédagogique". *Sauv. Enfance*, núm. 3.
- MARUNY, LL. (1989): "La intervención pedagógica". *Cuadernos de Pedagogía*, núm. 174.
- MASON, C. M. (1987): "Adolescent chemical dependency aftercare: a non-traditional approach to recovery through group dependence", in *Alcoholism Treatment Quarterly*.
- MAYER, J. E. (1988): "The personality characteristics of adolescents who use and misuse alcohol", in *Adolescence*.
- Medicine Services (1987): *Young drivers impaired by alcohol and other drugs*. Royal Society of Medicine Services. London.
- MEREDITH, P.: "Cultura y subcultura de edad". *Sexualidad y la anticoncepción en la adolescencia*.
- MORELLI, U. (1986): "La influencia de los canales informales de transmisión de valores en los estilos de vida de los jóvenes". Los jóvenes y la salud. *Estudis i Recerques*. Serie Temas de Juventud, núm. 1.
- NEWCOMB, M. D.; BENTLER, P. M. (1988): *Consequences of adolescent drug use. Impact on the lives of young adults*. Sage Publications Ltd. London.
- OÑATE, P. (1987): "Prevención educacional de las toxicomanías: criterios básicos", en *Comunidad y Drogas*, núm. 3.
- OSGOOD, D. W., et al. (1988): "The generality of deviance in late adolescence and early adulthood", in *American Sociological Review*.

- PETERMANN, U. (1988): "Addiction problems of adolescents in community homes", in *Jugendwohl*.
- PILLAY, A. L. (1988): "Methods of self-destructive behaviour in adolescents and young adults", in *Psychological Reports*.
- Plan Nacional sobre Drogas (1989): *Sistema Estatal de Información sobre Toxicomanías. Informes anuales*.
- PROTINSKY, H. (1988): "Identity formation: a comparison of problem and nonproblem adolescents", in *Adolescence*.
- RITTER, B. (1989): "Abuse of the adolescent". *New York State Journal of Medicine*.
- ROSEN, P. M., et al. (1988): "The effects of unstable clients in adolescent treatment: contagion versus continuity", in *Adolescence*.
- ROTELLI, F. (1989): "Una seduzione più forte de la droga", en *Democrazia e Diritto*, núm. 3.
- ROTELLI, F. (1989): "Dov'è il Signore?", in *Democrazia e Diritto*, núm. 3. Torino.
- SCHINE, J. G. (1989): "Adolescents help themselves by helping others", in *Children today*.
- SIMONS, R. L.; ROBERTSON, J. F. (1989): "The impact of parenting factors, deviant peers, and coping style upon adolescent drug use", in *Family Relations*.
- SIMPSON, D. D., et al. (1988): "Behavioral changes of adolescents in drug abuse intervention programs", in *Journal of Clinical Psychology*.
- SORENSEN, A. M.; BROWNFIELD, D. (1989): "Patterns of adolescent drug use: inferences from latent structural analysis", in *Social Science Research*. Toronto.
- SWADI, H. (1988): "Drug and substance use among 3,333 London adolescents", in *British Journal of Addiction*. London.
- SWADI, H.; ZEITLIN, H. (1988): "Peer influence and adolescent substance abuse: a promising side?", in *British Journal of Addiction*. London.
- SZAPOCZNIK, J., et al. (1988): "Engaging adolescent drug abusers and their families in treatment: a strategic structural systems approach", in *Journal of Consulting and Clinical Psychology*.
- VILA-ABADAL, J. (1989): *Per què es droguen els joves?* Caixa de Barcelona.
- VOLK, R. J., et al. (1989): "Family systems of adolescent substance abusers", in *Family Relations*.
- WEBER, M. D., et al. (1989): "Evidence for two paths of alcohol use onset in adolescents", in *Addictive Behaviors*. Pasadena.
- WENG, L., et al. (1989): "Predicting changes in teenage drug use: the role of intention-behavior discrepancy", in *Genetic, Social, and General Psychology Monographs*, núm. 115.

*Nosotros, los adolescentes y las drogas* 

---

WENZEL, E. (1986): "¿Hacia dónde vamos? Preguntad a los doctores de la locura sobre la política de promoción de la salud entre la juventud". Los jóvenes y la salud. *Estudis i Recerques*. Serie Temas de Juventud, núm. 1.

WOOD, B. L. (1987): *Children on alcoholism. The struggle for self and intimacy in adult life*. New York University Press. New York y London.

WRIGHT, J. D.; PEARL, L. (1986): "Knowledge and experience of young people of drug abuse 1969-84", in *British Medical Journal*.

JAIME FUNES ARTIAGA (Calatayud, 1947). Psicólogo, educador, periodista. Desde 1974 ha trabajado profesionalmente en el área social de la Administración Local, en los movimientos de renovación pedagógica y en el ámbito de la protección de menores. Es especialista en temas de educación y de atención a los conflictos sociales en la adolescencia. Ha escrito, entre otros, los libros *Les conductes socialment problemàtiques dels joves de Barcelona* (Ayuntamiento de Barcelona, 1984), *La nueva delincuencia infantil y juvenil* (Paidós, 1985), *Dejar la heroína* (Cruz Roja, 1985), *Incorporarse a la sociedad* (Cruz Roja, 1989) y *Repensar las drogas* (Grupo IGIA, 1989). Actualmente es profesor investigador del Centro de Estudios y Formación del Departamento de Justicia de la Generalidad de Cataluña.